

EL HOMBRE DE LA STASI



Eladi Romero García

Un anciano aparece muerto en una granja de la provincia de Lleida, y en un principio todo apunta a que ha sido asesinado. Junto a él se descubren una serie de documentos que permiten sospechar que, en el pasado, la víctima pudo estar relacionada con un agente de la Stasi, la temida policía estatal de la República Democrática Alemana. Las investigaciones posteriores de un profesor de Historia descubren la posible identidad de dicho agente. Nada más y nada menos que Heinz Chez, el último agarrotado de la dictadura franquista, ejecutado el mismo día que el anarquista catalán Salvador Puig Antich en marzo de 1974.

Una intriga con diversos matices que nos remonta a diversos momentos del oscuro periodo vivido por España tras la Guerra Civil.

EL HOMBRE DE LA STASI

ELADI ROMERO GARCÍA



Eladi Romero García

EL HOMBRE DE LA STASI

Primera edición: noviembre 2012

Diseño cubierta: JSM

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

EL CASO

año XXIII - Núm. 1.140 - Madrid, 9 marzo 1974 - Precio: 6 ptas.

Páginas centrales

LA MAYOR
CATÁSTROFE
AÉREA DE
LA HISTORIA

SALVADOR PUIG ANTICH Y HEINZ CHEZ

EJECUTADOS



Salvador Puig Antich (a la izquierda) y Heinz Chez fueron ejecutados el pasado sábado día 2 de marzo, en cumplimiento de las sentencias dictadas por sendos Consejos de guerra celebrados en Barcelona y Tarragona, respectivamente, que les consideró culpables, al primero, de la muerte de un subinspector de Policía, y al otro, de un guardia civil. Todos los detalles sobre las últimas horas de los condenados, los antecedentes y los delitos que les llevaron al patíbulo, pueden leerlos ustedes en un amplio reportaje que insertamos en las páginas interiores de este número



Dedicada a mis alumnos del primer curso de Bachillerato Humanístico del IES de Binéfar (Huesca), curso 2011-2012, con quienes compartí los entresijos de esta novela a medida que la iba escribiendo: Anabel Arasanz, Marta Bailo, Ibón Baringo, Raquel Bayona, Laura Benavides, Marina Bermón, Eva Bernad, Carmen Capdevila, David Carraz, Maribel Castel, Ana Chirón, David Coma, Laura Delmás, Sandra Espada, Alfonso Gervás (Álvaro), Alejandro Girón, Isabel Martínez, Gloria Mbilla, Adrián Pardos, Belén Perallón, Rubén Puy, Alba Raso, Sofía Saura, Laura Solans y Alba Suances.

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. Lunes, 6 de febrero de 2012

II. Martes, 7 de febrero de 2012

III. Miércoles, 8 de febrero de 2012

IV. Miércoles, 8 de febrero de 2012

V. Jueves, 9 de febrero de 2012

VI. 10-12 de febrero de 2012

Epílogo

Acerca del autor

Capítulo I

1

Lunes, 6 de febrero de 2012

Descubrió al anciano tumbado en el suelo con la cara girada hacia el pavimento, entre la escalera metálica que subía a un altillo y la puerta donde él mismo se encontraba. Estaba arrebuñado, en la misma postura que la de un gato durmiendo.

Por su posición en el suelo podría parecer incluso que estuviera enfermo o se hubiera desmayado, pero Adrián comprendió de inmediato que no era así. Aquel anciano estaba muerto.

Se aproximó con precaución.

El cuerpo vestía un jersey oscuro bajo el que sobresalía un cuello de camisa blanco y unos pantalones marrones de una

tela similar a la pana. Tenía los pies cubiertos con calcetines. Uno de ellos, además, llevaba una zapatilla de cuadros, de las mismas que suelen usarse para andar por casa. El otro estaba descalzo. Para asegurarse, y acaso buscando descubrir un último hálito de vida, Adrián se inclinó sobre el cadáver y le tocó el cuello con el dorso de la mano. Solo notó una piel muy fría. Algo así se imaginaba, pero una cosa era pensarlo y otra bien distinta sentirlo físicamente. A continuación, apoyó dos dedos sobre la yugular y después, por seguridad, le tomó el pulso, aunque todo parecía haber concluido para aquel anciano.

Adrián, comprendiendo que ya nada podía hacerse por él, apartó su mano del cuerpo y observó a su alrededor. Fue entonces cuando realmente sintió el silencio en sus carnes. Un silencio anormal, pues ni siquiera se oía el mugido de las vacas. Esperaba que en cualquier momento pudiera escucharse el ladrido de un perro, el graznido de un pájaro o incluso alguna voz humana.

Sin embargo, nada. Solo el sonido de su respiración.

De nuevo miró al anciano, fijándose especialmente en su pie descalzo. Había llegado el momento de pensar en su seguridad. Los mossos d'esquadra podían andar cerca y descubrirle en tan comprometida situación. Su dilatada experiencia con novelas y series televisivas policiacas, donde las técnicas forenses permitían atrapar a un asesino disponiendo únicamente de una microscópica muestra de

adn, le empujó a moverse con cautela, mirando a su alrededor hasta descubrir sus pisadas impresas sobre el polvo del pavimento. Y aunque en un principio no descubrió señal alguna de violencia, no quería que ningún indicio delatara su presencia allí.

Procuró entonces concentrarse en lo que debía hacer. Una vez constatado que el pobre viejo había fallecido, y careciendo de una explicación razonable para su paso por aquella granja, lo más indicado era salir de allí cuanto antes. Sin embargo, no sabía cómo evitar las marcas que sin duda iban a dejar las ruedas de su coche sobre la mezcla de tierra, estiércol y paja que componían el suelo del lugar.

En eso estaba cuando encontró la otra zapatilla junto a la escalera. A su lado, una carpeta azul abierta de la que se habían desprendido numerosos folios escritos a máquina, fotos en color y blanco negro y recortes de periódicos. La curiosidad pudo con él, y olvidando momentáneamente a la policía científica, se inclinó sobre los papeles.

Tomó uno de ellos con suma cautela, como quien coge algo contaminado. Era un recorte de prensa donde podía leerse en letras enormes el llamativo titular de ejecutados. Sobre estas palabras, los nombres propios «Salvador Puig Antich y Heinz Chez», y en la parte inferior, dos rostros separados por una columna escrita. Adrián reconoció de inmediato el documento, pues recordaba haberlo visto ya en alguna otra ocasión.

Se trataba de un reportaje del mítico *El Caso*, un semanario publicado durante la época franquista especializado en informar sobre los sucesos delictivos acaecidos en España. Y aunque aquel recorte no llevaba fecha, lo situó sin apenas duda alguna en torno a comienzos de marzo de 1974, momento en que ambos personajes fueron ejecutados mediante el garrote vil. Los dos últimos agarrotados de la dictadura y, por ende, de la historia de España.

El rostro de Salvador, fotografiado a la izquierda, era el de un chico de pelo largo aunque con aspecto muy formal. En cambio, la cara de Heinz Chez mostraba al prototipo del delincuente habitual: despeinado, ojos saltones que reflejaban una mirada alucinada, amplio bigote, camisa abierta dejando a la vista parte del pecho... La imagen de un pordiosero de quien debía desconfiarse instintivamente.

Adrián había conocido *El Caso* gracias a su abuelo, uno de los muchos emigrantes españoles que se habían instalado en Suiza durante los años sesenta del siglo XX. A pesar de que nunca regresó a España más que en breves y contadas ocasiones para visitar a su hija, la madre de Adrián, siempre quiso mantener vivo el recuerdo de su patria procurando informarse de todo lo que en ella acontecía. Una pasión que le llevó al extremo de suscribirse a dicha publicación, que le llegaba cada semana con puntualidad helvética a su domicilio de Lugano. Y cada verano que Adrián acudía a visitarlo en compañía de sus padres, se encontraba con pilas de periódicos atrasados que hablaban de los más

truculentos crímenes, siempre resueltos gracias a la eficacia de la policía franquista.

—La policía española es la mejor del mundo, nunca falla y siempre pilla al culpable —le decía su abuelo—. Y si no lo crees, puedes leerlo ahí.

Y efectivamente así era. En *El Caso* todos los crímenes acababan resueltos de forma espectacular y contundente por unas fuerzas del orden extraordinariamente eficaces. Sin embargo, lo que Adrián no supo hasta pasados muchos años era que en el semanario solo se narraban una parte de los crímenes cometidos en España. Precisamente aquellos en los que la policía lograba descubrir a los asesinos, bien fueran los verdaderos o solo unos falsos culpables de conveniencia. La censura franquista pretendía con ello dejar bien a las claras que todo crimen tenía siempre como consecuencia el inevitable castigo, tal y como rezaba la doctrina oficial, y que España era un país con escasa delincuencia si se comparaba con las decadentes democracias occidentales. En resumidas cuentas, la información al servicio de la ideología.

Adrián regresó a donde se encontraba el cuerpo y, picado por la curiosidad que aquellos recortes y el recuerdo de su abuelo habían alimentado en él, volvió a inclinarse para observarlo con más detenimiento. Constató que tenía las manos ennegrecidas, aunque sin descubrir si lo estaban a causa del polvo o por alguna otra razón. Después le levantó

levemente la cabeza. Algo que, según pensó después recordando a la científica, no debería haber hecho nunca. Sin embargo, necesitaba fervientemente verle la cara.

Aún tenía los ojos abiertos, y parecían asustados. Eran negros como dos diminutos pedazos de carbón. Creyó entonces intuir que deseaban mirarle o simplemente espiar a su alrededor. Los cabellos, sin embargo, eran escasos y completamente blancos. Y en medio de la frente tenía un desgarró, una herida profunda, propia de un golpe recibido en la cabeza. Sobre ella se apreciaba un poco de sangre adherida que se estaba endureciendo.

Se detuvo en sus ojos, como si en ellos pudieran haber quedado gravados sus últimos momentos. ¿Cuántos años podía tener?, ¿setenta?, ¿ochenta? Esta última cifra parecía la más aproximada.

Mientras se encontraba inclinado hacia él, descubrió junto a las escaleras un tubo de hierro de aproximadamente medio metro de largo, parecido a los que se suelen usar en las obras. Pensó de inmediato que bien podría tratarse del arma utilizada para acabar con la vida de aquel anciano. Aquello olía cada vez más a un asesinato.

Adrián se puso de nuevo de pie, y al momento se sintió mareado, notando como si sus piernas se hubieran convertido en mármol. Todo le daba vueltas, y tuvo que esperar casi un minuto antes de poder salir de allí. Antes de

cruzar el umbral de la puerta, se giró por última vez y se topó con un gato de ojos muy brillantes, con un color entre violeta y celeste. Estaba sentado sobre el primer peldaño de la escalinata y no pudo entender por dónde había venido. Apenas solo movía la cabeza, que avanzaba bien hacia él, bien hacia el cadáver. Una forma de curiosear que le impresionó, como si en lugar de un animal se tratara de una especie de diablo. Pero era un gato, y de raza. Por la forma como se comportaba, Adrián supuso que bien pudiera pertenecer al difunto. Incluso podía llevar oculto durante mucho tiempo y haberlo visto todo.

Pensando en el animal, de nuevo se fijó en los recortes. Los recogió todos en la carpeta y decidió llevárselos. Pudo más su curiosidad por lo que él consideraba unos documentos de gran valor histórico que las posibles consecuencias policiales derivadas de aquella acción.

Fuera, la noche sin luna dominaba la naturaleza hasta estremecerla.

La jornada que había concluido de forma tan espectacular e inquietante para Adrián tampoco había comenzado demasiado bien.

Hacia las dos y media había abandonado el instituto de secundaria donde ejercía de profesor, bastante confuso y luchando por serenarse. Como cada lunes, sus dos últimas clases habían representado un verdadero martirio similar al

de aquellos primeros cristianos que en su momento alcanzaron la santidad a causa de la pertinaz defensa de su fe. Dos horas seguidas con nueve alumnas incluidas en el Programa de Cualificación Profesional Inicial, rama de Peluquería, que de acuerdo con la jerga juvenil actual perfectamente podían calificarse de chonis o poligoneras. Es decir, jóvenes procedentes de una fallida evolución de los antiguos neandertales, con escasos fondos económicos, ausencia de coeficiente intelectual y exclusiva preocupación por su aspecto (en general bastante lamentable, materializado en un gusto extremadamente vulgar a la hora de vestir y una amplia distribución de piercings por todo su cuerpo, partes íntimas incluidas), las locuras del fin de semana y el precio de las píldoras anticonceptivas. Pretender enseñarles algo de geografía y de comprensión de textos era como intentar caminar sobre las aguas del lago Tiberíades. Jesucristo lo hizo en una ocasión, sí, pero no en vano era el hijo de Dios y solo se atrevió una vez. Lo más probable es que, de haber conocido a las poligoneras, se hubiese hundido a las primeras de cambio. Lo dicho, un martirio a la antigua usanza.

Una vez en casa, la cosa no mejoró. Entre su abultada correspondencia Adrián descubrió en la factura de telefonía móvil un montón de mensajes de sms publicitarios cobrados a 1,20 euros cada uno, sin que él fuera consciente de haberlos solicitado. La acostumbrada estafa mensual, al parecer totalmente legal e inevitable si el afectado no se

daba de baja mediante un engorroso proceso que incluía los pertinentes mensajes y llamadas a la empresa publicitaria, donde únicamente respondía una metálica voz que remitía a otra voz tan metálica como la anterior que a su vez instaba a marcar una tecla para volver a reiniciar el proceso. Una segunda versión del martirio a la antigua usanza.

A ello se sumó, en esta ocasión como novedad, una multa por exceso de velocidad que incluía la correspondiente foto tomada desde un radar fijo. Trescientos euros y pérdida de dos puntos del carné por circular a ciento veintiún kilómetros por hora en un tramo completamente recto donde únicamente se podía circular a noventa.

En resumidas cuentas, trescientos cuarenta euros entre la sanción y el importe de los mensajes que dejaron a Adrián sin la octava parte de sus emolumentos mensuales. Unos emolumentos ya muy menguados tras las últimas congelaciones y recortes de sueldo. Inundado por la rabia, observó por la ventana el cielo grisáceo. Hasta el tiempo se había aliado contra él para amargarle la jornada. «Pues esto no va a quedar así», se dijo anhelando vengarse de tan cruel destino.

Destruiría el maldito radar. Aquella misma noche. Una acción al estilo de los antiguos luditas surgidos durante la primera revolución industrial inglesa. Porque además sabía sin ningún tipo de duda qué radar era el culpable, pues la multa informaba claramente de su ubicación. El mismo

artefacto diabólico situado nada más entrar en territorio catalán circulando por la carretera que enlazaba el pueblo oscense de Binéfar, donde Adrián vivía y trabajaba, con la ciudad de Lleida. Un itinerario de cuarenta kilómetros que el profesor acostumbraba a frecuentar para visitar a sus progenitores, residentes desde hacía más de cincuenta años en la capital de la Cataluña interior.

Pasó la tarde sumido entre la aflicción y la inquietud, reafirmandose y posteriormente arrepintiéndose de la decisión adoptada, aunque al final, armado de valor, tomó unos guantes y el martillo de su caja de herramientas y se lanzó a la aventura. Hacia las once, envuelto en una noche sin luna, llegó hasta las proximidades del radar, una sencilla caja metálica de color grisáceo plantada junto a la carretera que únicamente dejaba al descubierto su cámara fotográfica, protegida a su vez por un grueso cristal.

A unos doscientos metros del aparato, y separada por un estrecho camino de tierra perpendicular a la carretera, se situaba una granja compuesta por un cercado al aire libre, donde varias vacas y terneros dormitaban indolentemente, flanqueado por un amplio espacio rectangular cubierto por varias placas metálicas dispuestas como un tejado a dos aguas. Adrián aparcó su coche en las proximidades de ese lugar, lejos de las miradas indiscretas de cualquier conductor que circulara por la vecina carretera, y caminó hasta la demoníaca caja mientras se enfundaba los guantes. No era su intención dejar ninguna huella que permitiera a los

mossos d'esquadra localizarle y volverle a sancionar. Se situó tras el radar, fuera del alcance de su cámara fotográfica, y en una complicada posición de escorzo, similar a la de un portero de fútbol parando un balón lanzado por la escuadra, comenzó a golpear el cristal.

Con diez o doce martillazos apenas si logró más que unas leves incisiones. Siguió insistiendo, pero era tal la dureza del vidrio que acabó resoplando de puro agotamiento y con su mano derecha sometida a un temblor incontrolado. «Ni que estuviera hecho de diamante.» Un breve descanso le empujó a continuar con su labor destructora, pero nada parecía quebrantar la fortaleza de aquel cristal protector. Por suerte, nadie circulaba en aquella hora intempestiva.

Aún tardó unos treinta minutos más en conseguir su objetivo. Justo cuando ya estaba a punto de desistir, el cristal se rompió, y la cámara fotográfica quedó expuesta a sus golpes. Adrián esbozó una leve sonrisa y se lanzó a rematar la faena procurando quedar siempre fuera del ángulo de visión. La lente quedó hecha añicos en cuestión de segundos, en una orgía de violencia que le procuró una enorme satisfacción. Hacía muchos años que no disfrutaba de aquella manera. Se sentía como si estuviera golpeando al mismísimo presidente de la Generalitat catalana Artur Mas, el culpable de los recortes sociales y de la reducción de retribuciones a los funcionarios autonómicos. Y aunque él no se había visto afectado por tales medidas, creía en la necesidad de mostrarse solidario con sus convecinos.

Además, la sanción recibida había sido impuesta por funcionarios en última instancia dependientes del tal Mas. «Muere de una vez, maldito cabrón. Esto por la multa, y esto por los muchos pacientes desatendidos, y esto por pretender dejar a mis pobres padres sin sus medicamentos.» Se sentía como un poseso, lleno de asco y enojo, a punto de perder la cordura. Sin embargo, en un atisbo de lucidez, logró descubrir al vehículo que se aproximaba a moderada velocidad. También pudo distinguir en su techo una serie de luces que, aunque apagadas, permitían identificarlo como un coche de la policía autonómica. Los temidos mossos d'esquadra. Los mismos que le habían multado. Y los mismos que apaleaban sin miramiento a los indignados catalanes durante sus pacíficas manifestaciones.

El profesor consiguió huir del lugar aparentemente sin ser visto. Tampoco se detuvo a comprobarlo, pues corrió los doscientos metros que le separaban de la granja sin girar en ningún momento su vista hacia atrás. Una vez junto a su coche, guardó el martillo y los guantes en el maletero y se dispuso a dejar pasar un tiempo prudencial antes de regresar a su casa. En su ánimo se debatían la preocupación por ser descubierto y la felicidad nacida del deber cumplido.

Fue entonces cuando se fijó en que la puerta metálica del almacén estaba abierta. ¿Por qué no aligerar la espera fisgoneando un poco en su interior? Adrián, que era de natural curioso, caminó con prudentes pasos hacia tan atrayente estímulo y, sin pensarlo ni un instante, cruzó el

umbral. Fue entonces cuando descubrió al anciano tumbado en el suelo con la cara girada hacia el pavimento.

2

Melilla, martes, 17 de enero de 1950

Al entrar en el estrecho pasillo de los aseos, el soldado Jacinto Carrascosa sintió el mismo hedor de siempre. Esa mezcla de olor a excrementos, orines y desinfectante tan peculiar y característica de esos ámbitos. Sin embargo, había algo más, un matiz nuevo, difícil de apreciar, pero que a un joven avisado como él no debió pasarle desapercibido. Mientras se movía con inquietud por aquel lugar vacío, comenzó a notar cierta opresión en el pecho. Aquel silencio inusual le abrumaba, y cuando alcanzó el final de su recorrido, pudo por fin entender el motivo de su desazón.

De los barrotes de la última ventana colgaba una cadena de váter, de cuyo extremo inferior pendía un desmadejado cadáver que apenas tocaba de puntillas en el suelo. En su boca grotescamente abierta asomaba la lengua, mientras que sus ojos se mostraban hinchados, como a punto de salirse de sus órbitas. El color del rostro, de un morado muy oscuro, indicaba bien a las claras que ya no se trataba de un ser vivo.

El difunto vestía el uniforme completo excepto la gorra, que no se veía por ninguna parte. Jacinto no tardó en descubrir su identidad, aunque antes de reconocerlo su mente ya había intuido de quién se trataba. Era el soldado Benito López, que, como él, ejercía de auxiliar sanitario en el hospital militar de Melilla.

Sin tocar nada y ni siquiera orinar, que era para lo que había entrado allí, salió corriendo en dirección al despacho de su teniente médico.

—¡Mi teniente, mi teniente, hay un muerto en los retretes!
—dijo tomando aire antes de hablar. No en vano había subido las escaleras a la carrera—. Al final se lo han cargao.

El oficial, aunque irritado por aquella brusca irrupción que dejaba de lado cualquier ordenanza militar, se dejó llevar por la excitación de su inferior.

—¿Qué dices, Jacinto?, ¿a qué muerto se han cargado?

—A Benito, se han cargao a Benito —respondió Jacinto ofreciendo una mueca que lo desencajaba aún más.

El teniente se levantó con ímpetu, miró la pistolera negra que colgaba de una percha, y aunque por un momento pensó en llevarla consigo, al final prefirió dejarla allí y no ofrecer más muestras de alarma.

—Vamos —dijo secamente.

Durante el camino, Jacinto, todavía pálido, no paró de repetir que a Benito se lo habían cargao y que él mismo se lo había buscado. El oficial, que algo sabía del asunto, le ordenó por su propio bien que callara. Un imperativo que sonaba más a amenaza que a consejo.

—¡Cállate de una puta vez, Jacinto! No te conviene ir diciendo tonterías por ahí. Primero hemos de ver lo que ha sucedido.

—Sí, señor, tiene usted razón, pero es que me he puesto muy nervioso. El pobre Benito... —zanjó el soldado dejando la frase a medias.

Dos horas después, el cadáver del soldado Benito López reposaba en una sala situada en el sótano del hospital, donde la temperatura, algo más baja que en el resto del edificio, debía retrasar los primeros efectos de su descomposición.

Mientras, en el piso superior, donde se situaban almacenes, despachos y botiquines, el teniente médico Vicente Ramírez informaba del suceso al comandante Retuerta, jefe del hospital. Junto a ellos, completando el grupo, el vicario arciprestal don José Antonio Segovia García, encargado de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, quien había sido avisado para organizar los preparativos del sepelio. Silencioso y expectante, como un cuervo ante su

carroña, el padre Segovia cruzaba sus manos y suspiraba cada vez que el teniente mencionaba la palabra «suicidio».

—Entonces, no hay que darle más vueltas. Suicidio y punto. Tengo que informar cuanto antes al coronel.

—Sí, sí, claro —tartamudeaba el teniente—. Estaba atado a la cadena, pero no había ninguna nota.

—Eso no importa. No todos los que se quitan la vida quieren airear los motivos. Seguro que algo le empujó a colgarse de ese modo.

—La verdad, mi comandante, he oído muchas cosas sobre ese soldado. Y no todas claras. Incluso su compañero, el soldado Jacinto Carrascosa, no las tiene todas consigo y no ha parado de decir que a Benito se lo habían cargado. Que no se había suicidado, sino que alguien lo había quitado de en medio. Además, estaba previsto su traslado a Madrid para finales de este mes, tal y como el mismo Benito había solicitado.

—¿Hay alguna prueba de lo que ese Carrascosa dice? —preguntó el comandante.

—No, que yo sepa.

—Pues no se hable más. Escriba suicidio como motivo.

Aquellas palabras sonaban a una orden.

—¿Y en cuanto a la autopsia?, ¿qué hacemos con la autopsia?

—Pues qué vamos a hacer, Ramírez, qué vamos a hacer... Nada. Se ha ahorcado, ¿no es así?, ¿qué más nos podría aclarar una autopsia? Esto hay que liquidarlo en un santiamén. Mañana mismo lo enterraremos, ¿está de acuerdo, padre?

El aludido asintió con la cabeza, observando fijamente al teniente. Luego, con voz pontifical, anunció:

—Si se trata de un suicidio, no podremos enterrarlo en tierra bendecida, aunque algo arbitraremos, no se preocupen ustedes. En nuestro cementerio hay espacio para todos.

—Pues mañana a las nueve le damos sepultura y sanseacabó —zanjó el comandante—. Organice usted mismo todo, teniente. Y como dice aquí el párroco, nada de ceremonias. Un par de soldados que lleven el cuerpo en una camioneta, se le echa tierra y punto final. Y ahora, si no tiene más que decir, puede retirarse.

—A sus órdenes, mi comandante.

El oficial, un hombre perfectamente acomodado a la jerarquía castrense, salió del despacho pensando que con su pan se lo comieran. Su oficio era sanar a los vivos, no preocuparse por los muertos. Y si el comandante no quería

investigación alguna, ¿quién era él para contradecirle? A Benito lo habían matado ciertos amoríos alocados, todo el mundo en Melilla estaría de acuerdo en eso cuando se conociera la noticia. Y las pruebas de que no se había suicidado resultaban evidentes incluso para un profano; no había más que fijarse en los moratones de su brazo derecho, completamente desencajado, y en su cráneo fracturado. Pero las órdenes eran las órdenes, así que lo dicho, que con su pan se lo comieran.

Una vez solos, el comandante y el vicario intercambiaron miradas cómplices. Al igual que el teniente, ambos sospechaban lo mismo. Y con ellos, pronto lo harían la mayoría de los melillenses. Y es que en Melilla todo se sabía, no en vano era una ciudad-cuartel sin apenas más distracciones que las habladurías y los cotilleos.

—Espero que este asunto no le violente demasiado, padre.

—Quite, quite, comandante. Todos sabemos cómo resolver estos... incidentes. Además, se haya suicidado o no, ese soldado ha muerto en pecado. El diablo le había inculcado el pecado de la lujuria, de ahí que poco importe la causa de su muerte. Desde luego, no habrá tierra bendecida para él. Y ahora, si me disculpa, debo volver a mi parroquia. Yo mismo dispondré que mañana a las nueve haya alguien en el cementerio para encargarse del entierro.

—Muchas gracias, padre.

El vicario dejó al comandante con paso lento aunque solemne, y en cuanto cerró la puerta, Retuerta levantó el auricular.

—Ponme con el coronel.

Aún transcurrió casi un minuto antes de que pudiera hablar con su superior.

—Mi coronel, quería hablarle del soldado muerto...

—...

—Por supuesto, todo está arreglado. Oficialmente, el soldado Benito se ha suicidado esta mañana. Sobre eso no cabe discusión posible. Y mañana a las nueve será enterrado sin ceremonia alguna.

—...

—Gracias, mi coronel. Y ya sabe, siempre a sus órdenes.

El padre Segovia entró en la sede parroquial, ubicada junto a la iglesia del Sagrado Corazón, recordando a su madre, fallecida recientemente. Precisamente la persona que más había influido en su vocación religiosa. Una mujer esbelta que cuando caminaba parecía flotar, lo mismo que un ángel. Que lo mimó, cuidó y enseñó casi hasta su ingreso en el seminario. Pero que también le marcó unas normas, en ocasiones severas, aunque siempre convenientes. Con una

madre así era imposible fallar en la vida. Su pena, en cambio, era la de no haber podido conocer tan apenas a su padre, muerto cuando él tenía solo seis años.

Pensar en su madre suavizaba su agrio carácter, muy afectado por los padecimientos sufridos al comienzo de la Gloriosa Cruzada, un trágico momento de su vida en el que a punto estuvo de ser asesinado en Málaga. Rememorar aquel suceso hizo que de inmediato se desprendiera de cualquier síntoma de bondad, para dejarse arrastrar hacia una senda de odio y un deseo de venganza que parecían tener como objetivo a la Humanidad entera. Suicida o no, el soldado Benito Franco no iba a recibir de su parte ni un ápice de compasión.

El diácono Jesús Santamaría le aguardaba para comer. Se trataba de un joven aragonés de firme vocación que al padre Segovia se le antojaba excesivamente preocupado por el prójimo. No en vano este había vivido la guerra con solo siete años, cuando hasta los disparos sonaban a juego divertido; y por si no fuera suficiente ventaja, lo hizo ya en territorio nacional desde comienzos del conflicto por haber nacido y pasado toda su infancia en Tarazona. Ni él ni sus familiares habían tenido que padecer persecución por sus creencias, de ahí que le resultara muy fácil mostrarse comprensivo y bondadoso ante el pecado.

Se saludaron, agradecieron a su dios los alimentos recibidos y se dispusieron a comerlos bajo la atenta mirada

de su patrona, que entraba y salía de la cocina acarreando los platos.

—Mañana irás al cementerio. Tienes que asistir al entierro de un suicida —le informó el vicario tras engullir dos o tres cucharadas de sopa—. Aunque esta tarde tendrás que pasarte también por allí para que vayan abriendo una zanja en la parte no bendecida.

—¿Quién ha muerto, padre?

—¿No te has enterado? Un soldado destinado en el hospital militar. Me han avisado esta mañana para que fuera hasta allí. El comandante Retuerta, el jefe del hospital, me ha informado de todo.

El diácono sintió un nudo en la garganta, temiendo lo que a todas luces llevaba siendo una muerte anunciada desde hacía días.

—¿Un sanitario?, ¿y cómo se llamaba ese desgraciado?

—El soldado Benito López. Todo un personaje muy conocido aquí en Melilla por estar siempre metido en líos de faldas... Además, aragonés como tú. Supongo que lo conocerías...

Por supuesto que lo conocía. Y no solo eso, sino que además habían llegado a mantener cierto grado de amistad,

nacida al socaire tanto de la juventud de ambos como de su origen aragonés.

—¿Benito, Benito se ha suicidado?

—Y nada menos que con una cadena de retrete.

—No puede ser, padre, no puede ser... No hace ni dos días que hablé con él.

—Entonces, lo conocías...

—Sí, al ser aragonés como yo, incluso diría que hemos llegado a cultivar cierta amistad... Y dice usted que se ha suicidado..., con lo alegre y vital que parecía. Hasta cantaba jotas en el casino militar, y todos los oficiales estaban encantados con él.

—Sí, algo he oído... Demasiado vital, quizá. Y al final, algún lío de faldas lo empujó al abismo.

—Imposible, padre, eso es imposible. Él mismo me confesó que se había echado novia formal aquí mismo, en Melilla, y que se querían mucho. Tengo entendido que era la hija del comandante Sanmartín. Aunque parece ser que él no estaba muy contento con ese noviazgo y había hecho llegar a Benito su disconformidad de una forma un tanto..., digamos que poco amable. Incluso le envió a unos soldados moros para amenazarlo. O al menos eso es lo que me contó Benito...

El padre Segovia se quedó observando fijamente al diácono mientras removía su sopa. En ese momento doña Esperanza, la patrona, llegó desde la cocina con dos platos de estofado. La mujer, viuda de guerra con una certificada adhesión a los valores cristianos, llevaba seis años ocupándose del vicario y sus sucesivos diáconos, ofreciendo siempre un servicio impecable y una discreción digna del mayor encomio. Por ello, comprendiendo por sus miradas que la conversación de ambos eclesiásticos quedaba fuera de su incumbencia, dejó la comida sobre la mesa y salió por donde había venido sin pronunciar palabra alguna. Desde la cocina, y afinando bien el oído, era posible escucharlo todo sin perturbar ni incomodar a sus clientes.

—Mira, Jesús —dijo el padre Segovia una vez solos de nuevo—. Lo mejor es solventar el asunto lo más rápidamente posible sin intentar removerlo. El médico que ha certificado la defunción ha sido tajante. Benito se ha suicidado colgándose de una cadena de váter. ¿Quiénes somos nosotros para contradecirle? Es un problema que solo nos incumbe en lo que al entierro se refiere. El alma de ese infortunado ya habrá llegado ante el tribunal de Dios, y eso es lo único que importa. Quizá Dios, en su infinita bondad, sea capaz de perdonarle..., no sé, a veces nos mostramos demasiado estrictos e intransigentes con quienes no cumplen sus mandamientos. Pero lo cierto es que Benito está muerto y bien muerto, y eso ya no lo podemos remediar.

Nos limitaremos a enterrarlo y santas pascuas. Eso sí, no lo haremos en tierra sagrada.

—Me parece una enorme falta de caridad...

El vicario movió ligeramente su cuerpo sobre la silla, se estiró el lóbulo fofo de su oreja izquierda y por fin juntó las manos como si fuera a rezar.

—Como ya te he dicho, quizá Dios pueda perdonarle, pero nosotros hemos de velar por el cumplimiento de las normas eclesiásticas para que todo el mundo sepa que no se pueden infringir. ¿Qué más da donde vaya a ser enterrado? Pero un suicida es un suicida, y todos los melillenses deben entenderlo así.

—O sea, que lo que deben entender es que Benito se provocó la muerte, no que pudieron provocársela.

—Exactamente eso.

—Pero, ¿y la verdad?

—¿La verdad? Vuelvo a decirte que el médico ha certificado suicidio.

El diácono comprendió que de nada serviría intentar lavar el buen nombre de su amigo. Los muros con los que se toparía eran demasiado altos y definitivamente infranqueables.

Cuando acabaron de comer, el vicario marchó a su cuarto para dormir la siesta. Muy pocos eran los asuntos capaces de quitarle el sueño a aquel siervo de dios.

Melilla, miércoles, 18 de enero de 1950

El entierro tuvo lugar hacia las nueve de la mañana. Era miércoles, uno de los días más intrascendentes de la semana, un día que casi nunca era festivo, no se rezaba el rosario, no se practicaba el ayuno y ningún supersticioso lo tenía en consideración. Tan anodina fue aquella jornada que ni siquiera llovió, aunque tampoco apareció el sol. Un gris plomizo cubrió todo el cielo de Melilla, sumándose así a la atonía del calendario.

El cadáver fue trasladado al cementerio en una camioneta destinada a transportar comestibles para la tropa. Como nadie se preocupó por cerrarlo en ningún ataúd, al final acabó simplemente envuelto en un saco con funciones de sudario. Incluso le despojaron de su uniforme, prenda destinada por el Ejército a un nuevo recluta, aunque por pudor le dejaron los calzoncillos puestos. En el vehículo viajaban solamente dos soldados y el diácono Santamaría, que se presentó en el hospital para acompañar a la menguada comitiva y mostrar al encargado del cementerio la nota de su vicario.

Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, Melilla. Niégase la sepultura en Sagrado al cadáver del soldado Benito López Franco por no constar nada en contrario a esta Vicaría sobre el suicidio intencionado de la víctima. Dios guarde a usted muchos años. Melilla, 18 de enero de 1950. El vicario-arcipreste J. Antonio Segovia, Rev. Sr. Capellán del Cementerio de la Purísima Concepción. Melilla.

Así rezaba el documento que Jesús entregó al funcionario. Este, avisado la tarde anterior por las autoridades militares, había excavado ya una fosa donde los soldados procedieron al entierro del cadáver depositándolo boca abajo, como corresponde a los suicidas. Ni siquiera hubo oraciones, y aunque nadie comentó nada al respecto, cada uno de los asistentes coincidió en privado en que jamás habían presenciado un entierro tan triste. «Pobre Benito, tirado como un perro... Ningún cristiano merece acabar así...», se dijo el diácono. Un pensamiento en el que también estaban de acuerdo el resto de los presentes.

3

Cottbus (República Democrática de Alemania), martes, 7 de septiembre de 1971

Al teniente Sebastian Wiesler, funcionario del Ministerio para la Seguridad del Estado de la República Democrática de Alemania, popularmente conocido como la Stasi, le gustaban mucho las vacaciones de verano. Desde que nació su hijo Andreas, él y su esposa Gertrud, juntos los tres, solían pasarlas en una agradable residencia que el ministerio destinaba en exclusiva a sus oficiales. Baños en el río, paseos en barca o por el bosque, comidas acompañadas por los demás colegas veraneantes... Unos comensales todos ellos miembros de la Stasi que así, en agradable camaradería, podían vigilarse mutuamente sin necesidad de operativos más sofisticados. En tales ocasiones, siempre podía darse la circunstancia de que algún compañero, tras un abundante almuerzo copiosamente regado, soltara la lengua más de lo debido, contara algún chiste contra el nuevo secretario general Honecker y permitiera con ello a los demás mostrar el celo laboral que tanto se les exigía, incluso en vacaciones, informando sobre lo ocurrido al superior más próximo. Tres semanas de descanso bien merecidas que por nada del mundo cambiaría, ni siquiera ante unas buenas maniobras militares donde ejercitarse en el uso de nuevo armamento.

Ahora, con la vuelta a la rutina del cuartel, en su ánimo se entremezclaban unos sentimientos de añoranza con la aún leve ilusión de que, en un año, volvería a disfrutar de lo que Sebastian consideraba un paraíso en la tierra. El paraíso socialista en estado puro.

Intentando concentrarse en su trabajo, volvió a repasar la ficha del reo al que en menos de media hora debía tantear. Se trataba de Georg Michael Welzel, residente y nacido allí mismo, en Cottbus, el 11 de abril de 1944. Un joven alocado, mecánico de locomotoras, que había intentado al menos en tres ocasiones abandonar ilegalmente la República Democrática de Alemania. El tal Georg acarreaba ya cuatro juicios a sus espaldas, el primero fechado el 22 de noviembre de 1962 en Wernigerode, donde fue condenado por intentar contactar con miembros de la oposición clandestina buscando ayuda para huir del país. Durante la vista, él siempre argumentó que no era un enemigo de la República Democrática de Alemania, sino que simplemente deseaba pasar al otro lado de la frontera para encontrarse con su padre, un individuo que había abandonado a su familia al concluir la guerra para instalarse en el Berlín occidental. Un motivo que a tenor de la pena recibida, seis meses de cárcel, no debió de convencer al tribunal.

La siguiente condena le fue impuesta en el mismo tribunal de Cottbus el 5 de octubre de 1964. Dado que los agentes de la Stasi ya lo tenían fichado, y viviendo en un país en el que siempre había alguien informando sobre sus colegas, amigos y familiares, Welzel apenas podía dar un paso sin que uno u otro de los confidentes más cercanos se enterara. En aquella ocasión viajó hasta Cattenstedt, una pequeña localidad próxima a Wernigerode, desde donde intentó cruzar la frontera y fue detenido por la policía, que le seguía los pasos

desde el primer momento. Como consecuencia tuvo que pasarse otros diez meses en la cárcel. El tribunal de Rostock lo sentenció por tercera vez el 17 de enero de 1967, siempre por el mismo motivo aunque ahora con el agravante de resistencia a la autoridad, a cuatro años, aunque solo cumplió tres por haber pasado casi uno en prisión preventiva antes de ser juzgado. Un tipo pertinaz, no cabía la menor duda. Aunque también bastante estúpido.

Sin embargo, en su última ocasión se mostró algo más imaginativo. El 9 de julio de 1970 abandonó su puesto en la empresa estatal raw, donde reparaba locomotoras, para viajar en ferrocarril hasta Dresde y desde allí, utilizando un barco fluvial e incluso caminando, logró alcanzar la frontera checoslovaca, que cruzó a pie de manera ilegal. Incluso pudo llegar hasta Praga, donde al parecer recibió ayuda de un sacerdote del que afirmó haber olvidado su nombre para no tener que denunciarlo. De Praga pasó a Bratislava, y de aquí al pueblecito fronterizo de Devin, donde la suerte le abandonó. Mientras se encontraba en el campo, observando acaso con demasiado interés el trazado de la frontera con Austria, su sospechosa actitud llamó la atención de una patrulla policial. Los agentes le pidieron el pasaporte, y al no llevarlo consigo sencillamente por carecer de él, lo detuvieron. Su aventura concluyó de nuevo ante el tribunal de Cottbus, donde el 29 de enero de 1971 se le impuso la pena de tres años y seis meses de prisión ordinaria, es decir, en una cárcel común y corriente. Los jueces debieron

considerar que Georg, a pesar de su pertinacia, no era lo suficientemente peligroso como para encerrarlo en Hohenschönhausen, la lóbrega prisión que la Stasi tenía no muy lejos del centro de Berlín.

El expediente se completaba con algunos informes sobre los arrestos e investigaciones policiales llevadas a cabo en el domicilio del reo, las opiniones de los distintos fiscales encargados de la acusación y diversas consideraciones de sus celadores. Más de doscientos folios para un personaje que parecía insignificante, aunque al oficial no le extrañó lo más mínimo. En la República Democrática de Alemania, cada ciudadano poseía su propio expediente, hubiera cometido o no delito alguno.

Algunos de los escritos resultaban un tanto cómicos y extravagantes. Así, en la primera sentencia se recogía una frase del presidente del tribunal, dirigida al propio acusado, que a Sebastian llegó a hacerle sonreír. «Acusado menor número 813, tenga en cuenta que sus actividades contra el Estado podrían haber provocado el ataque de una potencia capitalista.» Durante el primer proceso, los agentes mostraron tal celo que incluso registraron, empleando perros y guantes de goma, el domicilio donde residía Welzel, un piso situado en la Schmellwitzer Schulstrasse n.º 1 donde convivía con su madre y sus dos hermanos. En la lista de objetos requisados se incluían hasta los envoltorios de las frutas que sus parientes de la Alemania occidental les habían enviado. Sebastian se imaginó el calvario sufrido por el joven

Georg, por aquel entonces todavía menor de edad, durante su primer interrogatorio. Él mismo había participado en alguna ocasión en investigaciones similares, y aunque no solía practicarse la tortura contra los sospechosos, sí resultaban habituales los continuos interrogatorios de ocho horas cada noche durante diez o doce días seguidos. Al final, el detenido claudicaba simplemente para poder dormir dos horas seguidas, ya que mientras duraban aquellas maratónicas sesiones nocturnas también se le impedía descansar de día obligándole a hacer ejercicios físicos. La Stasi acostumbraba a tener más paciencia que prisa, y sabía que tarde o temprano la voluntad de cualquier mortal se quebraba en cuanto se le impedía dormir durante tres o cuatro días seguidos.

Durante su segundo período de cárcel, Georg había comenzado a mostrar tendencias suicidas. Algo bastante frecuente entre los reos de la República Democrática de Alemania. «El acusado está como enfermo, se siente muy enfadado consigo mismo porque es consciente de que está estropeando su vida. Por eso ha expresado muchas veces que tiene intenciones de suicidarse», había escrito en aquella ocasión el fiscal de turno.

Otro de los rasgos comunes de la ideología oficial de la República Democrática de Alemania: considerar que la pretensión de huir del paraíso socialista no era más que una enfermedad, una patología que podía derivar en el suicidio de quien la padecía. Sebastian recordó una de las tesis

presentadas en la Escuela de Derecho Penal de Potsdam, que al ser aprobada se anunció como una de las mayores aportaciones al conocimiento del ser humano. Su título, *Sobre las probables causas de la patología psicológica del deseo de cometer infracciones en las fronteras*, resultaba ya bastante explícito. Y en el texto, en definitiva, se venía a afirmar que el deseo de abandonar la República Democrática de Alemania representaba, para el cerebro del afectado, algo similar a la Peste Negra o la viruela para el resto del cuerpo.

Tampoco era necesario llevar las cosas hasta ese extremo. Para Sebastian, todo aquel que deseara huir de la Alemania oriental era un traidor a la patria, y con eso bastaba para castigarlo. No era preciso invertir ni un minuto más en analizar su conducta.

Durante el cuarto proceso se descubrió que la familia de Georg había logrado adquirir ya un televisor, cuya antena estaba ligeramente orientada hacia el oeste. La madre y los hermanos de Georg se vieron obligados a jurar que su intención no era la de ver los canales de la Alemania occidental ni de escuchar las informaciones difamatorias de la otan, aunque quedó constancia escrita del hecho para futuras investigaciones.

Y precisamente fue durante ese último encierro cuando Georg cumplió su amenaza de suicidarse. Llevaba ya cumplido casi un año de pena cuando Georg intentó quitarse la vida tragándose medio frasco de un producto de limpieza

que había robado del almacén de la prisión. Gracias a que los guardias lo descubrieron a tiempo, pudo ser trasladado al hospital de Meusdorf, próximo a Leipzig, donde le realizaron una limpieza de estómago. Y no es que a las autoridades comunistas les repugnara dejar morir a un disidente suicida, sino simplemente que nadie podía abandonar su paraíso antes de tiempo y sin permiso.

En el hospital, y una vez recuperado, el preso se atrevió a escribir una carta solicitando permiso para abandonar la República Democrática de Alemania.

Señores:

Puesto que mi actitud política está dirigida contra este Estado, y yo siempre he llevado a cabo actos contra la RDA, dificultando con ellos mi propio desarrollo personal, pido que se me deje marchar a la RFA con la esperanza de que pronto me sea concedida dicha solicitud.

Una petición que de momento no había tenido respuesta.

Sebastian encendió un cigarrillo, lanzó un par de espesas nubes de humo gris y dejó el paquete sobre la mesa. Quizá la tentación del tabaco permitiera limar la desconfianza inicial con que sin duda entraría Georg. Y puesto que el reo estaba completamente fichado y analizado hasta en el más mínimo de sus detalles físicos, ni siquiera sería preciso

recoger su sudor limpiando la silla tras el interrogatorio. Además, era evidente que no se trataba de un individuo que representara ningún peligro grave para la seguridad del Estado. Como tampoco debía de serlo su familia, probablemente incapaz incluso de robar sombreros en el tren. Sin duda un asunto sencillo, cuya resolución concedería a Sebastian uno de esos pequeños reconocimientos tan necesarios para ascender en el escalafón. Porque en definitiva de eso se trataba, de ir sumando éxitos, de obtener felicitaciones de aquellos superiores que decidían quién llegaba a capitán y quién seguía como teniente.

El cuartel general de la Stasi en Cottbus era un edificio situado en la Gericats-Platz, con planta de triángulo truncado, dos patios interiores y un espeso bosque que lo rodeaba. El despacho de Sebastian se encontraba en la tercera de las cuatro plantas donde se distribuían las dependencias y las celdas destinadas a los preventivos.

Alguien llamó a la puerta. El teniente dio paso y un agente anunció que Georg, conducido en un furgón herméticamente cerrado desde la prisión local, se encontraba ya en el pasillo.

—Diles que ya pueden traerlo, Friedrich.

Nada más verlo entrar, Sebastian percibió que Georg estaba extremadamente asustado. En la Alemania oriental, ser conducido ante un oficial de la Stasi nunca presagiaba

nada bueno, y el preso, que desconocía el motivo por el que lo habían llevado hasta allí, no era inmune a ese principio. Además, su experiencia de anteriores ocasiones le impulsaba a desarrollar un sentimiento de pánico difícil de controlar. Llevaba siete meses en su celda sin ser molestado, recibiendo incluso alguna visita de su madre, lo que le había permitido habituarse de nuevo a la vida carcelaria. Sin embargo, aquel traslado había provocado en Georg el resurgir de todos sus temores.

Lo acompañaban otros dos agentes uniformados, que literalmente lo dejaron caer sobre la silla dispuesta frente a la mesa del teniente y luego se retiraron para situarse a ambos lados de la puerta.

El preso vestía el inevitable traje a rayas azules sobre fondo blanco. No iba esposado, síntoma de que nadie esperaba ninguna violencia de su parte. Además, la situación requería cierto ambiente relajado y de confianza que unos grilletes en modo alguno iban a favorecer.

—Buenos días, señor Welzel —saludó el teniente—, ¿le apetece un cigarrillo?

El preso observó receloso el paquete. Tanta amabilidad no le cuadraba. Al final, acabó asintiendo con un gesto.

—Pues cójalo usted mismo —le instó Sebastian.

Georg obedeció. Cuando tuvo el cigarrillo entre sus labios, le dio vueltas delicadamente para lamerlo y saborearlo mejor. Y una vez que el oficial se lo encendió, comenzó a aspirarlo con deleite.

—Bien, señor Welzel, le explicaré por qué estamos aquí. Después de leer su expediente, consideramos que es usted la persona idónea para llevar a cabo cierta misión. Aunque antes, déjeme hacerle unas preguntas.

Como el preso seguía sin despegar sus labios más que para fumar, el teniente continuó sumamente complacido. Notar cómo los «enemigos» de su país se sentían intimidados ante su presencia siempre le resultaba algo muy excitante.

—Usted nació... —el oficial hizo como si consultara sus papeles—, aquí, en Cottbus, en 1944. Vive con su madre y sin embargo tiene pareja formal, una tal Christa, con la que ha tenido tres hijos pese a no estar casados. El menor de ellos, Michael, no llega a los tres años, ¿no es así?

A Georg comenzó a dolerle la cabeza. Siempre las mismas preguntas, siempre las mismas insinuaciones. Aquella gente no parecía cansarse nunca.

—Sí —balbuceó.

—Y a pesar de eso, usted ha intentado huir de nuestro país en cuatro ocasiones..., siempre solo. Sus deseos de unirse al

enemigo resultan..., ¿cómo decirlo de forma suave? Sorprendentes y merecedores del máximo castigo.

Para los alemanes orientales, la República Federal Alemana era territorio enemigo. Pretender huir allí era considerado un acto de traición. Georg sintió en su frente las primeras gotas de sudor.

—Además —continuó Sebastian—, cuando usted actuó de ese modo lo hizo sin tener en cuenta a su familia. Puede que usted, ideológicamente alienado, no esté de acuerdo con el socialismo..., pero de ahí a no querer saber nada de los suyos... Ni los animales actúan así.

El preso acababa de apagar su cigarrillo y ya estaba necesitando otro.

—Una actitud despreciable...

«Dame otro cigarrillo, por favor.»

Durante cerca de un minuto, enfrascado de nuevo en sus informes, el teniente se mantuvo callado. Sabía que su presa se estaba consumiendo de inquietud, y deseaba aprovechar al máximo su innegable ventaja antes de dar el siguiente paso.

—Sabemos que es usted irrecuperable para su patria. Porque, además, ha intentado suicidarse al menos en una ocasión.

Quince, veinte segundos de silencio.

—Y lo que ya no sabemos es qué hacer con usted.

Georg se decidió a coger otro cigarrillo. Si iban a golpearlo, que al menos fuera por una causa tan buena como robar tabaco.

—Fume, fume usted —le invitó el teniente.

Según algunos rumores que circulaban con gran discreción solo en ámbitos familiares, algunas personas habían desaparecido en la República Democrática de Alemania, engullidas por el sistema, tras ser encarceladas. Georg empezó a temer que acaso aquel fuera el último cigarrillo de su vida.

—No sabemos cómo curar esa enfermedad que usted tiene —insistió Sebastian—. Porque de eso se trata, de una enfermedad social. Nos consta que en cuanto salga de la cárcel volverá a intentarlo de nuevo. Siempre lo ha hecho. Y esta vez no serán tres años y medio de prisión, sino diez... Hágase a la idea, de la República Democrática de Alemania no saldrá sin nuestro permiso. Lo cogeremos siempre, y pasará el resto de lo que le queda de vida en una celda...

Georg no se atrevía a replicar. Lo único que en aquel momento le interesaba era seguir fumando.

—... Y sus hijos habrán perdido a su padre para siempre. Aunque, la verdad, casi es preferible no tener padre que tenerlo a usted. Algo que no parece importarle mucho. Sin embargo, tiene usted suerte, porque en nuestro país hay solución para todo. Aquí no queremos a nadie que realmente no esté a gusto con nosotros..., que muestre ese afán tan enfermizo por abandonarnos que usted muestra. En el fondo, lo que usted desea es simplemente sentirse vencedor, ganarnos la partida. Porque usted no sabe lo que le espera al otro lado. Allí, los pobres se mueren de hambre, la gente es explotada en su trabajo, los jóvenes se drogan y acaban enloquecidos... Pero usted quiere irse, alejarse de nosotros solo por jodernos, por demostrarnos que es usted más listo. Un afán por ganar que ha acabado convirtiéndolo en un perdedor, en simple carne de penal...

El teniente se estaba animando. Sabía perfectamente que sus palabras no tenían demasiado sentido, pero el tono con que las pronunciaba sonaba a una profundidad desbordante. El preso, que se había quedado de nuevo sin nada que fumar, se frotó la nariz intentando captar el sentido de aquel mensaje. Con aquella gente resultaba complicado entender por dónde iban a ir los tiros, aunque por el tono empleado todo presagiaba que pronto habría algún castigo añadido a su encierro.

—... Así que hemos decidido sacarnos ese molesto grano en que se ha convertido usted para nosotros dejándole marchar.

En un principio, Georg ni siquiera entendió lo que le estaban diciendo. Preocupado únicamente por fumar su tercer cigarrillo antes de recibir el primer golpe, no prestaba demasiada atención al teniente.

—¿No tiene nada que decir? Es una oferta que hacemos a muy pocos.

—¿Me da otro cigarrillo? —se atrevió por fin.

—Cójalo. A este ritmo, morirá usted de los pulmones antes de que lo soltemos.

El mismo ritual babeante. Un ansioso lametón al filtro, el oficial encendiendo el tabaco y una enorme nube de humo flotando entre los dos.

—Como le decía, vamos a dejarle marchar a la Alemania occidental. No lo queremos aquí, representa un gasto inútil. No nos sirve usted para nada. Es una lacra. Tendrá su visado para que pueda llevar su enfermedad al otro lado y que ellos acarreen con su manutención.

La trampa estaba en algún lado. A Georg no le engañaban tan fácilmente.

—Hemos pensado que quizá allí pueda usted sernos más útil que aquí. Le dejaremos marchar, pero a cambio tendrá que hacernos algunos..., favores.

Esa era la trampa. Habían tardado muy poco en dejarla ver.

—Al considerarlo un refugiado, los capitalistas pronto le darán un trabajo y podrá estabilizar su situación. Entonces, usted se encargará de informarnos sobre todas aquellas células que intenten ayudar a otros traidores como usted. Queremos saber con quiénes se relacionan aquí, en la República Democrática, cuáles son sus planes..., en fin, todo lo que usted pueda descubrir. Y confiamos en que sea mucho, puesto que su familia se quedará con nosotros. Quizá más tarde, dentro de tres o cuatro años, si usted ha respondido como esperamos, los dejaremos marchar al otro lado y usted podrá reunirse con su mujer y sus hijos.

La Stasi sabía perfectamente que en la República Federal Alemana actuaban grupos de personas dispuestas a facilitar la huida de ciudadanos de la República Democrática de Alemania. Ocho años atrás se había descubierto incluso un túnel excavado bajo el muro de Berlín desde el lado occidental. Los pasaportes falsos circulaban de una a otra Alemania llevados por occidentales, que los repartían entre los interesados en escapar. Para la Stasi, aquello era como la hidra de las siete cabezas: cuando capturabas a unos, siempre surgían otros. Y realmente aquel se había convertido en un problema de difícil solución, de ahí que fuera preciso desplazar agentes o confidentes al otro lado a fin de contrarrestar los planes allí diseñados. Tan extendido estaba el mal que la HVA, el servicio de espionaje internacional de la Stasi, se había visto obligada a echar

mano de gentes como Georg Welzel, que en ocasiones servían de señuelo para atrapar a otros enemigos más destacados, secuestrarlos en la República Federal Alemana y llevarlos en secreto a la zona oriental, donde eran severamente castigados. De hecho, había sido ese mismo organismo el que había ordenado al teniente Wiesler que reclutara al preso, confirmando así la paradoja de dejar huir a un disidente para descubrir a otros disidentes que asimismo deseaban abandonar la República Democrática de Alemania.

—Será un trabajo sencillo... Nada de cámaras fotográficas en miniatura ni de bolígrafos-pistola. Simplemente escuchar y escribirnos cuando se entere de algo. Siempre a la dirección de su madre, eso sí. Nosotros ya nos encargaremos de controlar su correspondencia. Además, le daremos unas claves para que los mensajes lleguen cifrados o parezcan simples noticias sobre su nueva situación. Estamos al corriente de que en el Berlín occidental tiene usted una tía llamada Wali, madre de sus dos primos Benno y Konrad Radke, también residentes en la República Federal Alemana. Dado que el tal Benno es periodista, quizá pueda obtener de él alguna que otra información adicional sobre lo que nos interesa.

Georg enarcó una ceja, mostrando así su asombro. Aquella gente parecía saberlo todo de su familia.

—Asimismo nos interesa saber con qué personas podemos contar al otro lado. Estamos informados de que hay gente allí que comulga con nuestras ideas y que está dispuesta a actuar contra el capitalismo. Usted puede ponerlos en contacto con nosotros, hacer de intermediario... En fin, las posibilidades de colaboración son infinitas, y cuanto más haga por nosotros, antes podrá ver a su familia. Aunque como hasta el presente no ha mostrado demasiado interés por ellos, si lo que realmente le interesa es el dinero, también podemos arreglarlo. Pero entonces su madre, sus dos hermanos, su pareja y sus tres hijos siempre estarán en el ojo del huracán.

El preso sabía que la Stasi jamás amenazaba en vano. En la lucha contra la disidencia nunca jugaba de farol, y más de una familia se había visto muy perjudicada por las actividades supuestamente delictivas de alguno de sus miembros. Si alguien se mostraba contrario a sus leyes, acababan pagándolo todos. La hermana podía quedarse sin plaza en la universidad, el padre ser degradado en su puesto de trabajo... Las posibilidades eran infinitas, aunque casi siempre sutiles y discretas. En definitiva, luchar contra la Stasi era un mal negocio, algo de lo que Georg ya se había percatado.

—En fin, si usted está de acuerdo en aceptar nuestra propuesta, pronto podrá marcharse, aunque antes debemos adiestrarle un poco para que sepa cómo llevar a cabo su

tarea, aclarar detalles y demás. ¿Está de acuerdo?, ¿podemos contar con su colaboración?

Imposible negarse, Georg lo sabía. Y aunque su respuesta se dilató lo que tardaba en fumar un cigarrillo, al final aceptó con un leve susurro.

—Sí, haré lo que ustedes digan.

Su liberación no llegaría hasta mayo de 1972, pues las cuatro reglas sobre el espionaje básico que intentaron inculcarle parecían resistírsele. Y es que la cárcel no era la mejor escuela para gente como Georg.

Capítulo 2

1

Martes, 7 de febrero de 2012

Al día siguiente de su aventura con el radar, Adrián acudió al instituto sin haber dormido apenas. Toda una noche de meditación, sumido en un duermevela lleno de inquietud y tendente a los extremos, le había hecho comprender lo irresponsable de su acción y las nefastas consecuencias que podían derivarse de no haber denunciado el descubrimiento de un cadáver. Por eso, apenas dedicó tiempo a sus alumnos, a los que mantuvo entretenidos mediante unos socorridos ejercicios de análisis de textos históricos mientras él iba y venía de la sala de profesores, buscando encontrar un periódico donde informarse de cómo andaba su problema.

La prensa llegó puntualmente a media mañana, aunque todos sabían que aquel pequeño privilegio tenía sus horas

contadas. En breve, y debido a los recortes del gasto promovidos por el gobierno aragonés, los centros docentes dejarían de estar suscritos a cualquier tipo de publicación periódica, excepción hecha de una revista sobre peluquería destinada a dicho ciclo formativo. Incluso se había calculado el consumo por persona de papel higiénico con vistas a una compra más racional de dicho producto. Tanto dispendio había llevado al país a la ruina, y aquello no podía tolerarse por más tiempo.

Bebiendo su café descafeinado de máquina, el profesor fue ojeando el *Diario del Alto Aragón*, un periódico cuyo ámbito informativo era la provincia de Huesca, y *El País* en su edición catalana, los dos rotativos a los que pudo echar mano antes de que cayeran en las garras de otros compañeros. Luego consultó la prensa digital en uno de los ordenadores de la sala, constatando que no aparecía ninguna referencia a cadáveres en granjas de la provincia de Lleida ni a radares destrozados a martillazos. Una ausencia de noticias que le tranquilizó algo y le permitió acabar la mañana más o menos en paz, sin sobresaltos ni altercados con sus alumnos.

Aunque pronto comprendió que aquella calma solo preludiaba la peor de las tormentas.

Las noticias de la tarde divulgadas por las emisoras de radio catalanas ya se hacían eco del hallazgo de un cadáver en una granja próxima a la localidad leridana de Almacelles, cercana a la raya con Aragón. Y de forma colateral, en la misma nota

se anunciaba la rotura de un radar de carretera próximo a dicha granja.

El fallecido se llamaba Fermín Miralles Salvatierra, tenía 81 años y era el dueño de la finca. Su cadáver había sido descubierto por su hijo, quien de inmediato dio aviso a una ambulancia y a los mossos d'esquadra. Considerando que aquella pudiera tratarse de una muerte violenta, la primera declaración oficial realizada desde la comisaría de Lleida no descartaba ninguna hipótesis hasta que no se le hubiera efectuado al cadáver la correspondiente autopsia. Respecto al radar, tampoco se negaba el que ambos asuntos pudieran estar relacionados. Por último, la declaración no decía nada sobre huellas, indicios o evidencias.

Adrián comenzó a sentirse nervioso. La ausencia de detalles le inquietaba, obligándolo a repasar mentalmente una y otra vez sus movimientos de la noche anterior. ¿Había limpiado finalmente las huellas de sus pisadas y las marcas de su coche? Apenas recordaba nada, pero la lógica le repetía constantemente que era imposible abandonar un lugar cubierto de polvo sin dejar ninguna señal de su paso. Y la misma máxima servía para su automóvil. Por fuerza tenía que haber dejado alguna marca de sus ruedas. A partir de ahí, la policía era capaz de identificar el modelo y un montón de cosas más, hasta dar con la identidad de su propietario. Sospechando lo que se le venía encima, el profesor se imaginó a sí mismo detenido, esposado y encerrado en la

cárcel de Lleida, casualmente no demasiado alejada del domicilio de sus padres.

De todas formas, tampoco había mucha diferencia entre estar encarcelado en una celda o malgastar sus días intentando enseñar a unos alumnos empecinados en practicar la insumisión pedagógica. En la prisión podría leer y descansar, y, según tenía entendido, incluso le permitirían disponer de un televisor. Quizá, mostrando un buen comportamiento, hasta podría disfrutar de su ordenador. En definitiva, si todo se torciera y le acusaran de haber asesinado al anciano, no serían más de cinco años a la sombra, y cuando saliera, estaría ya en la edad de cobrar una pensión de jubilación, aunque esta fuera mínima. En las circunstancias económicas por las que pasaba el país, sin duda muchos se sentirían afortunados de poder vivir los momentos más duros de la crisis bajo un techo asegurado, con dos comidas diarias y la protección otorgada por las autoridades penitenciarias. Caso de llegar a esta situación, Adrián se comprometió consigo mismo a no presentarse voluntario para enseñar a los demás reclusos. Bastante había tenido con sus alumnos como para ir ejerciendo de profesor en una prisión.

Llegado a este punto del discurso, descubrió que solamente iba a sufrir por sus padres y su coneja Merlina, los únicos seres vivos que realmente sentirían su ausencia. Nada cabía esperar de su exesposa Victoria, de la que llevaba más de dos años sin tener noticias. En cuanto a Gabriel, el hijo

nacido de aquel matrimonio caducado, a sus treinta y un años de edad llevaba una vida completamente organizada al lado de una joven, viviendo a más de trescientos kilómetros de distancia de Adrián y manteniendo con él solo esporádicos contactos telefónicos y algún encuentro motivado por sus viajes. En este sentido, nada relevante, una relación paterno-filial sin intimidad y escasamente satisfactoria para ambos.

Merlina, que también atendía al diminutivo de Merlineta, era una coneja blanca con algunas manchas grisáceas en su pelo, cuyos profundos ojos miraban al profesor con una ternura imposible de encontrar en los seres humanos. Casi dos años llevaban juntos, y para Adrián representaba la única compañía que realmente le llenaba. Ningún compañero del instituto o amigo de juventud podían suplir la sensación que representaba ver la televisión tumbado en el sofá con el animalito dormitando sobre su panza. Si acababa en la cárcel, tendrían que ser sus padres quienes cuidaran de la coneja. A su debido tiempo, ya se encargaría el profesor de solicitar a las autoridades penitenciarias el correspondiente permiso para poder verla también a ella durante los días de visita.

Vistas así las cosas, la posibilidad de acabar encerrado tampoco representaba más que una simple prejubilación vigilada y sometida a una cierta disciplina, una situación bien alejada del caos y del vandalismo que proliferaba en el instituto, y que a Adrián tanto le trastornaba.

Más tranquilo, y con Merlina correteando a su alrededor, el profesor se dispuso a estudiar los documentos aprehendidos en la granja, a los que apenas había dedicado su atención desde la noche anterior. Aparte de los recortes periodísticos, la carpeta incluía un buen número de folios que, a tenor de los profundos surcos observados en el papel, precisamente en el mismo espacio destinado a las letras, debían de haber sido escritos con una de aquellas antiguas máquinas de color negro y teclas circulares tan características de las viejas oficinas.

Pero el pequeño archivo también incluía circulares y panfletos clandestinos muy manchados de tinta, con hoces unidas a martillos y siglas difícilmente identificables que, sin duda, permitían adivinar la afiliación política de su redactor. Se trataba de aquellas hojas volanderas que Adrián había visto en más de una ocasión cuando estudiaba en la universidad, llamadas a la lucha obrera o estudiantil, a la huelga y al derribo de la dictadura franquista, distribuidas por lo que el régimen llamaba agentes del contubernio judeo-masónico-comunista. Unos agentes cuya única misión era hundir de nuevo a la santa España católica y apostólica que, con tanto esfuerzo, Franco había levantado de las cenizas a que la URSS la había sumido en los años treinta.

Para un profesor de Historia curioso y sin demasiado que hacer como él, todo aquello era como un maná caído del cielo. Documentos vivos, retazos de un pasado reciente del que ya casi nadie se preocupaba, y menos bajo un gobierno

del Partido Popular que pretendía convertirse en el único referente histórico. Antes que él, la miseria socialista, la nada más vacía. Con él y después de él, todo, el orden, la disciplina, el buen hacer y la perfecta convivencia en un país donde cada vez eran más evidentes las diferencias entre los que lo tenían todo y podían hacer lo que les daba la gana, y los que apenas contaban con lo mínimo para subsistir y estaban sometidos al imperio del rigor presupuestario. Como en el final de la irrepetible novela de Felipe Trigo titulada *Jarrapellejos*, donde todo un pueblo vitoreaba a su cacique, en España todo el mundo debía acabar gritando ¡Viva don Mariano Rajoy! por haberles sacado de la crisis económica sumiéndolos en la más absoluta de las miserias.

Sin preocuparse más por las noticias sobre el cadáver de la granja, Adrián pasó casi cuatro horas leyendo folios, artículos periodísticos y soflamas tanto anarquistas como comunistas, estas en sus clásicas versiones maoísta, trotskista, estalinista o incluso senderista, aquella que en su momento fue preconizada por el peruano Abimael Guzmán, más conocido entre los suyos como la cuarta espada del comunismo.

Transcurrido ese tiempo de lectura, análisis y meditación, el profesor ya tenía una idea algo más perfilada de quién había sido Fermín Miralles Salvatierra, muerto la noche anterior en circunstancias aún no aclaradas en su granja situada entre el pueblo leridano de Almacelles y el oscense de Binéfar. Sin embargo, también fueron muchas las lagunas surgidas y las preguntas que quedaron sin responder. ¿Podía

el tal Fermín haber llegado a ser un agente de la Stasi?, ¿hasta qué punto era cierto que hubiera tenido un pequeño papel como actor en *El verdugo*, la famosa película de Luis García Berlanga?, ¿realmente era cierto que un sacerdote lo había confundido con un muerto, llegando incluso a tomarlo por un fantasma?, ¿o todo aquello no era más que fruto de una imaginación desbordada, de una continua alucinación sin límites ni freno alguno?

Muerto de sueño, el profesor acomodó a Merlina en la pequeña conejera que en su terraza había habilitado para ella y se metió en la cama confiando en dormir al menos cinco horas. Sin embargo, eran tantas las cosas que bullían en su mente, las historias que rondaban y las inquietudes carcelarias que todo aquel asunto le provocaban que aún tardó sus buenas dos horas en conciliar el sueño. Por eso, cuando en su móvil sonó *La música nocturna de las calles de Madrid* de Luigi Boccherini, la misma tonadilla con que cada mañana se despertaba, las dudas aún no habían desaparecido de su cerebro. Y ya con el primer café descafeinado de la mañana, la sensación mezclada de preocupación y curiosidad renació con la misma fuerza con que había estado actuando tres horas atrás.

Porque, por encima de todo aquello, flotaba la cuestión más inquietante: ¿había sido asesinado Fermín Miralles Salvatierra por algo relacionado con su pasado?

Melilla, enero-febrero de 1950

En Melilla no se hablaba de otra cosa. En la tumba de Benito López Franco, supuestamente anónima, aparecían constantemente flores frescas, e incluso se afirmaba que también se habían encontrado manchas de sangre. El padre Segovia, indignado ante semejantes habladurías, se había personado en el cementerio para hablar con el encargado, quien no dejó de asegurar que él mismo limpiaba la tumba cada mañana, y que de vez en cuando volvía a descubrir tanto nuevas flores como manchas de sangre.

—No me lo explico, padre —insistía—. Parece cosa de más arriba. De hecho, la gente ya le llama el soldado de los milagros.

—No me venga usted con sandeces. ¿Qué milagros puede hacer un suicida?

—No sé, padre. Pero ya hay quien le reza para obtener alguna gracia como la curación de algún pariente o la suya propia. Porque nadie se traga que realmente se hubiera suicidado. Todos lo consideran una víctima, y algunos hablan de él como si fuera un mártir de esos que salen en sus libros.

En vista de que tales rumores estaban alcanzando proporciones alarmantes, el vicario decidió pedir audiencia al coronel que mandaba el Regimiento de Infantería 52, unidad a la que había pertenecido el difunto Benito López Franco. Quería preguntarle si la novia del soldado tenía algo que ver con aquel escabroso asunto.

El coronel Marzo, tras informarse sobre el tema, recibió al párroco dos días después en su propio despacho. Su paso por el cuartel no hizo más que acrecentar los chismes que circulaban entre la tropa. Alguien llegó a decir que, durante la entrevista, las voces subieron mucho de tono.

—La culpa es de esa chica, de la novia del suicida, que de una forma u otra se cuela en el cementerio para llevar flores a su tumba —soltó el vicario nada más iniciarse la conversación.

—No diga usted tonterías, páter. Me consta que el comandante Sanmartín tiene a su hija perfectamente controlada y no la deja acercarse al cementerio por nada del mundo. Es más, de hecho la chica ni sabe en qué lugar está enterrado exactamente.

—Alguno de los soldados que asistieron al entierro se habrá ido de la lengua.

—Imposible. También me he encargado de comprobar ese detalle.

—Lo que debería usted hacer, mi coronel, es poner vigilancia en el cementerio.

—De eso ni hablar —dijo el militar con tono airado—. A mí ningún cura de tres al cuarto me va a decir qué es lo que debo hacer o dejar de hacer. ¡Estaríamos apañados!

—Pues iré a la Guardia Civil y que se encarguen ellos.

—Vaya usted donde le salga de los cojones, pero no me moleste más con esa historia. Si la gente cree en milagros es porque ustedes los curas les han metido todas esas tonterías en la cabeza.

Ante aquella respuesta, el párroco sintió cómo le hervía la sangre por sus venas.

—Me quejaré de sus palabras al obispo.

—Quéjese a quien le dé la gana, póngase bajo la sotana de quien quiera. Y recuerde que fuimos nosotros quienes les salvamos de la degollina durante la guerra.

El vicario, furioso, abandonó el cuartel dispuesto a contar lo que acababa de oír en las más altas instancias. Sin embargo, una vez en la parroquia, sus ánimos parecieron calmarse, atribuyendo la diatriba del coronel a los efectos del alcohol. De hecho, nada más entrar en su despacho ya le había notado el aliento bastante cargado.

El diácono Santamaría quiso saber cómo había ido la entrevista con el coronel, abordando la cuestión durante la comida.

—La hija no tiene nada que ver —le explicó el vicario—, el coronel así me lo ha asegurado.

—Pues, en ese caso, si no ha sido ella, ¿quién le ha puesto las flores?

—Vaya usted a saber. La gente está como una cabra, no tiene cultura y se cree cualquier palabrería. O, bien mirado, también podrían haber sido los rojos, que nos quieren desprestigiar.

—¿Los rojos? ¿Y dónde hay rojos aquí en Melilla, si toda la ciudad es un cuartel?

—Esos mal nacidos están en todas partes.

—Pues a mí me han llegado voces de supuestas curaciones milagrosas. Sin ir más lejos, una de nuestras feligresas me ha contado esta misma mañana que una parienta suya se curó de un dolor en la pierna después de rezar a Benito. Bueno, al hermano Benito, tal y como ya lo conocen algunos.

—¡No me venga usted también con esas, Santamaría! ¿No me irá a decir que se lo ha creído?

—No, claro que no me lo he creído. Pero lo que parece evidente es que nuestros parroquianos ven a Benito más como un santo que como un pecador. Sin duda a causa de la injusticia que contra él se cometió. Aquí ya nadie parece dudar de que el soldado murió a causa de una paliza, y de que el comandante Sanmartín tuvo mucho que ver en eso.

—Le prohíbo que diga usted esas cosas. Se lo prohíbo tajantemente. Oficialmente el soldado Benito Franco se suicidó y sanseacabó. Y ahora, déjeme comer en paz, si no quiere que informe de sus insolencias al obispo.

¿Dónde quedaba ahora la caridad cristiana, ese concepto que con tanta insistencia le habían inculcado en el seminario? ¿Cómo podía haber aceptado tan alegremente el vicario la versión del suicidio, empeñándose en que el pobre Benito fuera enterrado en tierra no consagrada? Unas preguntas que no hacían más que sacudir insistentemente la conciencia del diácono, profundamente decepcionado por la conducta de su superior jerárquico.

Tras la comida, ambos se habían retirado a dormir la pertinente siesta, aunque Jesús fue incapaz de conciliar el sueño. Se sentía un traidor, casi a la altura del malvado Judas. Y todo por haber permitido que su amigo Benito, una vez fallecido, fuera tratado como lo fue, alimentando con ello su fama de pecador. ¡Si el pobre era un buenazo! Enamoradizo, sí, pero con buenas intenciones hacia la muchacha de la que había quedado prendado. Un tipo alegre al que todo el

mundo quería, buen cumplidor de sus obligaciones cristianas y devoto de la Virgen del Pilar, como buen aragonés que era. Por mucho que se empeñaran, nadie, ningún militar ni el vicario, iba a convencerle de lo contrario.

A media tarde volvieron a sus obligaciones pastorales. Confesiones, misa de seis, atención a las pías damas locales... El vicario, que se notaba muy enfadado con Jesús, apenas le dirigió la palabra.

Ya de noche, y antes de cenar, el diácono decidió darse un paseo por los alrededores de la parroquia. Empezaba a dolerle la cabeza, y supuso que con el fresco recobraría la calma. La impresionante construcción neorrománica de la iglesia del Sagrado Corazón, situada en el centro de la ciudad, constituía el principal referente religioso de Melilla, y a Jesús le tranquilizaba mucho contemplarla desde una cierta distancia. Nada que ver con la basílica de Pilar de su querida Zaragoza o con la catedral de su Tarazona natal, desde luego, pero el edificio sin duda gozaba de personalidad propia y fomentaba la actitud piadosa.

Las pocas personas que circulaban por la calle lo hacían deprisa y con las manos en los bolsillos a causa del frío. Como todos los inviernos de la posguerra, con la población sometida al racionamiento, aquel era un invierno triste y desangelado. Y aunque la iglesia solía llenarse los domingos hasta rebosar, Jesús solo apreciaba en los rostros de los fieles amargura y resignación. Estaba convencido de que si acudían

a misa era por obligación y porque no tenían otro lugar donde ir. ¡Qué error tan grande el de la Iglesia al creer que las voluntades se ganaban imponiendo obligaciones!

Algo más sereno y con el rostro amoratado por la fresca brisa que corría, regresó hacia la sede parroquial, situada junto al templo. Iba a abrir la puerta cuando le abordó una gran sombra salida de la nada.

—¡Jesús, por favor, tienes que ayudarme!

Al principio, el sorprendido diácono no comprendió. ¿Quién podía atreverse a tutear a un sacerdote?

—¿Quién es usted? —preguntó intentando reconocer a su interlocutor.

—Soy yo, Benito, ¿tan pronto te has olvidado de mí?

Jesús se llevó las manos a la boca, ahogando un grito. La sombra intentaba tomarle del brazo extendiendo su mano hacia él.

—¡Déjame, no..., no puede ser! —exclamó con un tono de desesperación—. Estás muerto..., no puedes hacerme esto.

—Por favor, Jesús, haz que me entierren en sagrado. Eras mi amigo.

De los nervios, al diácono se le cayó la llave al suelo. La sensación de mareo y dolor regresó de nuevo a su cabeza. Temiendo marearse, se sentó en el portal.

—Déjame..., por favor —insistió lloriqueante, mientras ocultaba su rostro con las manos extendidas. La enorme mole del soldado, que en vida había alcanzado el metro noventa, cubría con su sombra el menudo cuerpo del sacerdote.

—No... puedo, vete, ¡vete!, por el amor de Dios.

Tuvo que ser doña Esperanza, la patrona, quien, alarmada por los gritos, acudiera en su ayuda.

—¡Don Jesús, qué le pasa!

—¿Lo has visto?, ¿lo has visto? —le preguntó el diácono incorporándose.

—¿A quién?

—A... Benito.

—¿A Benito?, ¿pero usted también, don Jesús?

Aquella noche, y con los ojos ahogados en lágrimas, el diácono Santamaría se retiró a su dormitorio sin cenar. Cuando a la media hora llegó el vicario Segovia de una de sus

visitas de sociedad y preguntó por él, la patrona únicamente acertó a decir que Jesús se sentía indispuerto.

—En ese caso, cenaremos usted y yo juntos —decidió el párroco—. Así nos haremos compañía.

Imposible resultó para el diácono conciliar el sueño. La alucinación, porque así y no de otra manera debía calificarse la repentina aparición de Benito en el portal de la parroquia, lo había dejado completamente trastornado, casi al borde de la desesperación. Después de meditarlo mucho, acabó atribuyendo el escabroso incidente a una cuestión de conciencia, a ese angelito dibujado en los catecismos que te susurraba al oído recordándote tus malos actos. En definitiva, la sensación de haberle fallado a su amigo, y que tan profundo trastorno moral le había provocado, era sin duda la causante de que su cerebro le hubiera jugado aquella mala pasada. Jesús comprendió que difícilmente podría convivir con aquel cargo de conciencia enquistado en su alma, por lo que decidió coger el toro por los cuernos y enfrentarse directamente a su superior.

Fue esa misma mañana. Doña Esperanza, tras dejar el desayuno preparado —café, leche y torreznos—, había salido para realizar la compra diaria y los dos sacerdotes se encontraban solos. Bajo la mesa, un brasero de carbón calentaba sus pies, permitiéndoles disfrutar mejor de la colación.

Sin embargo, el vicario mostraba el mismo semblante serio de la tarde anterior y continuaba con su mutismo. Jesús pensó que solo le faltaba echar chispas por los ojos, temiendo que si abordaba de nuevo la cuestión de Benito la ira de su superior volvería a estallar. «Que sea lo que Dios quiera», se dijo.

—Quisiera pedirle una cosa, padre.

—Diga —ordenó secamente el párroco mientras sumergía un torrezno en su tazón.

—Es sobre Benito, y se trata de una petición oficial.

—¿Otra vez con esas monsergas?, ¿qué quiere esta vez?

—Lo mismo que le pedí ayer. Que enterremos a Benito en un lugar más decente y adecuado..., es decir, en tierra bendecida. Usted es el encargado de la parroquia, y tiene jurisdicción eclesiástica sobre el cementerio. No sería la primera vez que un supuesto suicida es enterrado en un cementerio católico.

—Pues mientras yo sea el párroco, no lo voy a permitir. Y no se hable más.

—En ese caso, me veré obligado a pedir el traslado.

—Haga lo que usted quiera. Y no se preocupe, no voy a poner impedimentos a su solicitud.

—No es justo..., lo que hemos hecho no es justo, y usted lo sabe.

El vicario lanzó un torrezno sobre su taza y se levantó con aire indignado.

—¡Estará usted contento! Ya ha conseguido amargarme el desayuno. Redacte esa petición y ahora mismo se la firmo. ¿Por qué le importa a usted tanto donde esté enterrado ese soldado?

—Por justicia, porque era mi amigo y porque... él mismo me lo pidió ayer.

El párroco observó a su subordinado entre indignado y sorprendido.

—¿Que se lo pidió ayer? Santo cielo, lo que me faltaba por oír. Un cura que cree en los fantasmas... ¿Acaso se le apareció como si fuera la Virgen de Fátima? Realmente está usted para que lo trasladen, pero a un sanatorio mental.

—Es usted..., un cretino.

Una semana después, Jesús Santamaría abandonaba Melilla en un pequeño buque que lo trasladaría a Algeciras, desde donde se dirigió en tren a Málaga cambiando en varias estaciones. Allí recibió la repulsa del obispo y un nuevo destino pastoral que lo devolvió de nuevo a su querida tierra aragonesa, bien lejos del vicario Segovia. Pertenecer a una

familia de posibles, católica y sin mancha ideológica alguna facilitó que no se le impusiera ninguna medida disciplinaria.

Sin embargo, y a pesar de este alejamiento, la imagen de un Benito sumido en la amargura no parecía dispuesta a abandonarle jamás. En los meses sucesivos a su muerte, o de aquel mal morir, el infortunado soldado comenzó a navegar en los recuerdos de Jesús como un barco cubierto de gallardetes, y su memoria se dedicó a seleccionar solo aquellos aspectos de su vida que más amargura le producían, en especial su alegre carácter y su devoción a la Virgen del Pilar. Unos rasgos por los que acaso hasta el propio Dios rechazaría haber perdido tan prematuramente a uno de sus fieles. El sentimiento de culpa del diácono fue creciendo y asentándose como un cáncer mortal, de tal forma que nunca más volvió a sentir lo que se entiende por verdadera, pura e inocente alegría.

3

La dos Alemanias, mayo-septiembre de 1972

La mañana del 16 de mayo de 1972, Georg Welsel abandonó definitivamente la prisión de Cottbus. Atrás quedaba su característica arquitectura de ladrillo rojo, sus

patios cerrados mediante muros rematados con alambre de espino y sus tres pabellones en forma de hache.

Desde que el preso se viera prácticamente forzado a aceptar la propuesta del teniente Wiesler, aún habían transcurrido más de ocho meses antes de que lo liberaran. Durante ese tiempo, y a fin de evitar que comentara su próxima excarcelación con nadie, ningún familiar ni amigo había logrado obtener permiso para visitarle, y además se le mantuvo aislado de los demás reclusos. El oficial habló con él en al menos cinco ocasiones para comprobar sus avances a la hora de redactar mensajes cifrados, tarea en la que se empeñaron dos expertos de la Stasi empleando como texto de referencia el Fausto de Goethe. Georg fue así adiestrado en la composición de textos que, adoptando el usual tono de cartas familiares, ofrecían una segunda lectura cuando sus letras se relacionaban con ciertas páginas convenidas de aquel clásico alemán.

Nada más comenzar el cursillo, el preso había recibido un ejemplar del famoso libro. Como buen alemán, Georg conocía la historia del estudioso que anhela el conocimiento infinito, y no le pasó desapercibido el hecho de que aquel relato tuviera como argumento el pacto entre el diablo y su protagonista, una situación relativamente similar a la que él mismo estaba viviendo. Aunque, en su caso, a cambio de su alma no iba a obtener placeres ni conocimiento, sino simplemente la libertad.

Para dejar constancia de su paso por las manos de la Stasi, y como forma de reconocerlo en el caso de que regresara clandestinamente, una semana antes de su marcha le tatuaron en la muñeca una enigmática combinación de números y letras —77KS—, de cuyo significado Georg nunca sería informado. Sin embargo, siempre que miraba aquellos signos se acordaba de lo que había leído sobre Auschwitz.

El proceso de liberación no estuvo exento de una buena dosis de burocracia. En la República Democrática de Alemania, un régimen en principio creado para ofrecer esperanza y protección a los oprimidos, no eran infrecuentes las deportaciones al otro lado del muro, aunque siempre llevaban su papeleo. Permisos oficiales, visados, actas notariales..., un sinfín de documentos que el afectado debía firmar con el único propósito de reconocer su traición y manifestar el compromiso de no regresar jamás al paraíso socialista. Georg cumplió dócilmente con cada uno de los rituales, y cuando aquella mañana se presentó el teniente Wiesler dispuesto a despedirse para siempre, empezó a creer que su pertinacia había dado sus frutos.

—Bueno, Georg, por fin ha llegado el día. ¿Un cigarrillo?

Se encontraban en uno de los despachos de la prisión, ya lejos del pabellón de las celdas. El preso estaba bastante nervioso y realmente necesitaba fumar, algo a lo que el oficial ya estaba acostumbrado.

—Sí..., gracias.

—Aquí tienes, puedes quedarte el paquete. Y estos doscientos marcos, que deberán servirte para iniciar una nueva vida junto a los capitalistas. Verás tú..., cuando hayas pasado unos meses al otro lado acabarás añorando lo que vas a dejar atrás.

Hecha esta apreciación, Sebastian le entregó un sobre con el dinero. Acto seguido, se levantó de su asiento.

—En fin, vamos ya. Te espera un largo viaje hasta Berlín.

—Y..., ¿mi familia? —preguntó Georg—. ¿Voy a poder despedirme de ellos?

—Lo siento, pero no. En cuanto llegues al otro lado ya sabes que podrás escribirles y contarles todo. Bueno, no todo, solo lo que hemos convenido. Y procura hacer buen uso del código que te han enseñado. Hemos puesto mucha confianza en ti y esperamos resultados.

Aunque aquella última afirmación no era del todo cierta, pues en la Stasi mantenían ciertas dudas sobre su capacidad operativa, con ella el oficial simplemente pretendía animar a su nuevo confidente.

Tres horas después, el furgón policial que trasladaba al preso llegó al Berlín oriental. Los agentes que lo custodiaban llevaron a Georg hasta el paso fronterizo de la estación

ferroviaria de Fredrichstrasse, donde lo entregaron a la policía de fronteras. La coordinación entre ambas fuerzas policiales fue impecable, y tras estampar una última firma en el registro de salidas, el preso dejó de ser definitivamente un reo de la República Democrática de Alemania.

Los oficiales de la Alemania Federal, sabiendo que se trataba de un deportado —de hecho, habían sido previamente advertidos de su llegada y ya lo estaban esperando—, se limitaron a anotar su nombre y a darle la bienvenida, informándole de que debía presentarse lo antes posible en la primera comisaría que encontrara para regularizar su situación.

La primera sensación fue de confusión. No en vano había pasado buena parte de su juventud encerrado o sometido a una constante vigilancia, y ahora, una vez libre, tanto aire se le antojaba excesivo, casi irrespirable. No sabiendo muy bien a dónde dirigirse, decidió hacer caso de la recomendación de los agentes aduaneros encaminando sus pasos en busca de una comisaría.

El teniente Wiesler le había dicho que, en consideración a su condición de deportado, los capitalistas le ofrecerían inmediatamente un trabajo como forma de compensarle sus posibles sufrimientos anteriores.

—Pero no esperes nada más de ellos. Una vez tengas tu trabajo, lo que vendrá a continuación será bastante peor que

aquí. No se fiarán de ti y te vigilarán constantemente, con cualquier excusa te detendrán e interrogarán... En fin, no te dejarán vivir en paz.

«No será peor que aquí», pensó entonces Georg mostrando cara de escepticismo. Sin embargo, en aquel momento prefirió no discutir con el oficial.

Georg no conocía Berlín. Tampoco había estado en ningún país del otro lado del muro. Toda su vida la había pasado en la República Democrática de Alemania, moviéndose entre su Cottbus natal, el internado de Mengelsdorf —donde su madre lo había dejado un tiempo al no poder cuidar de él, Reichenbach —en cuya escuela realizó sus estudios elementales—, los puestos fronterizos —desde donde había intentado huir al otro lado—, los juzgados y las prisiones, y únicamente había salido una vez del país para ir a Checoslovaquia, siempre con la misma intención de dejar el paraíso comunista.

En cuanto abandonó la estación y salió a la calle, le sorprendió ver a tanta gente caminando de un lado a otro, de tienda en tienda o simplemente paseando. No estaba habituado a tanto movimiento ni a tantas tentaciones visuales. Y acostumbrado como estaba a vivir vigilado, pensó que todo el mundo lo observaba, dispuesto a denunciarlo por algún motivo que él desconocía. No tardó en encontrar un coche de policía detenido junto a la acera —un vehículo enorme, bien distinto de los que se usaban en la República

Democrática—, y aunque en un principio sintió cierta prevención, decidió aproximarse a él y preguntar a sus agentes.

—Buenas..., tardes. Acabo de llegar de la República Democrática, ¿dónde puedo encontrar una comisaría?

Al principio no le comprendieron. Lo miraron con curiosidad y pensaron que únicamente pretendía realizar una denuncia.

—¿Le han robado? —le preguntó uno de los policías.

—No..., me han deportado. Soy ciudadano de la República Democrática, pero quiero regularizar mi situación aquí, con ustedes. Aquí tengo mi documentación...

—Ya, entiendo. En ese caso, será mejor que nos acompañe.

En la comisaría lo trataron con muchas amabilidad, preguntándole cómo había logrado salir de la República Democrática. Georg les contó su historia, procurando aproximarse a la verdad, y entonces uno de los agentes le comentó:

—Pues nuestro gobierno habrá pagado una buena cantidad por usted, es la costumbre.

—¿Cómo dice? —preguntó el recién llegado sin comprender.

—¿Acaso no sabes que la Alemania Federal paga al gobierno comunista por todo aquel que deportan?

—Pues..., no.

Cuando le hubieron explicado todo, Georg se sorprendió ante el negocio redondo que habían hecho con su persona. No solamente se habían librado de él, ahorrándose los gastos de su estancia en prisión, sino que además habían cobrado por dejarle marchar. Algo que, según entendió, se daba con cierta frecuencia entre los dos países. La Alemania Federal pagaba a su homóloga comunista buenas cantidades de dinero por cada disidente al que permitían cruzar el muro, cargando además con los primeros gastos de acogida.

Le tomaron las huellas, le entregaron un documento provisional que le reconocía como nuevo ciudadano de la Alemania Federal y le informaron sobre un albergue de acogida, donde lo atenderían adecuadamente hasta que encontrara trabajo, algo que, según le dijeron también, no iba a resultarle muy difícil. El país necesitaba de mucha mano de obra y llevaba echando mano de extranjeros desde comienzos de los sesenta, de forma que un buen trabajador alemán, y más con la experiencia como mecánico que él tenía, no iba a tener problemas para encontrar un puesto adecuado a su categoría.

Sin embargo, Georg prefirió pasar aquellos primeros días en el domicilio de su tía Wali, hermana de su madre, quien

le recibió con gran afabilidad y entusiasmo, sorprendida de que le hubieran dejado marchar de la República Democrática. Fueron unas jornadas de descanso y de adaptación a una nueva forma de vida más individualista y a la vez más acelerada.

A través de una oficina de empleo gubernamental, Georg se puso en contacto con la empresa Dielier und Kellog, dedicada a la construcción y que precisaba de mano de obra en Oberhausen, una ciudad ubicada al oeste del país, en la región de Renania del Norte-Wesfalia. Consiguió allí un empleo sin mayores dificultades, y gracias a un primer adelanto de sueldo que recibió, pudo alquilar un pequeño apartamento. La suerte parecía sonreírle por fin, permitiéndole paladear las primeras mieles de la libertad recién adquirida.

La primera carta que redactó, fechada el 21 de mayo, no incluía ningún mensaje encubierto. Iba dirigida a su madre, y Georg entendió que, como inevitablemente iba a ser leída por alguien de la Stasi antes de que lo hiciera su destinataria, no era preciso redactar un segundo texto. Gracias a aquella primera misiva, los agentes del servicio secreto comunista se pondrían al corriente de su nueva situación sin necesidad de volver a leer la misma historia en mensaje cifrado.

¡Buenos días, queridísima mamá!

Supongo que vas a asombrarte de lo que vas a leer. Mi carta no llega desde la cárcel, sino desde Renania del Norte-Westfalia. Me han liberado y he podido llegar a la RFA. ¿Qué te parece? Seguro que te han quedado los ojos como platos y piensas que estoy bromeando, pero en el matasellos podrás comprobar que no miento. A partir de ahora recibirás incluso paquetes míos, aunque primero tendré que ganar algo de dinero. Pienso que para junio te llegará el primer paquete de café.

Por favor, avisa a Christa y dile que también le enviaré ayuda para los niños. El mes que viene comienzo a trabajar en Oberhausen, donde me han contratado en una empresa de construcción. Así que no sufras, porque estoy bien. Te escribiré a menudo, te enviaré paquetes y, en cuanto pueda, también fotos. Y dentro de tres o cuatro años incluso podrás visitarme. En mi siguiente carta ya te diré algo sobre mi documentación laboral y algún certificado que necesitaré.

Cuídate y alégrate, porque piensa que algún día vendrás a visitarme.

Un beso para ti y para mis hermanos. Hazlo extensivo a Christa y los chicos.

Tu hijo, Georg.

Se trataba de una empresa enorme, con más de quinientos trabajadores empleados en la construcción de naves y almacenes, situada en una ciudad eminentemente industrial de la cuenca del Ruhr. Una urbe dominada por un enorme depósito de gas, construido en acero de la zona en 1929 y que medía 117 metros de altura. Georg había visto en la televisión la torre de Alexanderplatz, en el Berlín oriental, considerada la joya arquitectónica de la Alemania comunista. Sin embargo, aunque bastante más baja que esta, observar al natural la gran mole metálica de Oberhausen le causó una enorme impresión.

Su nuevo trabajo consistía en la instalación de piezas metálicas en las obras que su empresa llevaba a cabo. Pronto Georg hizo sus primeros amigos, no todos ellos alemanes, sino algunos procedentes de países como Italia, España o Turquía. De hecho, muchos de sus compañeros lo consideraban a él mismo como un extranjero, algo que no le hacía ninguna gracia. También comprendió bastante pronto que en aquel ambiente laboral, tan alejado geográficamente de la Alemania del Este, difícilmente iba a obtener información sobre disidentes o acciones subversivas que pudieran llevarse a cabo en territorio comunista. Allí todo el mundo se preocupaba casi exclusivamente de su familia, cobrar a fin de mes y poder disfrutar de sus vacaciones.

El 21 de julio, tras recibir el primer sueldo, Georg escribió a Christa, su pareja y madre de sus tres hijos.

Querida Christa, recibe un saludo de mi parte. Imagino que te alegrarás de ello.

He enviado un paquete a mamá donde, entre otras cosas, encontrarás una caja de detergente en polvo Astra. Mira dentro y verás que allí están los primeros 200 marcos para ti y los chicos; supongo que nadie los habrá sacado de allí. También hay un bizcocho de almendras en cuyo interior he colocado otros 150 marcos para mamá. Si todo sale bien, en la próxima remesa os enviaré 500 marcos. Escíbeme y dime si necesitas algo más.

Te saluda de todo corazón, tu Georg.

Tampoco en esta ocasión se preocupó por redactar una segunda misiva cifrada, pues no tenía nada de qué informar. Depositó la carta en el buzón, rezando para que los censores de la otra Alemania no se quedaran con el dinero del paquete.

A los dos meses de instalarse en la Alemania Federal, Georg ya comenzaba a sentirse aburrido. La rutina laboral, las cervezas de fin de semana con los amigos o las pequeñas excursiones que organizó no acababan de satisfacer sus anhelos de libertad. Lo que en realidad deseaba era viajar lejos, ver mundo, y aquella nueva forma de sometimiento al trabajo le producía cierta frustración. Por otro lado, no era capaz de descubrir ninguna información que pudiera interesar a sus antiguos carceleros, algo que hacía peligrar

un posible reencuentro con su familia, incrementando con ello su inquietud.

Con su primer sueldo, Georg pudo adquirir también un coche a plazos, un sencillo Opel 1.700 de 75 caballos. Con él pudo viajar en dos ocasiones a Colonia, donde su primo Benno, hijo de su tía Wali, trabajaba como periodista. Bebieron, comieron, rieron, visitaron la ciudad y se comprometieron a verse más a menudo. Sin embargo, Georg se marchó sin despedirse, ya que, cuando iba a hacerlo, conoció a una chica en un bar que le invitó a tomar una copa en su apartamento. Su primo, que estaba trabajando en el periódico, llegó a preocuparse bastante, y dos días después lo telefoneó a su empresa de Oberhausen mostrándole su enfado.

—¿Dónde te habías metido, cabronazo?

—Con una chica, ya te contaré cuando nos volvamos a ver. Ahora no puedo hablar demasiado.

El siguiente fin de semana lo pasó Georg recorriendo Bélgica, y desde su capital escribió a Benno una postal de disculpa.

Querido Benno:

Por favor, no estés enfadado. Aquella noche conocí a una chica encantadora, y como el corazón se me ablanda con las mujeres, no pude resistir. Debes comprender que

he pasado demasiado tiempo encerrado, aunque ahora tengo mala conciencia por no avisarte. ¿Podrás perdonarme? Lo necesito, ahora que me encuentro bien, libre y contento. Bruselas, desde donde te escribo, es una ciudad maravillosa.

Muchos saludos de tu primo.

Georg siguió disfrutando cuanto pudo de su tiempo libre. Pero aquello no era suficiente. Su espíritu no se sentía satisfecho, porque lo que realmente le angustiaba era convertirse en esclavo de un trabajo monótono que cada vez le resultaba más desagradable. Pasar ocho horas al día colocando tubos, abriendo zanjas e instalando calefactores no era precisamente lo que más le llenaba.

Así que, por fin, un día decidió liarse la manta a la cabeza y abandonar Alemania durante un tiempo. Más o menos lo que había intentado hacer en varias ocasiones cuando vivía en la zona comunista, aunque sin correr el riesgo de ser detenido.

El 5 de septiembre, en el curso de una nueva visita de cuatro días a su tía Wali, Georg escribió su última carta a su madre, esta vez desde Berlín.

Querida mamá:

Hacia mitad de mes te enviaré un nuevo paquete, aunque antes te escribiré de nuevo para decirte

exactamente cuándo. Incluirá ayuda para los chicos. Puedes decirle a mi hermano Peter que tengo un sencillo Opel 1.700 con el que solo puedo correr hasta 140 kilómetros por hora, no un Porsche de 125 caballos..., el ya lo entenderá. Y tú no tengas miedo, conduzco con mucho cuidado y no estoy cansado de vivir. En octubre o noviembre quizá viaje hasta el sur de Europa, ya te lo diré en cuanto lo sepa con seguridad.

Ahora mismo estoy en Berlín con tía Wali, que te envía muchos besos, igual que lo hago yo. Hasta a próxima carta, queridísima mamá.

Georg.

El siguiente fin de semana, antes de su gran viaje meridional, Georg quiso visitar Bonn, la capital de la República Federal. Estuvo en varios clubs y charló con diversas chicas dedicadas a la prostitución, hasta que logró convencer a una de ellas para que lo invitara a su apartamento adelantándole setenta marcos por el servicio. Cuando se encontraban a medio camino, Georg no pudo resistir más y pidió a la muchacha mantener relaciones sexuales en el mismo coche.

—Apárcalo ahí —le indicó la joven señalando una calle oscura.

Georg obedeció, y en cuanto hubo detenido el vehículo se quitó los pantalones y los calzoncillos. La mujer, sabiendo que allí guardaba la cartera con el dinero, al primer descuido le cogió ambas prendas y salió huyendo del automóvil. Georg intentó seguirla, pero pronto se encontró vociferando amenazas en medio de la calle, medio desnudo y rodeado de policías.

Resultó que la chica era menor de edad, y el atribulado Georg pasó aquella noche durmiendo en un calabozo junto a dos borrachos. Al día siguiente, lo interrogaron y solicitaron referencias de él a la policía de Oberhausen.

Allí ya lo tenían fichado por conducir sin permiso. Un detalle en el que Georg no pensó en el momento de adquirir su Opel, ya que en la República Democrática de Alemania nunca había poseído ningún vehículo y por ello tampoco precisó de documento específico alguno.

El juez lo dejó en libertad con cargos —corrupción de menores, amenazas y atentado grave contra el pudor—. En breve sería juzgado y probablemente tendría que volver a la cárcel. De nuevo Georg volviendo a las andadas, aunque en esta ocasión en un país libre. Había pasado de un extremo a otro, de estar siempre vigilado y encerrado, a disponer de su propia vida sin apenas restricciones, y no había sabido adaptarse adecuadamente al cambio.

Tenía que abandonar Alemania lo antes posible. Aunque para ello habría que echar mano de los transportes públicos, ya que su coche había sido requisado por la policía.

Mientras, la Stasi aún aguardaba su primer informe.

Capítulo III

1

Miércoles, 8 de febrero de 2012

Desde primera hora de la mañana, en el instituto todo fue mal, un comienzo de jornada que Adrián interpretó como un pésimo augurio.

De hecho, ya antes de acudir a su puesto de trabajo, el destino le había advertido de que aquel iba a ser un día infausto. Como cada mañana, Adrián sacó del armario la ropa con la que debía vestirse, y al ponerse los pantalones, una pegajosa mancha de chocolate estratégicamente situada en la rodilla izquierda le recordó el día en que se había zampado de una sentada los bombones que su madre le regaló el mes anterior. Una caja entera, resto de serie procedente del complejo mundillo gastronómico en que se

habían convertido las fiestas navideñas. El profesor se quitó la prenda, la llevó a la cocina y empapó en agua caliente la punta de una toalla, añadiendo además un poco de jabón líquido. Luego frotó con ella la mancha, que acabó extendiéndose por toda la pernera. A medida que restregaba cada vez con más intensidad, apretando los dientes, el color chocolate iba dominando al azul original del pantalón. A los cinco minutos acabó desistiendo definitivamente para optar por otra prenda sustitutiva. Una prenda que, aunque también se decoraba con varios lamparones, estos eran algo más discretos que el negruzco color cacao del pantalón azul.

Nada más llegar al centro, la directora, Marina, abordó al profesor en medio del pasillo justo a la hora de comenzar su primer periodo de clase. Era aquel uno de los momentos más tensos de la jornada laboral, pues los alumnos subían y bajaban las escaleras golpeándose al cruzarse y vociferando como si fueran manifestantes en una concentración de protesta callejera. Media docena de lenguas servían para expresar todo tipo de palabras malsonantes.

—Adrián, atiéndeme un momento, necesito hablar contigo de un asunto.

La directora del instituto adornó aquellas palabras con una media sonrisa ladina en la que podía apreciarse que el asunto que debían tratar se revestía de cierta gravedad. Adrián temió por un momento que la policía acababa de personarse en el centro con intención de detenerle, aunque,

intentando mantener el tipo, respondió al abordaje limitándose a observar quedamente a su superiora jerárquica.

—Me consta que tienes hora libre antes del recreo. Pásate por mi despacho y te comentaré el problema.

El profesor continuó en silencio, aguardando más información y mirando a la directora como se mira al gusano de una manzana.

—De momento no es grave, pero podría llegar a serlo.

—¿Cómo de grave?, ¿susceptible de una pena de cárcel?

La directora supuso que debía de tratarse de una broma, y le siguió el juego.

—Bueno, de cinco a diez años. Depende de tu comportamiento.

—¿Acaso ha venido la Guardia Civil? —preguntó Adrián alarmado.

—No, hombre, no. Simplemente un padre, que se ha quejado de ti, aunque la cosa podría complicarse si sus quejas llegan hasta el inspector. Cuando acabes tus clases, vienes a mi despacho y charlamos.

Adrián respiró aliviado. Aunque el profesor solía sacar de quicio a la directora a causa de su actitud individualista, díscola y contestataria, en aquella ocasión supo agradecer su buena disposición.

—De acuerdo, Marina, a las diez y cuarto pasaré a verte.

—Muy bien, no te olvides. Y no te preocupes, estoy a tu lado..., siempre y cuando no llevemos las cosas demasiado lejos.

El profesor forzó un rictus que pretendía ser una sonrisa y continuó su camino hasta perderse en medio de la multitud. En aquellos momentos, las quejas de los padres estaban muy lejos de constituir su principal motivo de preocupación.

Sus alumnos, según costumbre, le aguardaban ante la puerta del aula como cuervos sobre un tendido eléctrico. Sin embargo, la primera clase transcurrió con relativa normalidad. No así la segunda, pues sus chicas del curso de Cualificación Profesional Inicial no hicieron más que darle la lata para que les dejara jugar con los ordenadores. Al final, y tras una tímida resistencia que apenas duró quince segundos, Adrián claudicó sin pasar demasiado apuro por ello.

Cincuenta minutos después, entraba en la sala de profesores para leer el periódico. Nuevas noticias sobre recortes sociales, desastres económicos y corrupción

política, aunque nada sobre la muerte de Fermín Miralles. No llevaba ni cinco minutos de lectura cuando se presentó Marina con el rostro sombrío.

—¿No te he dicho que vinieras a mi despacho?

—Perdona, no me acordaba —dijo el profesor. Realmente, la cita con Marina se le había olvidado por completo.

—Ya..., pues venga, vamos.

Adrián se colocó tras la directora y la siguió como un cordero dirigiéndose al establo. Incluso agachó la cabeza en señal de sumisión. La misma turbamulta de la hora anterior seguía subiendo y bajando escaleras sin tener muy claro cuál era su destino.

Una vez en el despacho, Marina invitó a sentarse al profesor y lo miró detenidamente mientras recuperaba la sonrisa. Una sonrisa en la que no había ni ingenuidad ni encanto, sino única y exclusivamente dos filas de dientes que ocultaban mal el desagrado que sentía hacia su interlocutor.

—Bueno, Adrián, vamos al grano para no perder más tiempo en un asunto que, como te he dicho, tampoco tiene excesiva importancia si sabemos llevarlo con discreción. Resulta que la semana pasada..., a ver, creo que fue el jueves, vino a verme el padre de tu alumna Noelia Perallón..., ya sabes, la que está en cuarto de ESO. Estaba bastante indignado porque, según me dijo, les obligaste a cantar una

canción contra el Partido Popular. En primer lugar, ¿es eso cierto?

—No.

—Bien —dijo la directora inyectando todo su escepticismo en esa única palabra.

Un silencio recorrió el despacho con la evidente intención de perpetuarse.

—¿No tienes nada que añadir al respecto? —le instó Marina, que ya comenzaba a perder la paciencia—. Te recuerdo que el padre de Noelia es concejal del PePé en el ayuntamiento.

—Yo no obligué a cantar nada a nadie.

—¿Ni siquiera una canción del Dúo Dinámico titulada *Resistiré*, aunque con la letra cambiada para poner de vuelta y media al PePé?

—Ni siquiera eso.

—Entonces, ¿cómo es que el padre insistió en que les obligaste a cantarla? Incluso trajo consigo una copia de la letra de esa canción, que al parecer tú le diste a su hija..., y al resto de los alumnos. Precisamente la tengo aquí.

Marina extrajo de su cajón una hoja arrugada y se la mostró al profesor. Este ni siquiera la miró, pues ya conocía su contenido.

—¿Les repartiste tú esto?

—Sí, lo mismo que en su momento les repartí la letra de *La Internacional* o del himno *A las barricadas*. Todo esto forma parte de la historia.

—Pero, ¿les obligaste a cantarla, sí o no?

—No, simplemente les dije que si la cantaban a coro les subiría un punto en el examen. Y todos cantaron con mucho entusiasmo, la verdad sea dicha.

—Ya. Cantaron una letra que dice... —Marina observó el papel y comenzó a recitar:

Cuando pierda todas las ayudas,
cuando no me quede solución,
cuando te jubiles de becario
o parado de la construcción,
cuando te despidan con un beso
en lugar de la indemnización,
cuando al matrimonio de los gays
llamen «matrimonio maricón»,
resistiré aunque me quiten todo,
aguantaré los años de gobierno del PePé,

que el telediario de la Uno sea el no-do
y que quien mande en mi destino sea la CEOE.

Cuando no haya ley de Dependencia
y paguemos por la educación,
cuando el hospital sea de copago
y te cobren por la transfusión,
cuando el Gran Hermano sea Mariano
y el superviviente sea yo,
cuando le debemos todo al banco
y aún así nos pidan comisión,
resistiré otra legislatura,
aguantaré los años de gobierno de PePé,
a ver qué hacen sin poder echar la culpa
de todas las cosas chungas del país a ZetaPé.

Resistiré jodido pero bueno,
soportaré los años de gobierno del PePé.

Solo por ver cómo nos sacan de la crisis
resistiré, resistiré...

—La cantan en la tele, Marina —se disculpó Adrián.

—¿Y a ti te parece que esto es un documento histórico?

—Pues sí, es bastante histórico. Habla de la situación por la que está pasando España en la actualidad.

—O sea que reconoces que les animaste a cantarla con la promesa de una mayor nota en el examen.

—Eso es más correcto. Pero obligar, lo que se dice obligar, no obligué a nadie.

—¿Y esa forma de puntuar está en vuestra programación didáctica?

—No con esas palabras, pero sí con otras. Los profesores podemos valorar positivamente cualquier participación activa y muestra de interés hacia la asignatura. Y yo considero que cantar Resistiré es una buena muestra de participación activa.

—¿Sabes que el inspector es simpatizante del PePé?

—Ahora que lo dices, algo había oído.

—En fin..., vayamos a otra cosa. ¿Qué es eso de poner un monigote en lugar del rey?

—¿También se han quejado de eso?

—También. El mismo padre...

—Al final uno no va a poder hablar de nada. Lo único que dije es que, con las noticias que vamos conociendo sobre las tropelías del yerno del rey, el Urdangarín ese, podríamos aprovechar para eliminar la figura del monarca y sustituirla

por un muñeco de esos que se colocan en las carreteras agitando un banderín con una mano mecánica. Para lo que nos sirve..., un monigote haría lo mismo y sin más gasto que el de unas cuantas pilas. Podría saludar a los jefes de Estado que nos visitaran con esa misma mano, o bien usarla llevándosela a la sien durante los desfiles. Y en Navidad, que hiciera como que hablara moviendo unos labios articulados, y de fondo, pues eso, un mensaje grabado por cualquier locutor con buena voz y santas pascuas. Poco más de provecho hace nuestro estimado Borbón...

—Sabes perfectamente que eso es un insulto a nuestro jefe de Estado.

—Yo opino que más bien se trata de una alabanza —manifestó Adrián con una mirada neutra.

Marina alzó unos centímetros las palmas de las manos, para dejarlas caer luego sobre la mesa. Suspiró estentóreamente y volvió a quedarse muda. La directora creía firmemente, aunque sin saber muy bien el motivo, que los largos silencios hacían crecer su autoridad. Sin embargo, tampoco podía aguantar mucho tiempo sin hablar.

Durante ese intervalo, el profesor se entretuvo en tocarse los dedos uno por uno hasta hacer crujir las articulaciones.

—Piensa que las últimas consecuencias hacen gravitar la espada de Damocles de la responsabilidad sobre mis

hombros —dijo por fin Marina de forma rimbombante. Una manera de mostrar que, en realidad, amén de directora, era una simple profesora de Educación Física con menos letras que las memorias de un amnésico.

Adrián se quedó sin palabras ante lo que acababa de oír. Para él, parecía demostrarse una vez más que la directora era una pelmaza cualificada que se desenvolvía bastante bien en su papel.

—En fin, Adrián —continuó entonces Marina—, ¿qué podemos hacer para que esto no se nos escape de las manos? Quiero decir, antes de que esto llegue al inspector.

—Pues..., no sé, ¿acaso hay que hacer algo? Yo creía que el PePé no había suprimido aún la libertad de cátedra...

—Aquí no hablamos de libertad de cátedra, sino de insultos al rey y a otras instituciones del Estado como el PePé.

—Sinceramente, no sé qué decirte.

—He pensado que quizá podrías pedir disculpas a tus alumnos por si alguno se hubiera podido sentir ofendido. Con eso, el padre quedaría relativamente satisfecho.

El profesor pensó que alguien debería hacer un estudio serio sobre el sentido del humor de la directora.

—¿Pedir disculpas? Pero si ellos insistieron en cantarla una y otra vez..., y además estuvieron totalmente de acuerdo en lo del muñeco... Y voy a decirte una cosa, precisamente Natalia Perallón fue una de las alumnas más activas y entusiastas, tanto a la hora de cantar como de poner de vuelta y media al rey. No voy a repetirte lo que dijo al respecto de los atributos reales simplemente por pudor, pero esa chica es una ácrata rematada. No entiendo cómo puede tener un padre así.

—Mira, chico, vamos a ir terminando. ¿Vas a hacer lo que te propongo?, ¿vas a pedir perdón?

—Pero mujer, yo no puedo hacer eso, mis alumnos no lo entenderían. ¿Cómo voy a pedirles perdón por algo que no les ofendió, sino que más bien reafirmó sus ideas?

—Haz lo que quieras —zanjó por fin la desesperada directora.

—Entonces, ¿puedo irme ya?

—Sí, pero si te denuncian ante la inspección, yo no voy a ayudarte en nada.

—¿Y dónde queda entonces la espada de Damocles de la responsabilidad?, ¿ya no gravita sobre tus hombros?

—¡Vete al cuerno!

Como tantas otras cosas que ocurrían en el centro, todo resultaba bastante absurdo.

Adrián regresó a la sala de profesores, dispuesto a continuar con la prensa durante el tiempo que le quedaba hasta su siguiente periodo lectivo con alumnos. Sin embargo, sintió una punzada de frustración al comprobar que todos los periódicos se hallaban ahora en manos de otros tantos compañeros ociosos. Dirigió su mirada hacia la mesa de los ordenadores y de nuevo se encontró con que también estos estaban ocupados. No había nada con lo que distraer aquel rato obteniendo información sobre el asunto que tanto le inquietaba —y que no era precisamente la posible denuncia ante la inspección de enseñanza—, salvo un montón de propaganda sindical y varias publicaciones dedicadas exclusivamente a la función docente y la pedagogía.

«Menuda gentuza..., ¿acaso no tenéis exámenes por corregir?»

Aquellos profesores, él incluido, ya no eran docentes, sino simples productos de la administración pública. Aunque habían perdido sus reflejos de antaño, visto engordar sus cuerpos y encoger sus ojos con el transcurso del tiempo, cada curso que pasaba se volvían más hábiles en eludir sus obligaciones. Sin nada mejor que hacer, se sentó ante la amplia mesa que dividía en dos la sala y se dispuso a leer de nuevo los documentos de Fermín Miralles por si, a fuerza de revisarlos, lograba dar con la clave de su muerte.

A los diez minutos se levantó y fue a servirse un café de máquina. De regreso a su asiento, se cruzó de nuevo con la directora, quien ni siquiera se dignó a saludarlo con la mirada. Ciertamente intimidado, Adrián volvió a sentarse con el vaso vacío.

Incapaz de concentrarse en la lectura, pasó los últimos minutos de descanso sin hacer nada más que observar al compañero que tenía enfrente, y que no hacía más que hablar solo, principalmente sobre cuestiones sindicales. Tenía más o menos la misma edad que el resto de los seis o siete profesores presentes en aquel momento, aunque pesaba bastante más. Por otra parte, alrededor de su calva cabezota lucía una coronilla de pelo castaño y unas enormes orejas que llamaban poderosamente la atención. De haberse dedicado al espionaje, pensó Adrián, lo hubiera tenido difícil para disfrazarse.

La última clase constituyó un suplicio añadido, pues de nuevo sus alumnas del curso de Cualificación Profesional Inicial, con las que según su horario aquella mañana repetía período lectivo, se negaron a hacer absolutamente nada que no fuera escuchar música, manipular sus teléfonos móviles o pintarse las uñas con los colores más llamativos.

—Es que llevamos toda la mañana trabajando — argumentaron al unísono.

Los vanos intentos del profesor por corregir sus inclinaciones se saldaron con un «haced lo que os dé la gana» definitivo que le sumió de nuevo en la melancolía.

De regreso al hogar, su único y seguro refugio, el profesor hizo lo de cada día. Salió a la terraza, donde Merlineta le saludó con un gruñido, aguardando impaciente su cotidiana ración alimenticia consistente en lechuga fresca, pan tierno de molde y dos puñados de avena pelada. Luego se calentó un plato de salmón en salsa de naranja cocinado el día anterior y encendió la radio para informarse con las noticias de las dos. Escuchó lo de siempre, sin ninguna aportación nueva respecto a la muerte de Fermín Miralles. Un ministro del PePé diciendo «hay que preveer años de sacrificio para poder salir de la crisis», como si añadiendo una e al verbo prever se concediera mayor consistencia a sus palabras.

«Encima de chorizos, no saben ni hablar», pensó el profesor mientras rebañaba la salsa.

La radio también informó de los problemas de liderazgo surgidos en el partido socialista recientemente derrotado en las elecciones generales. El profesor recordó que, cuando había estado en el gobierno, ese mismo partido se había comportado como una comparsa de los mercados financieros, recortando incluso su propio sueldo como profesor y el de los demás funcionarios públicos. Y ahora, una vez en la oposición, cuando estaban en vena y se

exaltaban, todos sus dirigentes juraban una y otra vez en público ser verdaderos socialistas.

«Que os zurzan a todos bien zurcidos», les deseó ya con el postre en la mano. «Menuda cuadrilla de chorizos sois todos, tanto vosotros como los del PP. Bueno, estos últimos, más.»

Para el profesor, todos los políticos mentían. En su lógica personal resultaba muy triste vivir en un mundo donde todo se reducía al hecho de que unos se dedicaban a mentir a otros. Donde, para arreglárselas en esta vida, todos creían que debían mentir. Donde aquellos que se supone que tenían más que decir y que tenían que explicar a los demás lo que deben hacer eran los que más mentían quedándose tan frescos. «¿Cómo puede alguien que es un sinvergüenza y un embustero decidir los destinos de todo un país?», se preguntaba a menudo, descubriendo él mismo la respuesta. «Porque eso es lo que son los gobernantes, unos podridos embusteros. Y aunque muchas personas saben perfectamente que les están engañando, la mayoría son demasiado cobardes y comodones para hacer algo. Además, protestar y quejarse no sirve de nada. Los que tienen el poder se cagan en todo eso, solo se preocupan de su prestigio y de su riqueza, y les importa un solemne rábano lo que les pase al común de los mortales. Se cagan en lo que la gente necesita, se cagan en las quejas y en los jaleos que se organizan cuando no te conceden ayudas o te dejan morir en los hospitales a causa de los recortes sanitarios. Y en lo único en lo que no se cagan es en sus propias vidas. Según una

estricta valoración jurídica, estos gobernantes son unos verdaderos delincuentes que, por su sed de poder y su avaricia económica, han conducido a sus gobernados a abismos de egoísmo y desprecio por los demás, haciendo florecer un pensamiento basado en el puro materialismo y en una grave falta de consideración hacia sus congéneres.»

A todo ello se unía, según Adrián, el asunto de la pobreza. Su pensamiento al respecto era bastante claro: a los poderosos se les llenaba la boca hablando de la necesidad de erradicarla, cuando en realidad la pobreza es necesaria para que la riqueza pueda mostrar su rostro de poderío irrefragable. A más pobres, mayor poder. Por tanto, bien estúpido era quien creyera que el hombre soñaba con abolir la pobreza. Nada más lejos de la realidad, pues en lo que verdaderamente soñaba el rico era con tener cada vez más pobres a su alrededor, a fin de poder lucir de forma más clara su grosera riqueza.

En ese momento de su pensamiento, sonó el timbre del portero automático.

Adrián sintió un sobresalto. No solía tener visitas, y mucho menos en la hora de la comida. Un temor inconsciente le empujó a presumir que no se trataba de una encuesta o de alguien pidiendo una ayuda, sino de algo más grave y personal.

—¿Sí?, ¿quién es? —preguntó al interfono con voz insegura.

—¿Vive aquí Adrián Moler Romasanta?

—Sí, soy yo, ¿quién es? —insistió el profesor.

—Somos de la Guardia Civil, necesitamos hablar con usted un momento.

Poco habían tardado en dar con él. Ni en las series de televisión resultaba la policía tan eficaz.

2

Madrid, 19 de agosto de 1963

Trece años después de los acontecimientos vividos en Melilla, el antiguo diácono Jesús Santamaría era ya un verdadero hombre de Iglesia, consolidado en su vocación y con las dudas propias de cualquier persona dedicada en cuerpo y alma a la religión. Sin embargo, también se había convertido en un inadaptado.

Tras su regreso a Aragón, había ejercido como ayudante en la parroquia de San Miguel de Zaragoza, donde intentó recobrar la serenidad y fortaleza de ánimo necesarias para

ejercer el apostolado. Las circunstancias en las que falleció su amigo el soldado Benito Franco, y la injusta forma de tratarlo una vez muerto, no dejaron por ello de atormentarle ni uno solo de los días de su vida. Cada noche, durante sus oraciones, veía de nuevo la imagen del desdichado Benito suplicándole que se le enterrara en sagrado, al lado de Dios, como compensación por el oprobio de haber sido asesinado. Ilusiones fugaces, aunque no por ello menos dolorosas.

Con aquel enorme cargo de conciencia a cuestas, Jesús Santamaría fue desarrollando poco a poco una visión personal de la caridad cristiana, bien distinta de la oficial que se predicaba en aquella España reprimida y represora que el régimen franquista había creado en connivencia con la Iglesia. Discutía con los demás sacerdotes sobre la actitud que debía adoptarse con los más humildes, con todos aquellos que habían resultado derrotados durante la Cruzada, e incluso se atrevía a enfrentarse con sus superiores por sus exigencias de rigor en actitudes y comportamiento y por su desprecio hacia los que no compartían las normas de vida cristiana. Y tal fue su perseverancia en la defensa de sus ideas que acabaron destinándolo al obispado de Madrid para realizar tareas meramente administrativas. Aprovechando el tiempo libre del que gozaba, en la capital del país pudo ampliar estudios de teología y derecho canónico, de forma que sus compañeros de oficio lo consideraban ya un verdadero intelectual de la religión católica.

Gracias a los nuevos conocimientos adquiridos, una de las ocupaciones que le encontraron fue la de colaborar en las tareas de censura eclesiástica de todos aquellos guiones, piezas teatrales, espectáculos y películas ya filmadas que se estrenaban en el país. Labor nada apostólica ni gratificante que Jesús se tomaba como una simple tarea de rutina más de las muchas que le encomendaban, y que únicamente le producía un desconcertante vacío espiritual.

Aquella calurosa mañana de lunes, el padre Dámaso Soriano, miembro de la comisión de censura eclesiástica, se mostró más irritado que de costumbre. Había llegado a sus manos una copia de la nueva película de Luis García Berlanga, y tenía que verla sin perder el más mínimo detalle, no se le fuera a escapar cualquier insinuación o velado ataque a los principios de la moral cristiana a los que tan aficionado era el director valenciano.

—Jesús, deja lo que estás haciendo, nos vamos al cine — anunció desde la puerta del despacho donde trabajaba Santamaría.

—¿Otra vez? Pero si ya vimos una película ayer...

—Lo siento, chico, pero nos han enviado otra cinta urgente desde el ministerio. Y esta vez tendremos faena, porque lleva la firma del Berlanga ese.

Jesús, resignado, se levantó de su asiento y siguió a don Dámaso hasta la sala de proyección del obispado. Mientras un seminarista con el rostro repleto de granos colocaba la película en el proyector, el padre Soriano le fue desgranando sus impresiones sobre lo que estaban a punto de ver.

—Se titula *El verdugo*, y según he leído en el expediente elaborado por la Comisión de Censura el pasado junio, hay unas cuantas cosas que debemos vigilar.

—¿Berlanga no es el de *Plácido*? —preguntó Jesús, quien a pesar de su tarea censora estaba muy poco puesto en asuntos cinematográficos.

—Sí, el mismo sinvergüenza, un rojazo de tomo y lomo que ya se burlaba de las creencias de la Iglesia en aquella película titulada *Los jueves, milagro*. No entiendo cómo le dejan filmar en este país, porque hasta el mismo Generalísimo lo tiene ya calado. Me ha llegado por fuentes fidedignas que nuestro estimado Caudillo lo considera un mal español, algo que según él es bastante peor que ser comunista. Este mismo año ya ha hecho otra de las suyas en una película estrenada en Francia, firmada junto a otros tres directores extranjeros y dividida en episodios independientes. Como siempre, el de Berlanga incluye algunas escenitas donde se ríe de nosotros...

—Cuando quieran, empezamos —anunció el seminarista.

—Un momento, Joaquín... Lo que te decía..., un marxista que ahora nos viene con la historia de un verdugo camuflándola de sainete de humor negro. Justo ahora que acaban de ejecutar a dos anarquistas en Carabanchel. Verás cómo nos ponen fuera cuando estrenen la película. Como es una coproducción en la que ha colaborado Italia, la quieren presentar en el festival de Venecia, donde, aunque viva allí el papa, hay más comunistas que en la Unión Soviética. En fin, que hay que vigilar. Mira lo que dice aquí, en el expediente...

Don Dámaso se ajustó las gafas y extrajo una hoja de la carpeta que llevaba consigo, documento que leyó con atención y entonando como en una homilía.

—«Cuidar el reparto de billetes a cargo del sacristán, supresión del organista comiéndose los recortes de la forma y que figure el párroco actuando en la ceremonia del matrimonio.» Ya ves por dónde van los tiros. ¿Acaso pretendía filmar un matrimonio sin sacerdote, y que luego este se quedara con los billetes del sacristán? Y el organista comiéndose los recortes de la sagrada forma..., ¿acaso no es una imagen sacrílega? Pues todo eso y seguro que mucho más es lo que nos vamos a tener que tragar, si ese cantamañanas de director no ha quitado las escenas correspondientes. En fin, veamos qué bodrio nos han traído. ¡Joaquín, cuando quieras!

La sala quedó a oscuras, y en la pantalla comenzaron a surgir las primeras escenas de la película. Jesús se arrebujo

en su asiento, dispuesto a soportar estoicamente las invectivas que sin duda lanzaría don Dámaso a medida que avanzara la historia.

La música inicial, que acompañaba una sencilla presentación de todo el personal implicado en la película y en la que, junto a los títulos de crédito, únicamente aparecía la imagen de un señor bigotudo, vestido con elegancia trasnochada —bombín incluido—, apenas dejaba traslucir lo que se avecinaba. Más bien sonaba al envoltorio sonoro de una comedia de humor negro, pues tal era lo que *El verdugo* aparentemente pretendía ser.

La primera escena, amenizada con una triste saeta, constituía ya toda una declaración de intenciones. En ella, el empleado de una empresa de pompas fúnebres —un actor italiano que luego acabaría convirtiéndose en uno de los protagonistas—, entraba en una cárcel cargando un ataúd como si se tratara de un costalero de Semana Santa. Sin apenas hacer caso de su presencia, a la vez que leía la prensa, un funcionario de prisiones desayunaba un tazón de café con leche donde flotaban unas migas de pan convertidas en sopa. Acababan de ejecutar a alguien, y a él no parecía hacerle mucha gracia.

«La primera en la frente», oyó susurrar Jesús a don Dámaso.

El verdugo era un tipo bajito, sombrío, al que Jesús reconoció de otras películas. Ni más ni menos que el genial Pepe Isbert, con su característica voz de fumador, convertido en ejecutor de la ley. Firmaba el correspondiente recibo y, a cambio, otro funcionario le hacía entrega del sobre con su salario. El hombre de las sopas de pan, a su vez, le recriminaba el haber dejado el maletín que contenía el instrumental de muerte junto a su taza. Al final de la escena, ese mismo funcionario acababa apartando su desayuno de un manotazo, incapaz de comer nada debido sin duda a la aprensión que la presencia del verdugo le producía.

A pesar de la reticencia del costalero, Álvarez, su compañero de la funeraria decide acercarse al verdugo hasta el centro de la ciudad en la furgoneta de la empresa, la misma donde deben transportar el ataúd ya ocupado. Una breve y discreta charla con el italiano permite comprender que no lo hace como favor hacia Pepe Isbert, sino por el morbo de conocer las circunstancias de la ejecución y los pormenores de su oficio. No siempre se tiene la oportunidad de escuchar de primera mano, en el sentido más literal de la expresión, cómo se mata a un reo mediante el garrote vil.

En la furgoneta, el ejecutor, de nombre Amadeo, se explaya a gusto desgranando las virtudes de su oficio. Sin embargo, al llegar a su destino, se deja el maletín en el vehículo y el costalero tiene que correr tras él hasta su domicilio, un triste y desangelado pisito en planta baja donde Amadeo vive con su hija Carmen. Es esta, una chica lozana y de aspecto

saludable, la que primero atiende al empleado de la funeraria. Jesús, a primera vista, la encuentra guapa y de inmediato se emboba con sus contoneos, aunque su aspecto en la película parece también bastante vulgar.

Amadeo y su hija invitan a café al amable costalero. En la misma mesa, el verdugo extrae los hierros de su maletín, provocando en el italiano una mueca de rechazo. Sin embargo, sus ojos parecen buscar en todo momento las voluptuosas formas de la hija, de forma que don Dámaso se ve empujado de nuevo a protestar.

—La carne..., siempre la carne de mujer. Mira qué cara de rijoso se le ha puesto al macarroni ese.

El ejecutor sigue insistiendo en la necesidad de su trabajo, aun cuando la sociedad lo rechace. Incluso se atreve a comparar el garrote con la guillotina y la silla eléctrica, métodos que considera mucho más inhumanos que el suyo. Oyéndolo hablar, nadie dudaría de lo benéfico de su tarea. Excepción hecha del ajusticiado, claro es.

El italiano, José Luis en la película, vive junto a su hermano Antonio, su avinagrada cuñada y sus dos sobrinas pequeñas. Su máxima ilusión, como la de muchos españoles del momento, es la de emigrar a Alemania en busca de un buen trabajo. Antonio ejerce como sastre —cortador eclesiástico-militar diplomado, para ser más concretos—, y en la siguiente escena se le ve trabajando en una sotana para la

que José Luis sirve de modelo. Durante la prueba, este ejecuta los movimientos propios de una bendición e informa a su hermano de que la tela tira un poco en el sobaco.

—El signo de la cruz... —se queja don Dámaso mientras escribe algo en una libreta—. Qué irreverencia. ¿No podían haber escogido otro gesto menos sagrado?

En ese momento, Amadeo se presenta en el domicilio de José Luis, junto a su hija, con la intención de ir de excursión. Al parecer, han hecho buenas migas, aunque parece claro que el interés del italiano es sobre todo hacia Carmen. La salida dominical a la sierra la efectúan en la misma furgoneta de la funeraria, de la que José Luis y su compañero de oficio se han apropiado para la ocasión. Durante la comida campestre —José Luis, su compañero, la esposa de este, el verdugo y su hija—, se habla ya de una posible boda entre Carmen y el italiano, aunque Amadeo, para satisfacción del colega de José Luis, sigue empeñado en narrar sus truculentas historias sobre reos y ejecuciones. Los dos tortolitos aprovechan la ocasión para bailar al son de la música de un transistor. Y lo hacen muy agarrados, lo que empuja a don Dámaso a anotar en su cuaderno y lanzar nuevas invectivas.

—Mira, mira cómo intenta sobarle los pechos el muy pervertido. Y la desvergonzada se deja.

Jesús, que no se había fijado en el detalle, hace como que asiente, aunque sin poner demasiado énfasis.

La indignación de don Dámaso sube de tono cuando en otra de las escenas aparecen Carmen y Amadeo semidesnudos en la cama de la mujer.

—Esto es intolerable..., míralos, ya han caído..., ya han pecado..., y sin estar casados... Esta escena debe suprimirse, ¿no te parece?

—Es posible, don Dámaso, es posible —responde el aludido con cierta indiferencia.

—Pues claro que es posible. Esta escena la quitamos..., vaya si la quitamos. Observa, observa cómo se besan en la boca... Lo han hecho, han hecho el acto sin estar casados... Dios mío, qué depravación. Y encima dice que el café lo quiere «como siempre», como si no fuera la primera vez. A cortar, aquí hay que cortar.

La siguiente escena muestra a Amadeo llegando a su domicilio con una carta en la que se le comunica la concesión de un piso. Aunque en un primer momento se irrita al descubrir a los dos jóvenes en actitud sospechosa, las promesas de José Luis de que se casará con su hija acaban por aliviar la tensión.

El momento de la boda constituye un nuevo motivo para que don Dámaso ejerza su rigurosa tarea de censor. El

oficiante se ventila la ceremonia en un santiamén, mientras el sacristán y los monaguillos dejan la iglesia a oscuras para acabar cuanto antes. En la sacristía, uno de los chicos y el propio organista devoran los recortes de las hostias como si estuvieran afectados por un hambre secular.

—¡Una burla!, ¡esto es una burla feroz e indigna! El director solo pretende reírse del sagrado sacramento del matrimonio. ¡Y encima ha dejado lo de las sagradas formas convertidas en un vulgar plato y al sacristán repartiendo el dinero, como si una boda fuera un espectáculo circense! ¡Todo esto, fuera inmediatamente!

Jesús piensa que si se eliminan esos minutos de metraje, la película quedará ininteligible, aunque prefiere no comentar nada por no ensombrece todavía más la situación.

Al tener que retirarse a causa de su edad como ejecutor del Estado antes de que se edifique el piso concedido, la administración le comunica a Amadeo que queda cancelada dicha concesión. La única posibilidad con la que cuenta la familia es la de que su yerno José Luis solicite su plaza de verdugo. Aunque al principio este se niega, finalmente Amadeo le convence argumentando que en España, y debido a los numerosos indultos decretados por el gobierno, apenas se producen ejecuciones.

Así pasa un tiempo de relativa felicidad hasta que, por fin, y para desdicha de José Luis, llega un certificado del

ministerio donde se le insta a que se presente en la prisión de Palma de Mallorca para estrenarse en su nuevo cometido. La película entra entonces en una deriva surrealista, que incluye la desternillante escena del nuevo verdugo asistiendo a un espectáculo musical en el lago subterráneo las cuevas del Drach junto a su esposa y numerosos turistas, momento en el que aparecen dos guardias civiles sobre una barca llamándole con un altavoz. En cuanto José Luis se da a conocer en medio de la penumbra, los agentes le instan a que los acompañe hasta la prisión provincial.

El verdugo termina más o menos como ha empezado, en una cárcel y con una pena de muerte. Funcionarios muy en su puesto, un marqués llevando champán francés al reo para satisfacer su último deseo, la preparación del garrote y José Luis convertido en un manojo de nervios mientras escucha los consejos de su suegro a través de una reja.

En el último momento, el verdugo intenta eludir su responsabilidad, por lo que tiene que ser sujetado férreamente y conducido por dos funcionarios, que siguen al cortejo del condenado hasta el poste de ejecución. La escena ofrece la impresión de que quien va a morir en unos instantes es el propio verdugo, claramente superado por la responsabilidad que en tan trágicos momentos se le exige.

Del reo, rodeado por los asistentes a su castigo, solo se muestra una imagen difusa. Sin embargo, esta es suficiente a los ojos de Jesús, que de inmediato reconoce en ella al

soldado Benito Franco. Aunque aquí viste de civil y parece haber envejecido los trece años que lleva muerto, al sacerdote no le cabe la menor duda de que es él.

—¿Por qué, por qué me haces esto, Dios mío? —se pregunta sobresaltado.

—¿Ha dicho usted algo? —le interroga don Dámaso.

—No puede ser..., no puede ser —sigue lamentándose Jesús.

—Claro que no puede ser, estoy de acuerdo con usted. Esta película no debería ser estrenada jamás.

3

Sur de Europa, octubre-diciembre de 1972

Georg atravesó Austria y entró en Italia utilizando para ello el transporte ferroviario. Apenas le pidieron más documento que la acreditación recibida en la Alemania occidental, por la que se le reconocía como ciudadano de dicho país. ¡Cuán diferente le hubiera resultado moverse al otro lado del telón de acero! Visitó Venecia y Milán, aunque pronto se encontró sin apenas dinero en el bolsillo. Un imprevisto que tampoco

le preocupaba demasiado, ya que siempre podría hacer autoestop, dormir en cualquier lado y pedir dinero por la calle para comer. La verdad es que viajaba sin rumbo ni objetivo concreto, aunque cada vez tenía más claro que difícilmente regresaría a Alemania. Quizá viajara a Grecia, a Francia o incluso a los Estados Unidos, donde podría hacer valer su condición de deportado de la República Democrática de Alemania para solicitar nuevas ayudas.

Sin embargo, era consciente de que para viajar tan lejos necesitaría de un pasaporte en regla, de forma que en Florencia decidió proveerse de uno. Se situó entonces en la estación de Santa Maria Novella, el lugar más indicado para llevar a cabo su plan, dedicándose a observar y descubrir a cualquier turista alemán que transitara por allí.

Conseguir el pasaporte no le resultó demasiado complicado. Los visitantes de su país solían mostrarse bastante confiados, y cuando detectó al que mostraba el perfil requerido, junto a la ventanilla donde se expedían los billetes, se aproximó hasta él para situarse a sus espaldas. El viajero usaba una bolsa que colgaba de un hombro, y que dejó en el suelo para poder pagar el importe de su compra. Luego, seguido de cerca por Georg, se dirigió a los lavabos, orinó y se lavó las manos. En ese momento volvió a dejar la bolsa en el suelo, circunstancia aprovechada por su acosador para llevársela sin que su dueño se percatara de ello hasta un minuto después.

Una vez en la calle, a salvo de cualquier posible peligro, Georg se sentó en un banco y analizó su botín. En el interior de la bolsa había una cartera con algo de dinero en efectivo —unos veinte marcos y cuatro mil liras en total—, varios cheques de viajero y, para su alegría, el ansiado pasaporte.

Aquel día comió una enorme pizza, pudo dormir en una pensión decente —donde se desprendió de toda la suciedad acumulada duchándose durante casi quince minutos— y decidió dirigirse hacia París, punto escogido para volar a los Estados Unidos en cuanto pudiera. Antes de abandonar Florencia, también manipuló su pasaporte cambiando la fotografía original por la suya propia, obtenida en una cabina callejera. Fue una labor bastante torpe, en la que se sirvió de un simple bolígrafo para repasar el cuño que sellaba la foto.

Su nuevo nombre era Klaus Herman Rudolf Sackmann, dueño de un documento expedido en Bamberg el 17 de agosto de 1970. El 6 de diciembre, Georg exhibió el pasaporte en la frontera italo-francesa, y a pesar de la tosca tarea que había realizado con él, logró cruzarla sin ninguna dificultad. De inmediato continuó con su periplo viajando en autoestop hasta Toulouse, desde donde pretendía dirigirse a la capital francesa. Sin embargo, nunca lograría llegar hasta allí, ya que el destino tenía previsto conducirlo en una dirección bien distinta.

Fue una pura casualidad que Georg encontrara a aquel comunista español en un bar del barrio de Arnaud-Bernard.

El alemán no hablaba otro idioma que el suyo propio, y apenas había aprendido cuatro frases en italiano durante su breve estancia al otro lado de los Alpes. Sin embargo, cuando le interesaba, se hacía entender para que los viandantes le dieran algún dinero allí por donde pasaba, o le llevaran en coche hasta la siguiente ciudad. Durante aquellos días de tránsito había vivido a salto de mata, bien mendigando, bien robando en casas de campo abandonadas o incluso atracando con una navaja a incautos que caminaban en solitario. No tenía ninguna intención de hacer daño a nadie, pero necesitaba dinero para llegar a su destino americano, y había que obtenerlo de cualquier forma.

En el barrio tolosano, lleno de pieds-noirs, emigrados españoles y norteafricanos, todo eran bares, brasseries típicas, tiendas y tenderetes. Mientras paseaba por allí en busca de alguien a quien contarle alguna triste historia y pedirle dinero a continuación, Georg se fijó en un individuo de mediana edad, bajito, con el pelo muy enmarañado entre oscuro y entrecano y fino bigote recortado, que lucía el emblema de la hoz y el martillo, rojo y reluciente, prendido en la solapa de su ajada americana. Estaba tranquilamente sentado en uno de los bares, fumando y bebiendo un licor de color verdusco junto al que había una pequeña jarrita de agua.

—Kommunist? —le preguntó señalándole la insignia.

Al principio, el aludido no pareció entender, y se limitó a recorrer con su mirada todo el corpachón del alemán.

—Kommunist? —insistió este aproximándose hasta tocar con sus dedos la hoz y el martillo.

—Vous ne parlez pas français?

Georg le hizo entender como pudo que era alemán, y que estaba interesado en su escudo. El español, habituado a ver a numerosos extranjeros como él por aquel barrio, le sonrió y le invitó a sentarse. Una sonrisa en la que se evidenciaban huellas de un pasado menos alegre.

—Alemán..., germano..., ya veo. Tú te has fijado en mi insignia comunista, pero tú llevas ahí un medallón de cuidado —le dijo el español señalando una medalla que pendía del cuello de Georg. En realidad se trataba de una moneda de cinco francos con la imagen de Napoleón III, fruto de una de sus rapiñas por los hogares del mediodía francés.

—Ja, ja —asintió el alemán sin saber cómo explicarse.

La conversación, lastrada por la diferencia de idiomas, derivó hacia aspectos ideológicos en medio de confusiones y malentendidos. Sin embargo, y con la idea de sonsacarle algunas monedas, Georg hizo comprender al español que él también era un comunista de la República Democrática de Alemania y que estaba viajando para conocer algunos países

Europeos. A su vez, el español se presentó como Antonio, afirmando haber huido junto a su familia de su país, tras la guerra civil, cuando solo tenía quince años. Su padre había sido un miembro del Partido Comunista de España que había combatido en la resistencia francesa hasta caer abatido por las balas nazis.

—¿Dices que vienes de la RDA?, ¿y cómo es que te han dejado salir de allí?, ¿acaso pretenden que te pervierta el capitalismo? —le preguntó Antonio tras concluir su propia historia.

Georg se mostró ambiguo en su respuesta, tanto porque no sabía qué decir ni cómo decirlo.

—¿No serás un espía?, ¿o un traidor anticomunista?

El alemán, entendiendo perfectamente lo que le insinuaban, se limitó a sonreír y a afirmar algo que no ofendiera al español.

—No, no, yo buen comunista, simple observador.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Antonio, cada vez más interesado por aquel individuo—. Pues en España podrías llevar a cabo una excelente tarea. Allí tengo yo buenos contactos... Si te parece bien, puedo darte algunas direcciones en Barcelona. Un país con buen sol y buena gente, aunque el que mande sea ese cabrón de Franco.

El alemán consideró que se trataba de una atractiva propuesta muy a tener en cuenta, y al final acabó guardando en su bolsillo un papel con la dirección de un tal Julián Gutiérrez, residente en la capital catalana y al parecer también totalmente contrario al régimen del Generalísimo.

Desde luego viajar a España resultaba bastante menos complicado que hacerlo a Estados Unidos, a donde siempre podría llegar volando desde Madrid hasta cualquier país centroamericano como México, para pasar posteriormente la frontera de forma clandestina. Además, España, al igual que Italia, tenía fama de lugar amable, barato y soleado, donde un deportado de la RDA encontraría sin duda las puertas abiertas simplemente por haberse enfrentado contra la dictadura comunista. Y gracias al contacto que acababan de proporcionarle, las cosas podrían resultar allí mucho más sencillas.

Una vez decidido, Georg iría, pues, a España, en busca de nuevas emociones para la extraña, azarosa y titubeante aventura que en aquellos momentos estaba marcando su vida.

Apenas tardó dos días en llegar a la localidad fronteriza de Cèrbere, muy próxima a la Costa Brava catalana. Una vez allí, ni siquiera se planteó la posibilidad de pasar legalmente al otro lado con un pasaporte robado, pues sospechaba que los agentes aduaneros de un país con un régimen dictatorial serían mucho más rigurosos en sus controles que sus

homólogos de la Comunidad Económica Europea. La única solución era cruzar de forma clandestina, algo que llevó a cabo la noche del 11 al 12 de diciembre, en medio del frío otoñal, por un camino que le mostraron varios vecinos franceses que habitaban en una granja. Habitado como estaba a moverse como un delincuente, no fue difícil para Georg seguir la senda indicada, y hacia media mañana se encontraba ya en la estación ferroviaria de Port Bou, donde tenía intención de tomar un tren con dirección a Barcelona.

Los primeros guardias civiles con los que se cruzó le resultaron extremadamente intimidatorios, más incluso que los propios agentes de la Stasi con los que había tratado en el pasado. Su uniforme verde y, en especial, aquel tricornio de reluciente charol que usaban, le recordaban a jenízaros turcos de otros tiempos dedicados a exterminar sin piedad a cualquier enemigo del sultán o de su religión. Necesitado como estaba de dinero para viajar hasta la capital catalana, no se atrevió a robar a nadie por miedo a que lo capturaran aquellos extraños y temibles individuos que vigilaban las estaciones por parejas, de forma que decidió pedir limosna por las casas de Port Bou hasta que logró reunir lo justo para el billete. Un método que le permitió además constatar la bondad de los españoles para con su prójimo, siempre y cuando este supiera cómo llegarles al corazón. Por fortuna, un viaje a Barcelona apenas costaba el equivalente en pesetas de un par de marcos, de forma que a las dos horas de mendigar ya disponía de ese dinero.

Aunque llegó ya de noche a la capital catalana, la estación de Francia todavía mantenía un variado movimiento de personas, algunas de ellas dispuestas a viajar a las lejanas tierras gallegas o andaluzas en sus correspondientes expresos nocturnos, y otras simplemente encargadas de los servicios de vigilancia. También estaban los que, por pura distracción, y sin nada mejor que hacer, se dedicaban a observar las maniobras de los trenes. Policías, soldados, guardias civiles, ferroviarios... Los diversos tipos de uniformes se mezclaban con las vestimentas civiles de gentes que acudían al bar del lugar, buscaban clientes para sus taxis o incautos a los que convencer de que sus pensiones eran las más cómodas y económicas. Georg fue abordado por al menos dos de estos profesionales del palabreo, que de inmediato desistieron en cuanto comprobaron que con él no había posibilidades de negocio.

Siempre atemorizado ante tanto agente del orden moviéndose en todas direcciones, el alemán gastó las últimas monedas que le quedaban en llamar a Julián Gutiérrez, el contacto que le había proporcionado Antonio en Toulouse. Apenas tuvo que esperar unos segundos a que le respondieran, aunque de nuevo volvieron a surgir los problemas de comunicación.

—...

—¿Amigo de quién, de Antonio..., de Toulouse...? —le cuestionaban desde el otro lado del auricular.

—...

—¿Y dices que eres alemán?, ¿comunista? Pero hombre de Dios, no digas eso..., y mucho menos por teléfono. ¿Dónde estás?

—...

—¿En la estación?, ¿dónde exactamente?

—...

—¿En la puerta del bar? Espérate ahí, en media hora estoy allí.

Georg aguardó inquieto la llegada del tal Julián. Desde que había salido de Port Bou, tenía la extraña sensación de que algo le iba a salir mal en España. Ni siquiera en la RDA había visto tantos uniformes juntos, una peculiaridad local que le estaba poniendo francamente nervioso y que le mantenía en un estado de extrema tensión, hasta el punto de impedirle razonar con claridad.

La llegada del español apenas le tranquilizó, especialmente cuando comprobó que este se movía también con evidentes muestras de inquietud, mirando de un lado a otro en busca de algún posible agente encubierto.

—¿Eres Georg?

—Ja, Georg, ja.

—Pues entremos —le indicó agarrándolo del brazo.

Julián, como Antonio, tampoco se elevaba por encima del metro setenta, lo que le convertía en una suerte de pigmeo al lado del casi metro noventa del alemán. Una vez sentados, pidieron sendos cafés y el recién llegado invitó a Georg a fumar un tabaco fuerte y negro que el alemán consumió con evidente placer.

—Así que alemán..., germano...

—Ja, ja.

—Amigo de Antonio, el de Toulouse...

—Ja, ja.

—Y comunista...

—Ja, ja, buen kommunist.

—Habla bajito. ¿Y se puede saber qué haces en España?

—Yo espía..., de la Stasi.

—Chiiiist, te digo que hables más bajo. ¿De la Stasi?

El español hizo un gesto de no entender a qué se estaba refiriendo Georg.

—La Stasi, policía comunista... —insistió este.

— Ya, ¿y has venido a espiar a España?

—Ja, ja, espía.

—Poca pinta tienes tú de espía, me parece a mí. En fin..., ¿y por qué te has puesto en contacto conmigo, si puede saberse?

Ahí Georg ya no supo qué contestar, pues tampoco tenía muy claro qué le estaban preguntando.

—¿No dices nada? ¿Y cómo te llamas?, ¿tu nombre?

—Ge..., Sackmann, Klaus.

—Bien, si no te importa, vamos a esperar un momento antes de seguir.

De nuevo Georg no entendió lo que le decían, aunque ante el silencio de Julián decidió seguirle la corriente. A los tres minutos, se presentó en el bar otro individuo, también de pequeña estatura, que se sentó en la misma mesa.

—Hola, Julián —saludó.

—Hola. ¿Todo en orden?

—Eso creo. No se ha visto movimiento desde que habéis entrado.

—Menos mal. Estaba acojonado.

El alemán les observaba, preguntando a ambos con la mirada.

—Y este, ¿es quien dice ser?

—No tengo ni idea. Para mí que es un chalado. Dice que es un espía de la Stasi.

—¿De la Stasi?

—Sí, la policía secreta de la Alemania comunista. Pero ni siquiera habla español. Insiste en que viene de parte de Antonio Santos, ya sabes, el de Toulouse, aunque no sé muy bien con qué intenciones.

—Pues en ese caso, mejor que nos libremos de él. ¿Estás seguro de que no nos entiende?

—Yo diría que no comprende nada. Esa cara de bobo que pone no se improvisa ni se consigue mantenerla como él la mantiene, a no ser que sea la suya propia.

—Pues venga, lo invitamos al café, lo mandamos a una pensión y aire, que ve d'Alguaire. ¿Te parece?

—Me parece.

Georg nunca supo quién era aquel segundo individuo del bar de la estación. De hecho, nunca más volvería a ver a

aquellos dos españoles que, tras convidarle a más café y a un bocadillo, lo condujeron hasta una pensión próxima a la enorme estatua de Colón, donde lo dejaron con ciento cincuenta pesetas en el bolsillo para que disfrutara de su estancia en España. La dueña del alojamiento lo inscribió en el registro con el nombre que figuraba en el pasaporte robado, sin preocuparse por más detalles de su cliente.

Al día siguiente, duchado y afeitado con una cuchilla que le prestó la misma patrona del lugar, abandonó el hospedaje y se encontró de nuevo solo, en un país completamente desconocido repleto de uniformes y sin nadie a quien acudir. Su aventura española no estaba resultando demasiado afortunada, aunque, con algo de imaginación, aún podía sacar algún provecho de su estancia en Barcelona.

Dedicó la mañana a pasear por el puerto. Pese a estar a las puertas del invierno, apenas hacía frío, y como además iba suficientemente abrigado, Georg no tuvo pereza en recorrer los distintos muelles en busca de algún barco cuyo itinerario pudiera interesarle. Preguntó incluso a varios viandantes por si podían ofrecerle más detalles al respecto, y uno de ellos, superadas las habituales confusiones idiomáticas iniciales, le mencionó un buque holandés que realizaba el trayecto Barcelona-Beirut-Río de Janeiro.

—El barco se llama Leiken, y lo encontrarás por allá —le dijo su informante señalando en una determinada dirección.

Brasil. El mayor exotismo que el alemán podía llegar a imaginar siempre lo había relacionado precisamente con dicho país. ¿Por qué no?, ¿quién se lo impedía? No debería resultarle demasiado complicado contratarse como peón o, empleando la necesaria dosis de ingenio, embarcar clandestinamente en aquel barco como polizón. Llegado a este punto en sus cavilaciones, una punzada de hambre le hizo recordar que, a pesar de todo, todavía era de carne y hueso, por lo que dejó para la tarde la búsqueda del barco.

Pronto encontró el lugar que necesitaba. En uno de los bares del puerto, de nombre «Emilio», descubrió una barra bien surtida de tapas, encurtidos y bocadillos, donde varios empleados portuarios consumían los platos del menú. Este se anunciaba escrito con tiza en una sucia pizarra situada a la entrada, ofreciendo entre cuatro primeros la posibilidad de comer paella. Georg, decidido a probar lo que consideraba el plato más emblemático de la gastronomía española, no lo dudó un instante.

A los cinco minutos, el amable propietario del lugar, que se desvivió por hacerle entender a su cliente las peculiaridades del menú, depositaba sobre la mesa un humeante plato donde se combinaban el dominante amarillo del arroz con el rojo del pimiento, el marronáceo de la carne y el rosado de alguna gamba semioculta. Georg comió con avidez tanto la paella como el guiso de ternera que le siguió. Acompañaba cada bocado con un largo trago de vino tinto que pronto comenzó a enturbiar su consciencia, de forma que llegado al

café, y sin más bebida sobre la mesa que un botellín inmaculado de agua, pidió un primer güisqui, al que seguirían cinco más. Fumando y bebiendo, el alemán se tornó locuaz y comenzó a charlar con los demás clientes, buscando alguno que con quien aligerar la tarde hasta la hora de encontrar el barco.

Uno de esos clientes, que parecía disponer también de tiempo libre, aceptó la invitación de Georg y se sentó a su mesa. El español conocía cuatro frases en italiano, un pequeño bagaje lingüístico que les permitió entablar una conversación más o menos coherente.

—lo mi chiamo Enrique, sono pittore.

—Pittore, ja, ja.

—¿Lei tedesco?

—Tedesco, ja, ja.

Aunque, en realidad, más que hablar, bebieron. Enrique, el pintor, convidó también a varias rondas, y aun tuvo que pagar parte de las consumiciones del alemán, a quien las ciento cincuenta pesetas que llevaba no bastaban para abonar el menú y los güisquis.

—Menuda cara tienes tú, turista —le increpó amigablemente Enrique, ya bastante achispado.

—Ja, ja —le respondió un Georg cada vez más sonriente. Su tono había pasado de una alegría inicial a resultar bastante monocorde y soporífero.

El alemán abandonó el bar Emilio cuando ya había anochecido. Caminando con cierta dificultad, encorvado como si llevara todo el peso del mundo a sus espaldas, se encontró con un ambiente portuario bastante siniestro y desconcertante. Salvo varios gatos buscando comida, no se veía a nadie por los muelles, y los barcos se ocultaban entre la niebla. Ni siquiera recordaba el nombre del buque que debía buscar. Sintió que estaba perdido.

Hasta que dio con una caseta de vigilancia, en cuyo interior se encontraba, cómodamente sentado y escuchando la radio, un agente de la Guardia Civil. En cuanto este vio al alemán, salió de su cubículo y se encaró con él.

—¿Dónde va usted?

Georg no supo en un principio qué decir. De repente, al toparse con el uniforme verde, todos sus temores retornaron a su cerebro.

—¿Cómo se llama?, ¿tiene documentación? —insistió el vigilante con la mano ya dispuesta sobre su cartuchera.

—Cerco una nave —acertó entonces a responder el alemán.

—¿Una nave?, ¿un barco? —el fuerte aliento a alcohol no hacía sino aumentar las sospechas del guardia civil.

—Barco, ja, barco, barco Nederland... Brasilien...

—¿Un barco brasileño?, ¿y cómo se llama?

—Ja, ja, Brasilien.

Ante la imposibilidad de aclararse, el agente empujó a Georg hasta un edificio de oficinas que se encontraba frente a la caseta. Allí, una joven empleada de una empresa de astilleros, que todavía se encontraba trabajando, les atendió amablemente.

—Señorita, aquí hay un turista que dice buscar un barco brasileño. A ver si es usted capaz de entenderle —le dijo el guardia civil.

—De acuerdo, veamos qué nos dice. ¿Habla usted inglés? —le preguntó al alemán.

—No, english, no, deutchland.

—Ya, alemán.

—Ja, alemán, tedesco. Ich freue mich für ein niederländischer boot reise nach Brasilien.

—¿Un barco holandés?, ¿el Leiken?

—Ja, Leiken, Brasilien —respondió Georg mostrando una evidente alegría en el semblante.

—Sí, entiendo, el que va a Brasil. Pues está en el muelle siete, a unos quinientos metros de aquí. Pier sieben, fünfhundert Meter von hier aus.

—Ja, ja, vielen dank, miss.

—Arreglado —le indicó la mujer al guardia civil.

—Es usted un ángel —alabó el agente—. No sabía que hablara tan bien el alemán.

—Aquí nos exigen de todo un poco.

Se despidieron entre sonrisas y parabienes. Una vez en la calle, el vigilante le dijo al alemán:

—Venga, ya puede irse. Y no beba más, que apesta usted como un cosaco.

Georg continuó caminando hacia la dirección indicada, aunque, por mucho que buscó, no supo encontrar el Leiken. De hecho, apenas pudo distinguir los nombres de los barcos amarrados. Su dilatada nariz no hacía más que apreciar todo tipo de olores: a tabaco, a colonia, a orina, a combustible..., pero nada que le recordara a un barco con destino a Brasil. Entonces, se sentó sobre unas cajas y, con los ojos cerrados, se fumó un cigarro para tranquilizarse. Fue como si hubiera

entrado en trance, aunque sin que sus pensamientos se despegaran de este mundo. Sin duda debió de quedarse traspuesto, porque al rato se encontró sin ninguna colilla entre las manos y con la clara consciencia de no haber apagado su cigarrillo. Se incorporó y volvió a desandar lo andado hasta llegar de nuevo a la caseta de vigilancia. La noche se le antojaba cada vez más disparatada, aunque lo peor aún estaba por llegar.

El agente de vigilancia ya no era el mismo que le había atendido dos horas antes, sino otro más bajo y menos corpulento, que en cuanto le vio acercarse salió de la garita empuñando una pistola.

—¡Párate ahí y no sigas! —le ordenó.

El alemán vio como todos sus temores se materializaban en aquella pieza de metal oscuro que apuntaba a su cabeza. Y en un arranque de inconsciente temeridad, se abalanzó sobre el guardia civil. El forcejeo apenas duró unos segundos, hasta que sonó un disparo y el agente cayó al suelo con el rostro cubierto de sangre.

Georg no quiso ver más. Corriendo como jamás había corrido, abandonó el puerto y no se detuvo hasta llegar a la avenida de Colón, donde la mayor iluminación de las calles le obligó a comportarse de una forma más discreta. Sin duda algo acababa de torcerse en su destino.

Capítulo 4

1

Miércoles, 8 de febrero de 2012

Los tres minutos que tardaron los agentes en subir a su apartamento, situado en el quinto piso, constituyeron para Adrián una verdadera agonía. Todo lo que había imaginado sobre la comodidad de una eventual estancia en la cárcel le resultó completamente absurdo. Bajo ningún concepto deseaba pasarse diez años en una celda, aunque fuera a costa de seguir soportando a sus alumnas poligoneras.

Llegaron por fin y, como siempre, eran dos, vestidos con el nuevo uniforme de la Benemérita que incluía gorra de campaña, camisa verde y negra y botas militares. Una pareja de jóvenes varones que se presentaron como el cabo Rodríguez y el número Carrasquer, portadores de una

citación por la que Adrián debía presentarse de inmediato en la comisaría de los mossos d'esquadra de Lleida al objeto de ser interrogado. Firmaba el documento nada más y nada menos que todo un juez de instrucción.

—¿Y no saben ustedes el motivo de tanta urgencia?

—Pues no —respondió el que llevaba el galón rojo de cabo—. Simplemente tenemos que acompañarlo lo antes posible.

—¿Y podré regresar esta misma tarde?

—Tampoco lo sabemos. Estas cosas llevan su tiempo.

¿A qué cosas se refería? El profesor no albergaba la menor duda de que en Lleida acabaría detenido a causa del cadáver de la granja. Por ello, su preocupación iba en aumento, ya que realmente no se sentía preparado para afrontar una temporada en el calabozo.

—Entonces, ¿tenemos que irnos ya?

—Ahora mismo.

—¿Puedo llevarme algo de ropa?

—Sí, desde luego.

—¿También a mi coneja?

—¿Su coneja?

—Merlina, mi mascota.

—No, no podemos llevar animales.

—En ese caso, tendría que avisar a mis padres para que la cuiden —dijo el profesor previendo que tardaría algún tiempo en regresar a su piso—. ¿Puedo telefonear?

—Por supuesto, pero no tarde.

Como medida de precaución, los dos agentes le acompañaron hasta donde Adrián tenía su teléfono fijo, que prefirió al móvil por disponer de tarifa plana.

—Mamá —dijo en cuanto le respondieron al otro lado del auricular—. Mira, resulta que tengo que ir a Lérida...

—...

—No, no me quedaré a cenar... Es que me han citado en la comisaría de los mossos d'esquadra...

—...

—No, no me han quitado el carné de conducir. La verdad es que no sé por qué me han citado. Cuando termine allí ya os avisaré. Pero, por si acaso, dile a papá que se prepare para venir a buscar a Merlina..., la coneja. Él ya sabe dónde está su jaula...

—...

—Que no, mamá, que no es por la velocidad... Bueno, me tengo que ir. En cuanto sepa algo, os aviso.

A continuación, Adrián preparó una pequeña bolsa de viaje con algo de ropa, dos libros y un neceser. Luego, se puso dócilmente en manos de los guardias.

—Cuando quieran.

Fue un viaje breve, de no más de cuarenta minutos, que realizaron en completo silencio en un todoterreno oficial. Al pasar junto al radar de Almacelles, el profesor observó disimuladamente a los agentes por si descubría en ellos algún gesto significativo. Sin embargo, su actitud no varió en nada. Quizá estuvieran disimulando. O realmente desconocían el motivo de la citación, y simplemente se limitaban a cumplir con una disposición judicial.

Llegaron a Lleida en torno a las cuatro y media. La comisaría se situaba en uno de los barrios periféricos de la ciudad, cerca de un restaurante que en el pasado Adrián solía frecuentar en compañía de un buen amigo suyo cuando viajaba a dicha ciudad. Los guardias civiles lo condujeron hasta su interior y lo dejaron en manos de otros dos policías autonómicos uniformados, que sin duda ya lo estaban esperando para llevarlo de inmediato, con la bolsa de la ropa incluida, junto a sus interrogadores.

No tardó el profesor en encontrarse sentado en un frío despacho donde dos subcomisarios vestidos de paisano, en cuyas credenciales aparecían los apellidos Camarasa y Bonet, comenzaron a hacerle una serie de preguntas que, si al principio se le antojaron bastante inocentes, a medida que fue trascurriendo el tiempo resultaban cada vez más comprometedoras.

—Nombre completo, por favor —arrancó el que se había presentado como Camarasa, con tono exigente.

—Pero, ¿no podrían decirme antes por qué me han traído hasta aquí?

—Mire, señor Moler, si responde a nuestras preguntas acabaremos enseguida. Pero si se dedica a contestar con otras preguntas, podemos estar aquí hasta mañana. Y todos queremos volver a casa cuanto antes, ¿no es así?

—Sí, señor —reconoció el profesor, sospechando que, para él, su próxima noche estaba más próxima a la comisaría que a su apartamento de Binéfar.

—Pues no perdamos más tiempo. Nombre completo, por favor.

—Adrián Moler Romasanta.

—Dirección.

—Avenida del Pilar, número doce, de Binéfar, provincia de Huesca, comunidad autónoma de Aragón y obispado de Barbastro-Monzón.

—Sin guasas, por favor. ¿Profesión?

—Profesor de Enseñanza Secundaria, modalidad de Geografía e Historia, en el instituto «Sierra de San Quílez». Siempre en Binéfar.

—¿Soltero, casado, viudo?

—Divorciado.

—¿Vive solo?

—Bueno..., solo, solo, no.

—Explíquese, ¿alguna pareja no formal?

—Vivo con mi coneja..., se llama Merlina.

—Insisto, menos guasas, por favor.

—No es guasa, señor. Mi coneja me hace mucha compañía, se lo aseguro. Si usted no es capaz de entenderlo, no es culpa mía.

—De acuerdo, de acuerdo..., vive con su coneja. ¿Algún otro animal?

—Ahora el que está de guasa es usted.

—No, simplemente quiero aclarar si ya hemos terminado con los animales.

—Sí, en mi vida solo me acompaña Merlina.

—Bien, ¿qué vehículo tiene usted?

Adrián, imaginando por dónde iban los tiros, intuyó que con aquella pregunta su interrogador pretendía entrar ya en el meollo del asunto.

—Un Renault Megane..., matrícula 4212 BHJ.

—Bien, bien, un Megane...

Aquí, Camarasa hizo una significativa pausa, como buscando inquietar todavía más al profesor. Una estrategia bastante simple pero efectiva, que se completaba lanzando diversas miradas cómplices a su compañero Bonet.

—Así que un Megane...

—Sí, un Megane, ¿es que es un delito tener un Megane?

—No se altere, por favor. ¿Y puede decirme si lo usó anteayer, más o menos entre las diez y las doce de la noche?

El interrogatorio había entrado ya en su fase más delicada. Adrián lanzó un profundo suspiro, mientras repasaba

mentalmente la explicación que había decidido dar sobre su relación con el incidente de la granja.

—Sí, lo empleé para ir a Lleida. Fui al cine, ¿sabe usted? Más o menos a esa hora estaría regresando a mi domicilio después de ver la película. No sé si usted sabrá que en Binéfar no tenemos ninguna sala, y a mí el cine me gusta mucho, por lo que suelo viajar a menudo hasta Lleida para ver los estrenos que me interesan. Suelo hacerlo entre semana, que resulta más barato.

—¿Y qué película vio usted?

—J. Edgard, la biografía de J. Edgar Hoover. La ponen en los cines JCA.

Aunque nada de lo que había dicho era cierto, el profesor buscó curarse en salud mencionando una película que ya había visto en italiano por haberla descargado ilegalmente antes de que se estrenara en España. Ventajas de la piratería informática, una actividad que él solía practicar con bastante frecuencia.

—Bien, ¿y no se detuvo en ningún momento, ni a la ida ni a la vuelta?

—Pues..., no, ¿por qué?

—Pues porque resulta que tenemos un verdadero problema. Su versión no concuerda con otras informaciones de que disponemos.

Adrián se encogió de hombros.

—Pues no sé qué decirle, ¿qué informaciones son esas?

—Las que le sitúan en la escena de un crimen acaecido en una granja próxima a Almacelles.

El profesor miró al agente con falso asombro. Sus exagerados aspavientos no hacían demasiado creíble su actuación.

—¿Un crimen? No, hombre, no, ¿qué dice usted?, un crimen... Imposible, se deben de haber equivocado ustedes de coche.

—Su Megane es azul, ¿no?

—Como muchos otros de esa marca.

—¿Me permite que le muestre unas imágenes?

—Sí, claro.

Camarasa manipuló el ordenador de su mesa y a continuación giró la pantalla hacia el profesor. Su sonrisa evidenciaba que estaba disfrutando con todo aquello.

Se trataba de imágenes procedentes de una cámara de vigilancia, en las que aparecía el Renault del profesor detenido sobre un suelo de tierra. En el ángulo inferior de la pantalla se indicaban el día y la hora en que habían sido captadas. Las 22:45 del seis de febrero de 2012. La noche del pasado lunes.

—Es su coche, ¿no? Al menos sí es su matrícula —preguntó el subcomisario.

—Pues..., sí, eso parece. Pero bien podría tratarse de una matrícula falsa.

—Espere, espere un momento. Siga mirando.

Menos de un minuto después, la misma pantalla mostraba al profesor entrando en el vehículo. Una cámara, una simple cámara de vigilancia lo había descubierto todo. Y Adrián ni siquiera se había percatado de su presencia. «¿A quién demonios se le ocurre vigilar de tal forma una granja de animales?», pensó este, cada vez más atribulado.

—¿También a usted lo han falsificado? —inquirió el investigador en tono jocoso.

—No sé qué decirle, ¿está usted seguro de que ese soy yo?

—Su coche, su rostro... Claro que es usted.

—Pues si usted lo dice...

—Mire, señor Moler. Más o menos a la hora en que usted estaba en esa granja, su dueño, el señor Fermín Miralles, era asesinado de un golpe en el cráneo, utilizando probablemente un tubo de metal que fue hallado a lado del cadáver. Bueno, en realidad aún no hemos recibido el informe de la autopsia, aunque todos los indicios apuntan en esa dirección. En fin, creo que está usted en un buen aprieto, y si quiere declarar algo, ahora es el momento.

—Pero, ¿me van a detener?

—Sí, desde luego, el juez instructor ya está al corriente. A partir de este momento, disponemos de setenta y dos horas para mantenerlo detenido antes de ponerlo a su disposición. Vamos a tener mucho tiempo para charlar, señor Moler, ya que en su caso concurren motivos racionales de un delito de homicidio.

—¿Y de mi abogado?, ¿qué hay de mi abogado?

—Lo tendrá, no se preocupe. Puede usted llamar a uno, o bien le buscaremos nosotros uno de oficio. Ya sabe que tiene derecho a no declarar y todas esas cosas que se dicen en las películas, aunque, para mayor comodidad, le voy a mostrar un papel donde aparecen recogidos esos mismos derechos. Usted lo lee, lo firma, y santas pascuas. Y luego, si quiere, podemos seguir hablando, o bien lo metemos directamente en un calabozo hasta que llegue un abogado.

Dicho esto, el subcomisario le entregó un folio con el membrete de la policía autonómica que incluía el artículo 520, punto dos, de la ley de Enjuiciamiento Criminal. Adrián lo leyó punto por punto, firmó su conformidad con la información recibida y devolvió el documento.

—Bien, ¿y ahora, quiere hacer alguna declaración?

—No, antes me gustaría hablar con un abogado.

—¿Quiere llamar a uno en particular?

—No, no dispongo de dinero. Soy profesor de secundaria, me han recortado el suelo en dos ocasiones en el último año y estoy sin blanca. Algo que, como funcionarios que son, imagino que también les habrá sucedido a ustedes...

—Sí, le entiendo perfectamente, pero no estamos aquí para tratar de eso... En fin, si así lo prefiere, llamaremos al juzgado para buscarle al del turno de oficio. Y ahora, si no le importa, tendrá que acompañar a unos agentes para que le tomen las huellas, le fotografíen, le hagan un pequeño reconocimiento médico y le recojan sus pertenencias.

—¿Podría avisar antes a mis padres?

—Claro. ¿Tiene aquí su móvil?

—Sí.

—Pues adelante.

—¿Hasta en eso llegan los recortes?, ¿ni siquiera permiten telefonar a los detenidos con cargo a la administración?

—Proceda, por favor. No perdamos más tiempo en discusiones inútiles.

El profesor llamó al teléfono de sus progenitores. Su madre, con voz sobresaltada, le espetó nada más saber que era su hijo:

—¿Qué ha pasado?, ¿te han quitado el carné?

—No, mamá, solo me han detenido. Pero todo es una confusión, no te preocupes. ¿Ha ido papá a por Merlina?

—Sí, pero, ¿por qué te han detenido?

—Porque grabaron mi coche en una granja donde dicen que murió una persona. Está claro que se han equivocado..., ahora no puedo decirte más...

—Ay, Dios mío, vaya gentuza. ¿Y dónde estás ahora?

—En la comisaría de los mossos, aquí, en la calle...

—Sant Hilari, detrás del paseo de Ronda —le indicó Camarasa.

—Sant Hilari, detrás del paseo de Ronda —repitió Adrián al auricular.

—¿Y vas a pasar ahí la noche?

—Sí, pero no te preocupes, mañana me sacan.

—Cuando venga tu padre iremos a verte.

—No es necesario, de verdad, mañana os llamaré. Además, no creo que os dejen verme, esto no es un hospital —el subcomisario Camarasa confirmó con un gesto la suposición del profesor—. Mira, mamá, me dicen que de momento no se permiten las visitas. Y ahora tengo que colgar. Cuidad de la coneja.

El profesor apagó su móvil. Luego, le dijo al sub-inspector:

—También debería telefonear al jefe de estudios de mi instituto para advertirle de que faltaré mañana.

—Adelante, adelante, pero que sea la última llamada.

A Mariano, el jefe de estudios del centro donde enseñaba el profesor, simplemente le dio a entender que se encontraba indispuesto, y que probablemente no podría acudir a su puesto de trabajo en un par de días.

—Sí, te llevaré el justificante médico, no te preocupes.

—...

—Fiebre, de momento solo tengo fiebre, pero dile a Marina que no se desanime. Puede que la cosa sea bastante más grave y a lo mejor acaba perdiéndome de vista para siempre.

Una vez concluidas las llamadas, los subinspectores avisaron a dos agentes uniformados para que se llevaran al profesor. Tal y como le habían informado, le tomaron fotos y huellas dactilares, le hicieron entregar sus pertenencias y, por fin, un médico aburrido de su trabajo le realizó una breve inspección ocular.

—¿Le importaría firmar este documento? —le pidió a continuación—. Se trata de un simple trámite en el que usted confirma que no ha sufrido malos tratos y que se encuentra bien de salud.

—Bueno, eso tendría que decirlo usted.

—Yo lo veo bastante bien.

—En ese caso, tendré que firmar, ¿no?

A continuación lo condujeron a un calabozo bastante aséptico que disponía de lavabo y retrete. Durante ese tiempo, Adrián coincidió con varios detenidos, en su mayoría extranjeros, que iban a ser puestos en libertad en cuanto se cumplieran tales formalidades. De hecho, el único que acabó encerrado fue él, circunstancia que en cierto modo le hizo

sentirse un privilegiado. «Aquí solo enchironan a los españoles no catalanes», supuso.

En cuanto se encontró solo, con su ropa y sus libros, sintió hambre. Como persona habituada a las rutinas, en aquellos momentos le hubiese gustado ver alguna película de intriga en compañía de su coneja y cenarse un bocadillo, tal y como solía hacer cada noche, pero tendría que conformarse con leer la novela que tenía entre manos, un relato de suspense escrito por un autor islandés, cuya acción transcurría en ese mismo país. Un país donde, curiosamente, la delincuencia no se prodigaba apenas a causa de su escasa población y su elevado nivel de vida.

En los dos últimos días había imaginado tantas veces aquel momento, que ni siquiera sintió la necesidad de reflexionar sobre el particular. Una vez descubierta su presencia en la granja, tenía bien claro que su actitud ya no debía ser la de continuar negando su implicación en el asunto, sino simplemente la de contar la verdad. Sí, había estado en la granja. Incluso reconocería haber descubierto el cadáver. Pero no, no había matado al señor Miralles. Su presencia en el lugar se debía únicamente a un irracional deseo de venganza contra el Estado —central, autonómico o el que fuera—, manifestado en la destrucción de una de sus propiedades, en este caso un radar de carretera. ¿Que por qué no había avisado de la presencia de un cuerpo humano en la granja? Sencillamente, porque en aquel momento le entró el pánico. En cuanto a declarar que se había llevado

consigo los documentos del difunto, en su momento decidiría qué actitud adoptar.

Leyó un par de páginas y, curiosamente, comenzó a sentir sueño. El haber pasado las dos últimas noches sin apenas dormir le estaba pasando factura, y ahora, liberado por fin de la tensión y del miedo a ser descubierto, Adrián se mostraba bien dispuesto a pagar su precio con una buena cabezadita antes de la cena.

2

Madrid, agosto-septiembre de 1963

Al encenderse las luces de la sala de proyección, don Dámaso se levantó automáticamente de su butaca dispuesto a cumplimentar el informe. Por mucha coproducción festivalera que la película de Berlanga pretendiera ser, iba a hacer todo lo posible por evitar su estreno en España informando al ministerio sobre lo que, según él, era en realidad. Es decir, un engendro antiespañol y anticristiano, fruto de una mente pervertida por las añagazas del demonio.

Jesús, en cambio, seguía conmocionado por lo que acababa de ver. De nuevo el rostro de Benito, ahora más

envejecido, como si en realidad no hubiera fallecido trece años atrás.

—¿Vienes, o vas a seguir ahí sentado? Tengo que redactar el oficio cuanto antes. Porque supongo que estarás de acuerdo en que este bodrio no puede pasar la censura eclesiástica.

—Aceptaré lo que usted escriba. Si no le importa, preferiría retirarme un rato a mi despacho antes de comer. Me siento algo mareado.

—Lo entiendo perfectamente. Aunque yo ya he visto de todo en esta vida, la película también me ha dejado bastante mal sabor de boca. De acuerdo, nos veremos después en el comedor.

En cuanto se separaron, Jesús se encerró en su cubículo. Necesitaba dar con el actor que desempeñaba el papel de reo en la película, aunque para ello tuviera que viajar a Palma de Mallorca. Porque, para una actuación tan breve, que ni siquiera incluía texto alguno, los encargados del asunto sin duda habrían echado mano de algún extra local.

Lo primero que hizo fue buscar en el listín telefónico de Madrid el número de la productora Naga Films, financiadora, junto con la italiana Zebra Film, de la película que acababan de ver. No tuvo ninguna dificultad en encontrarlo, y una vez en su mano, sin más demora, llamó.

—Perdone las molestias —se disculpó con la mujer que le atendió al otro lado del auricular—, mi nombre es Jesús Santamaría y soy un sacerdote destinado en el obispado a las tareas de censura...

—Comprendo —le interrumpió la mujer—, pero para esos temas debería hablar con el señor Belmar, el productor, y en estos momentos no está.

—No, no, déjeme explicarle. Se trata de un asunto personal, referente a uno de sus actores de la película *El verdugo*. La acabo de ver, y me ha parecido reconocer a un amigo mío al que hacía mucho tiempo que no veía. ¿Tienen ustedes la lista de sus nombres?

—Bueno, sí, pero, por teléfono..., no sé.

—No se preocupe, puedo venir personalmente. He visto su dirección en el listín.

—En ese caso...

—¿Puede ser esta tarde?

—Sí, claro...

—¿Por quién pregunto?

—Por Susana, soy yo. Le tendré preparada la lista.

—En realidad me interesa el nombre de un extra. El que hace de reo al final de la escena de la ejecución... Quizá se trate de algún mallorquín... Como esa parte de la película se filmó en Mallorca...

—Bueno, en realidad yo no la he visto todavía. Pero tenga en cuenta una cosa; los interiores se rodaron aquí mismo, en Madrid, y me imagino que esa escena de la cárcel también. Fue en los estudios Cea de la Ciudad Lineal.

—Vaya, eso significa que el actor debe de ser de por aquí...

—Supongo... Aunque, si realmente es su amigo, usted ya sabrá de dónde es.

—En realidad, no estoy seguro. Entonces, si le parece bien, esta tarde a las cuatro me tiene usted ahí.

Jesús y don Dámaso comieron en compañía del resto del personal eclesiástico del obispado. Mientras se alimentaban, los dos sacerdotes intercambiaron algunas impresiones sobre la película que habían visto por la mañana. El informe de censura, muy negativo, había sido redactado y enviado ya al ministerio, aunque don Dámaso seguía dándole vueltas al tema, recordando las escenas más irreverentes. Jesús no parecía muy interesado en la cuestión, y se limitaba a asentir o negar en función de lo que el otro decía. Los demás comensales, en cambio, mostraban una mayor atención y coreaban a su compañero censor cuando este, entre bocado

y bocado, abominaba de las nuevas costumbres que estaban hundiendo a España en la miseria moral.

—Y todo eso se recoge en la película... Os lo digo yo. Salen las turistas ligeritas de ropa pervirtiendo a los honrados españoles. ¿Verdad, Jesús?

—Sí, don Dámaso.

—Y luego, claro..., el protagonista se enciende y no hace más que achuchar a su mujer en las cuevas de Mallorca, en medio del gentío. Pero esa película no se estrena, os lo digo yo... Vamos, como me llamo Dámaso. ¿Verdad que no, Jesús?

—No, no, claro.

—¡Pues claro que no! Hasta ahí podríamos llegar.

Al hablar con tanto entusiasmo, el censor ejecutaba todo tipo de aspavientos que le hacían crujir las espaldas.

Por la tarde, sin decir nada a nadie y de forma disimulada, aprovechando que casi todo el personal dormía la consabida siesta estival, Jesús abandonó el obispado, paró un taxi y se dirigió a las oficinas de la productora Naga Films. Susana, la secretaria que le había atendido por la mañana —una chica muy mona teñida de rubio que perfectamente podría haber desempeñado un papel de turista alemana en *El verdugo*—, le estaba esperando con la lista de actores.

—Ha sido usted muy amable —agradeció el sacerdote—, pero aquí no veo el nombre del extra.

—Eso mismo he constatado yo, pero ya me he informado. El tema de los extras lo llevó el señor Escobar, ayudante de producción. Esta mañana ha estado por aquí y me ha dicho que el señor por quien usted pregunta, el que hace de reo, es un catalán que al parecer estaba de paso por Madrid. Es un conocido suyo, y cuando vieron que daba bien el perfil, el señor Berlanga..., ya sabe, el director de la película, le dio el papel.

—¿Un conocido del señor Escobar, dice usted?

—Sí, don Francisco Escobar. Trabaja aquí, en la productora, pero esta tarde no está.

—¿Y mañana por la mañana, estará?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, díglele que telefonearé a eso de las once, si es usted tan amable. Ya sé que le parecerá todo muy extraño, pero, como le he dicho esta mañana, ese personaje me ha recordado mucho a un conocido mío, y me gustaría saber si es él. O quizá algún pariente...

—¿Y ese conocido suyo es catalán?

—No, aragonés.

—En ese caso, probablemente no se trate de la misma persona.

—Claro, seguramente, aunque me gustaría asegurarme.

—Pues entonces, ya le digo, hable con el señor Escobar. Yo ya le pondré sobre aviso de su llamada.

Durante la noche, en soledad, Jesús recuperó una de sus obsesiones más pertinaces, la que le empujaba a creer que más pronto que tarde acabaría por volverse completamente loco. El hecho de ver a Benito en sueños, en la calle y ahora en una película podía enmarcarse dentro de una lógica más o menos razonable, que la siquiatría sin duda sabría explicar como fruto de un profundo trauma nacido tras los sucesos de Melilla. Pero de ahí a pretender encontrarse con el difunto tras confundirlo con un extra de cine, mediaba un abismo. El mismo abismo que separaba la locura de la cordura. ¿Por qué tenía que hablar con ese señor Escobar, sabiendo perfectamente que Benito no podía ser aquel desdichado personaje destinado a ser ejecutado mediante garrote vil? Sin embargo, de lo que también estaba seguro Jesús es de que, a la mañana siguiente, se pondría en contacto con él. Y así hasta que acabaran encerrándolo en un manicomio, o Dios se dignara a perdonarlo por su falta de coraje.

El nuevo día se presentó tranquilo, con don Dámaso moviéndose de un lado a otro, aunque sin molestar a Jesús

con nuevas visiones cinematográficas. Circunstancia que permitió a este telefonar a Naga Films más o menos a la hora convenida. La misma Susana de siempre le atendió, pasándole de inmediato con Francisco Escobar, el ayudante de producción que había dado el papel de reo a su amigo catalán.

—Buenos días, soy Escobar, usted dirá —saludó el nuevo interlocutor.

—Buenos días. Como ya le habrá informado la señorita Susana, mi nombre es Jesús Santamaría, soy sacerdote, destinado en el obispado. Ayer vi su película *El verdugo* y creí reconocer a un buen amigo mío al que hace mucho tiempo que no veo...

—El reo.

—Sí, el reo.

—¿Y su amigo, se llama?

—Benito, Benito Franco.

—Pues no es la misma persona, lo siento. Además, tengo entendido que ese tal Benito es aragonés. Y quien hace el papel de reo es catalán.

—Ya, entiendo. De todas formas, ¿no podría hablar personalmente con él? Por si es pariente de mi amigo Benito, entiéndame...

—Eso va a ser difícil, porque ya no se encuentra en Madrid. Volvió a Barcelona, y no me dejó ni su teléfono ni su dirección. Cuando viene a la capital, es él quien me llama.

—¿Y tampoco conoce la dirección de su trabajo?

—No tiene empleo fijo. Se mueve mucho de aquí para allá.

—Lástima, me gustaría haber hablado un momento con él.

—Lo siento mucho, padre.

—Adiós, y gracias por todo.

—Adiós.

El sacerdote colgó el auricular, y fue tal la sonoridad del gesto que hasta las paredes parecieron vibrar. Se sentía decepcionado, como si en aquel instante hubiera perdido el rumbo de su vida. ¿Por qué no era capaz de olvidarse definitivamente de los muertos para cumplir con la tarea que Dios le había encomendado en este mundo, el mundo de los vivos?, ¿de qué servían tantas oraciones, cuando aquella insana locura iniciada trece años atrás parecía no tener fin? Se sentó en la silla de su despacho, cubrió su rostro con las manos y comenzó a gemir. Aquella maldita soledad, tan

propia del sacerdocio, le estaba resultando cada vez más insoportable.

En cuanto hubo colgado, Francisco Escobar sonrió a Susana.

—Qué pesado, el curita ese, ¿no te parece, guapa?

—Un poco pelma sí me lo pareció, sí.

—Bueno, te dejo. Me voy a mi garito, que aún me queda mucho por hacer. Si no te importa, avisa a los del bar para que nos traigan unos cafés y unos bollos.

—Ahora mismo, jefe.

Lo que él llamaba «su garito» era un pequeño despacho lleno de carpetas, estanterías y bobinas de cine apiladas en los rincones, rodeando una mesa en uno de cuyos costados sobresalía un teléfono negro. En cuanto se encerró allí, Escobar levantó el auricular y marcó un número.

—...

—Tenemos que vernos. Parece que tienes un admirador que anda buscándote.

—...

—No, no, un cura. Te vio haciendo de condenado en *El verdugo* y dice que eres igualito a un amigo suyo. Pero yo no

me lo trago. Aunque le he convencido de que no podías ser tú, ha insistido en verte.

—...

—De acuerdo, esta tarde te voy a ver y hablamos. Pero yo de ti iría haciendo las maletas. Te conviene una temporada de descanso.

Los comunistas y sus simpatizantes no lo tenían nada fácil en la España del momento. Corrían tiempos de persecución y terror, y había que andar con sumo cuidado. En la mente de todos aún estaba la sonada condena a muerte de Julián Grimau, fusilado en abril de aquel mismo año. De ahí la preocupación de Escobar por su amigo catalán, miembro del Partido Comunista de España desplazado a Madrid para realizar labores clandestinas de coordinación sindical.

Tal y como habían previsto, se vieron por la tarde en un piso del barrio de Malasaña utilizado por activistas comunistas, y donde el catalán llevaba residiendo desde hacía varios meses. Escobar había conseguido introducirlo en el mundillo cinematográfico, muy permeable a las ideas izquierdistas, a fin de proporcionarle una cobertura legal a su presencia en la capital española. De ahí su participación como extra en *El verdugo*, una labor que realizó con gran entusiasmo pese a que su papel apenas representaba quince segundos en escena sin decir ni una palabra. El alegato

contra la pena de muerte que representaba la película lo merecía.

El catalán era un tipo menudo, como casi todos en la España de aquel tiempo. Había vivido los últimos coletazos de la guerra civil participando en la campaña de Cataluña, inmediatamente posterior a la batalla del Ebro. Afiliado al Partido Comunista de España, se exilió en Francia, y tras la derrota nazi pudo regresar a Barcelona con papeles falsos que le hacían pasar por un antiguo soldado republicano sin filiación política alguna. Fue así como pudo regularizar su situación sin que la policía apenas lo molestara. Ejerció varios oficios, aunque su tarea era sobre todo la de servir de enlace entre los comunistas de Madrid y los de Barcelona. Fruto de estos viajes nació la amistad con Francisco Escobar, un filoizquierdista empleado en la productora Naga Films que le fue proporcionando algún que otro trabajo en el mundo del cine.

—Ese cura me escama —le dijo Francisco a su amigo en cuanto se hubieron sentado frente a dos carajillos bien cargados—. Un censor que afirma haberte reconocido, y que esta mañana estaba emperrado en hablar personalmente contigo. ¿Acaso conoces tú a algún cura?

—No conozco ni al que me bautizó. Creo que se lo cargaron en la guerra. ¿Y cómo dices que es?

—Más joven que tú, con acento maño muy marcado.

—Imposible. Ya te digo que no conozco a ningún cura, y menos aragonés.

—Me ha parecido todo muy raro. Yo de ti, me largaría esta noche, no vaya a ir con el cuento a la policía.

—Quizá tengas razón. Las cosas se están poniendo muy feas aquí en Madrid. ¿Me harías el favor de informar a los compañeros de mi marcha?

—Por supuesto, no te preocupes.

Esa misma noche, el catalán tomó el expreso de Barcelona. Apenas llevaba más equipaje que una pequeña maleta llena de ropa, y aunque no llegó a tiempo de comprar un billete con reserva, no le resultó difícil encontrar un asiento libre.

Una vez se hubo acomodado, encendió un cigarrillo. Aquellos viajes siempre le provocaban cierto nerviosismo, sobre todo cuando la policía pasaba por los vagones comprobando la documentación. Sin embargo, en esta ocasión no hubo controles, de forma que a la altura de Guadalajara se sintió ya bastante más relajado. La intrascendente charla que acabó invadiendo el compartimiento también ayudó a aliviar sus inquietudes, y cuando todos sus compañeros de viaje decidieron adoptar la mejor postura para dormir, él hizo lo propio procurando acomodar su cuerpo al asiento que ocupaba. En cuanto hubo

encontrado la posición adecuada, el sueño comenzó a invadirle.

3

Cataluña, diciembre de 1972

Las luces de la gasolinera sirvieron a Georg para orientarse en el marasmo de calles que configuraban el Ensanche barcelonés. Nunca supo cuánto tiempo había pasado corriendo desde su violento encuentro con el guardia civil del puerto, pero al llegar a la gasolinera se sentía completamente agotado. Su respiración era tan intensa que le obligaba a inclinar su torso hacia el suelo, lanzando espesas vaharadas de aliento rápidamente confundidas con la niebla. Fue una carrera intermitente, suspendida cada vez que el alemán se cruzaba con algún vehículo sospechoso o con algún viandante cuyo aspecto le recordara a un policía.

Aunque de forma completamente involuntaria, acababa de herir —o quizá matar— a un guardia civil, lo que le hacía sentirse como aturdido, sin saber muy bien qué hacer. Todo lo que había oído sobre la España franquista golpeaba ahora su cerebro hasta convencerle de que, si era capturado, sufriría las peores torturas jamás imaginadas. O al menos un

trato bastante peor que el recibido en las prisiones de la RDA.

Para evitarlo, tenía que salir cuanto antes del país, aunque, en aquellas circunstancias, sin duda le iba a resultar imposible hacerlo en barco o en avión. Por tanto, debería hacerlo en coche. Pero, ¿dónde encontrar uno?

Por fortuna, no tardaría en conocer la respuesta. A los cinco minutos de su llegada, apareció por la gasolinera un coche con matrícula francesa, por cuya ventanilla asomó un joven de largos cabellos que, con un español bastante deficiente, pidió al empleado del lugar que le llenara el depósito. Georg se aproximó al coche, un Peugeot, y se quedó observándolo detenidamente.

—¿Me puedes llevar? —le preguntó en alemán al conductor en cuanto el encargado de la gasolinera hubo cobrado el servicio.

El joven de los cabellos largos le respondió en francés algo ininteligible para Georg. Sin embargo, desde el interior del Peugeot se escuchó una voz que, también en alemán, comentó:

—Vaya, un compatriota.

Georg, asomándose por la ventanilla, descubrió a otro joven que le sonreía.

—¿Eres alemán? —le preguntó este.

—Sí.

—¿Vas a algún sitio?

—¿Podéis acercarme hasta algún pueblo? No tengo dinero, y me interesa salir de Barcelona.

—Sube, colega. Te llevaremos a la playa.

Georg aceptó encantado la invitación. Cuanto más lejos se encontrara de la capital catalana, más difícil le resultaría a la policía española dar con él. Y si, además, podía mezclarse entre gente a la que le unía un mismo idioma, más sencillo sería pasar desapercibido.

Los dos jóvenes se mostraron muy animados. Incluso parecían alegrarse de haber recogido a un compañero de viaje. El francés, de nombre François, tenía un tic en el ángulo izquierdo del labio que, al principio, Georg tomó por una sonrisa permanente. El alemán, sin embargo, era risueño por naturaleza. Se presentó como Hans, y de inmediato se convirtió en el portavoz del trío.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a Georg.

—Según mi pasaporte, Klaus.

—¿Es que no es ese tu verdadero nombre?

—Sí, claro.

Hans no quedó muy convencido con la respuesta. Sin embargo, como el asunto tampoco le preocupaba demasiado, no quiso insistir más.

—Pues nos quedamos con Klaus. Y ahora, cuéntanos de dónde has salido.

—Me he tomado un año de descanso y estoy haciendo un viaje por Europa —mintió Georg—. Voy sin rumbo fijo, tampoco tengo dinero y me da igual donde me llevéis. Cualquier lugar me sirve.

El Peugeot dejó atrás Barcelona enfilando la carretera de la costa en dirección sur. Circularon durante más de una hora, escuchando música a todo volumen y bebiendo cerveza enlatada hasta que decidieron detenerse a descansar junto a la playa de Altafulla. En ese momento, François preparó unos cigarrillos de marihuana, que todos fumaron con deleite antes de dormirse. Georg temía que en cualquier momento apareciera la guardia civil y los detuvieran, aunque nada de eso sucedió. Solo las olas, convirtiéndose suavemente en espuma y emitiendo su último gemido antes de morir en la arena.

Ninguno de los tres despertó hasta que no hubo amanecido. El interior del coche olía a una mezcla de alcohol,

marihuana, sudor y ventosidades, y todos coincidieron en que debían encontrar algún lugar donde lavarse.

—En la playa no. El agua debe de estar fría de cojones —acertó a decir François.

—Yo sé dónde podemos ir. Conozco un chalé en un pueblo cercano, más allá de Tarragona, propiedad de un alemán.

—¿Y tú crees que nos dejará ducharnos? —inquirió François, mostrando unos labios temblorosos al hablar.

—¿Y quién dice que haya nadie en la casa? Los dueños están en Alemania y solo vienen en verano. Podemos entrar y quedarnos unos cuantos días a vivir allí. Dormimos hasta hartarnos, nos lavamos bien y luego seguimos hasta Valencia.

—Por mí, perfecto —aceptó Georg, a quien le interesaba pasar oculto al menos durante una semana.

—Y por mí también —concluyó François.

El pueblo en cuestión no era otro que Cambrils, próximo a Tarragona y repleto de hoteles y urbanizaciones turísticas que en invierno solían estar prácticamente vacías de personal. El chalé mencionado por Hans se encontraba en la urbanización Mediterránea, y no resultó difícil encontrarlo gracias a que el alemán conocía su ubicación. En aquellas horas de la mañana, nadie circulaba por las calles de lo que

parecía ser una ciudad fantasma, de forma que los tres viajeros pudieron saltar la verja sin testigos y se colaron en la vivienda forzando una ventana lateral destinada a la ventilación. Por fin iban a disponer de una cama y de un techo donde cobijarse sin problemas y de forma totalmente gratuita.

Registrando todos los muebles del lugar, pronto descubrieron una serie de documentos donde aparecía el nombre de su dueño, un tal Theodor van Ghemen. También dieron con el contador de la luz y la llave que controlaba el paso del agua corriente, lo que les permitió contar con todas las comodidades propias de un hogar moderno. Se ducharon, bebieron los licores que escondía el mueble-bar y, una vez anochecido, decidieron salir a comprar comida. Solo Georg declinó la invitación argumentando que se encontraba demasiado cansado y bebido para dar un paso.

—Además, a estas horas no creo que encontréis nada abierto —concluyó.

Tras caminar casi una hora por la población, Hans y François solo pudieron comprar dos paquetes de pan de molde y algún embutido en una pequeña tienda cuyo dueño, casualmente, estaba descargando género de una furgoneta. No sería hasta la mañana siguiente cuando los viajeros descubrieron un supermercado, donde se abastecieron de todo tipo de alimentos.

Así transcurrieron cuatro días sin que nadie molestara a los intrusos. En ese tiempo, Georg se negó siempre a salir por la localidad, alimentando con su actitud las sospechas iniciales de sus nuevos compañeros de viaje. El lunes 18 de diciembre, mientras comían judías enlatadas, Hans abordó directamente la cuestión.

—Vamos a ver, Klaus, ¿a qué viene tanto secretito? ¿Acaso has matado a alguien?

El aludido, que había bebido varios vasos de ginebra antes de comer y se encontraba bastante achispado, puso cara de bobalicón y respondió:

—¿Matar yo a nadie? No, no... De todas formas, si lo hubiera hecho, ¿qué? Vosotros también habéis entrado ilegalmente en este chalé y yo no digo nada.

Hans y François se miraron con ojos que revelaban cierta preocupación.

—¿Qué pretendes insinuar? —insistió Hans.

—Nada, no insinúo nada. Si he matado a alguien, eso es cosa mía.

—Ya, pero si nos cogen, lo pagamos todos. En España no se andan con hostias. Una cosa es entrar en la casa de otro y otra bien distinta cargarse a alguien.

—Dejadme comer en paz. No tengo ganas de hablar sobre el tema.

El resto de la comida transcurrió en silencio. Georg bebió dos vasos más de ginebra y luego se retiró a dormir la borrachera.

—Este tío no es trigo limpio, ya te lo decía yo —se quejó François una vez que quedó a solas con Hans—. Tendríamos que largarnos y dejarlo aquí. Sea lo que sea lo que haya hecho, si nos pillan seguro que nos mete en un lío.

—Puede que tengas razón. Que se joda Klaus.

Sin hacer apenas ruido, metieron su ropa y demás pertenencias en las mochilas que llevaban consigo y abandonaron rápidamente el lugar.

Así fue como Georg volvió a quedarse solo con sus miedos. Al descubrir la huida de sus compañeros de viaje, dedicó unos segundos a maldecirlos, para luego lanzarse a buscar por toda la casa cualquier cosa que pudiera serle de utilidad. Al final, lo único que encontró fueron dos cajas de cartuchos y una escopeta de caza de dos cañones, que recortó para poder ocultarla mejor bajo el abrigo de ante que venía utilizando desde su salida de Alemania.

Aunque no podía pensar con claridad a causa del alcohol, el principal temor que le invadió fue el de que los dos jóvenes que le habían acompañado hasta allí le denunciaran

anónimamente a la policía avisando por teléfono. Por esta razón, decidió abandonar el chalé de madrugada en dirección al sur. Caminaría hasta encontrar una gasolinera, y una vez allí volvería a emplear la misma estrategia que en Barcelona.

Fueron más de tres horas de caminata por caminos y carreteras que bordeaban la costa, hasta dar con una localidad llamada Hospitalet del Infante. Un nombre que a Georg le resultó bastante sonoro y a la vez extraño. Sin duda allí encontraría alguna gasolinera.

Pasó dos horas descansando en un lugar discreto junto a la playa, hasta que le entró hambre. Abordó entonces a una pareja de mediana edad que pasaba junto a su lado y les pidió algo de dinero. Tuvo que conformarse con veinte pesetas y dos cigarrillos que los dos viandantes, algo atemorizados por el aspecto del alemán, le entregaron tras susurrarle varias frases ininteligibles. Eran las 3:25 de la tarde.

Al menos tenía para un café con leche, así que caminó unos doscientos metros hasta alcanzar la entrada de un campin cuyo nombre, Cala de Oca, aparecía escrito en un viejo rótulo bastante descuidado. Desde allí, Georg distinguió un bar que parecía abierto, junto a cuya puerta descansaba, sentada en una silla plegable, una mujer de aspecto juvenil. El alemán, indeciso, se quedó contemplándola unos instantes.

Se trataba de una chica rubia vestida con unos pantalones vaqueros muy ajustados y un jersey de cuello alto que también se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Una imagen que le resultó extremadamente estimulante, después de tanto tiempo sin mantener contacto alguno con mujeres.

Sorteando varios excrementos de perro bastante recientes, avanzó hacia ella. Eran las 3:34 de la tarde, una tarde soleada de invierno, en la que los rayos de sol aún conservaban su capacidad de acariciar.

—Buenas tardes —saludó empleando sus escasos conocimientos de español.

La mujer se incorporó, y Georg pudo apreciarla mejor. No era guapa, aunque poseía el atractivo de la juventud.

—Buenas tardes.

Su acento, de erres muy pronunciadas, tampoco denotaba un origen español.

—¿Alemana? —preguntó el recién llegado en su idioma materno.

—Holandesa.

—¿Podría tomar un café?

La joven, observando el aspecto desaliñado del alemán, dudó.

—Bueno..., sí —accedió al final. Las similitudes idiomáticas sirvieron para quebrar los temores iniciales.

Entraron en el bar, que se encontraba vacío y bastante descuidado. Numerosas colillas festoneaban el suelo, y una capa de suciedad sirvió de alfombra bajo los pies del nuevo cliente. Cuatro mesas metálicas se encontraban amontonadas en un rincón, por lo que Georg, sin otro lugar donde sentarse, acabó acodado en la barra. La mujer, a su vez, se puso a manipular la cafetera con movimientos diestros y rápidos.

—¿Vienes de lejos? —preguntó esta. Pese a estar de espaldas al alemán, se sabía observada por él.

—De Polonia. He trabajado en un circo por media Europa.

La máquina lanzó un silbido y comenzó a soltar el café sobre la taza. La holandesa se giró de forma inesperada, descubriendo a Georg mientras intentaba disimuladamente ocultar la escopeta. Aunque no llegó a ver el arma, sí comprendió que aquel individuo no era de fiar.

—Y ahora, ¿hacia dónde vas? —continuó la mujer procurando mantener viva la conversación.

—A Valencia. Conozco a gente allí.

En ese momento, fuera del bar se escuchó el sonido de una motocicleta aparcando. La holandesa sintió cómo en su nuca se le erizaban los cabellos. Georg, inquieto, dirigió su mirada hacia la puerta, y en ese momento, un rayo de sol se deslizó por el cristal azulado y lo cegó.

Cuando pudo abrir los ojos, se encontró con un uniforme verde ante él. Un guardia civil acababa de entrar en el bar.

El alemán extrajo su arma y le disparó los dos cartuchos. El agente cayó al suelo, muerto. Un enorme boquete por el que podía introducirse el puño le había abierto el tórax, convirtiendo en esponja su corazón e inundando el suelo de sangre. Ni siquiera había tenido tiempo de saludar. El bar quedó impregnado de un fuerte olor a pólvora quemada. Eran las 3:46 de la tarde.

La mujer lanzó un grito y Georg, por inercia, dirigió su arma contra ella.

—Cállate —le ordenó. Cargó de nuevo la escopeta con otros dos cartuchos y observó a su alrededor.

—No... no dispaes, por favor —suplicó la holandesa.

Georg, sin hacer demasiado caso de la mujer, siguió mirando hasta percatarse de que el bar tenía dos plantas separadas por una escalera interior, bajo la que descubrió una especie de armario abierto.

—Mete el cuerpo ahí dentro —dijo señalando la oquedad con la escopeta.

La mujer encontró fuerzas para arrastrar el cadáver hasta allí, dejando un reguero de sangre en el suelo. El propio Georg acabó por colaborar en esta tarea, aunque sin dejar de apuntar a la holandesa. En realidad, lo que le interesaba era apoderarse de la pistola del guardia.

Sacó el arma de su cartuchera y se quedó observándola fijamente durante unos instantes, como si intentara adivinar su marca y calibre. Un momento que la mujer aprovechó para salir corriendo del bar.

El alemán ni siquiera se preocupó en seguirla. Guardó la pistola en uno de los amplios bolsillos de su abrigo, abrió la caja registradora y cogió las cerca de dos mil trescientas pesetas que guardaba. Luego se apoderó de una botella de ginebra y bebió un largo trago. Cuando por fin abandonó el bar, eran las 4:01 de la tarde.

Capítulo 5

1

Jueves, 9 de febrero de 2012

Había dormido más de ocho horas de un tirón, algo que solo le sucedía los fines de semana, cuando no estaba obligado a madrugar para acudir al instituto. Durante todo ese tiempo, incluso la vejiga se alió con él, de forma que no tuvo que levantarse ni para orinar.

La noche anterior, mientras él dormía plácidamente, alguien le había dejado junto a la entrada una bandeja con la cena. Esta se componía de tres bocadillos de pan de molde y dos cajas de cartón de medio litro, una que contenía zumo de naranja y otra leche semidesnatada. Adrián, hambriento, comió uno de los emparedados, y aunque lo encontró ya algo duro, el excitante sabor a chorizo picante le hizo

atreverse con otro. Una colación que acompañó con casi todo el contenido de las dos cajas, aunque dejando el tercer bocadillo para más tarde, no fuera a darse el caso de que acabaran olvidándose de él.

Cuando se sintió satisfecho, se lavó, hizo sus necesidades, se quitó el pijama y se vistió con la misma ropa de calle con la que se había presentado la tarde anterior, excepción hecha de la ropa interior, para la que había llevado consigo el correspondiente repuesto. Sin nada mejor que hacer, volvió al lecho para continuar con su intriga islandesa. El mero hecho de haber podido dormir lo suficiente y no tener que lidiar con sus díscolas alumnas del PCPI ya compensaba el encierro. Además, la cama resultaba bastante confortable, nada que ver con los sucios y desvencijados jergones carcelarios de las películas.

Media hora más tarde, apareció un agente uniformado con el desayuno, compuesto de café con leche caliente y varios bollos envueltos en papel celofán.

—Buenos días, señor —le saludó Adrián—. ¿Sabe usted algo de lo mío?

—Estamos esperando a que llegue su abogado de oficio.

Parco en palabras, o quizá advertido por sus superiores de que un presunto delincuente solo debe recibir una mínima información, el mosso no dijo más.

—¿Tardará mucho?

—No sé.

Al final, el letrado no llegaría a hacer nunca acto de presencia. Cuarenta y cinco minutos después, apareció el subinspector Camarasa acompañado del mismo agente. No traía muy buena cara.

—Buenos días, subinspector, ¿ha descansado bien? —le dijo, eufórico, el profesor. El café y los bollos le habían servido para mantener el ánimo por las nubes.

—Coja sus cosas y acompañeme —su tono desabrido no indicaba nada bueno.

—¿Ha llegado ya el abogado?

—No pregunte.

—Bueno, bueno, pero... esas no son maneras.

—Deje usted de tocar los cojones.

Adrián se rascó la nuca, preparó su bolsa en silencio y siguió silenciosamente a los dos policías hasta el despacho del subinspector. Aquella actitud había comenzado a intrigarle.

—Siéntese —ordenó Camarasa.

Cuando el agente uniformado los dejó solos, el sub-inspector sacudió la cabeza e inició su charla.

—Entonces, ¿se declara usted culpable de la rotura del radar?

—Sí, claro, ya se lo dije ayer. Pero del muerto yo no me hago responsable. Eso no fue cosa mía.

—Tendrá que pagar la reparación y una multa, si no quiere ir a juicio —continuó Camarasa sin mencionar para nada el asunto del cadáver.

—Bueno, pagaré...

—En ese caso, firme aquí.

El policía le presentó un documento por duplicado, escrito en castellano, que Adrián leyó detenidamente. En él, se recogía el reconocimiento por parte del profesor de la destrucción del radar.

—Sí..., sí, ya firmo. Esto no tiene trampa, ¿verdad?, ¿y por qué no ha venido el abogado que me prometieron?

—No lo va a necesitar.

—Entonces, ¿ya no me acusan de asesinato?

—No.

—¿Y eso, por qué?

—¿Quiere usted firmar y largarse de una puta vez?

—¡Madre mía, qué modales! Se le nota a usted bastante alterado.

—Como no firme, aún se me va a escapar la mano.

—Calma, calma, ya firmo.

El profesor rubricó las dos hojas con el bolígrafo que había sobre la mesa y se guardó una de ellas.

—Bien, váyase ya, aquí tenemos mucho trabajo.

—Perdone, pero necesitaría un justificante de que he estado aquí. El jefe de estudios de mi instituto es muy estricto, y seguro que me lo pide. Es para que no me descuenten el sueldo correspondiente al día de hoy.

—¡Lárguese!

—De acuerdo, de acuerdo, supongo que mi declaración servirá como justificante. Veo que lleva fecha de hoy.

Sin esperar la disculpa preceptiva por parte del comisario, que tampoco parecía muy dispuesto a pronunciarla, Adrián pasó a recoger sus pertenencias y abandonó la comisaría con tal sigilo que, mientras caminaba por los pasillos del lugar, solo le delató su sombra reflejada en la pared. En la calle

lucía el sol, y aunque intrigado por su extraña liberación, encaminó alegremente sus pasos en dirección al domicilio de sus progenitores. Las madres habían dejado ya a sus hijos en el colegio y charlaban animadamente en las cafeterías, un espectáculo al que el profesor hacía mucho tiempo que no asistía. Todo parecía haberse resuelto felizmente, y además se había ganado un día de fiesta.

—Hijo mío, ¿qué te han hecho? —inquirió su madre nada más verle con el rostro sin afeitar.

—Nada, mamá. Creo que se han equivocado de persona, aunque no me han dado ninguna explicación.

—¿Y te han tenido toda la noche en el calabozo?

—Toda la noche. Y luego me han soltado sin más.

—Menuda gentuza.

Hasta la coneja, cómodamente tumbada en un rincón, le interrogó con la mirada al verle aparecer. Junto a la dulzura habitual, sus ojos denotaban además la alegría del reencuentro.

—Tranquila, Merlina. No ha pasado nada irremediable.

Cogió al animal y se acomodó en el sofá para acariciarlo. A los cinco minutos de jugar con él, lo soltó y tomó el periódico

que, como cada mañana, había comprado su padre antes de acudir al club de jubilados a jugar su partida de petanca.

No tardó en dar con la noticia.

La autopsia del cuerpo hallado en una granja de Almacelles descarta la muerte violenta.

La autopsia del señor Fermín Miralles Salvatierra, cuyo cadáver fue encontrado el pasado martes 7 de febrero, demostró anoche, según el comunicado oficial emitido por los mossos d'esquadra, que su muerte fue debida a causas naturales. En un principio se especuló con que podía tratarse de un asesinato, e incluso se disponía ya de un sospechoso. Sin embargo, los informes forenses han demostrado fehacientemente que el fallecimiento se produjo a causa de un ictus cerebral, un ataque cerebrovascular que motivó la caída al suelo de la víctima. En ese momento, su cabeza debió de golpear con algún objeto metálico abriéndole una herida, circunstancia que, en un principio, hizo sospechar a la policía autonómica de que podía tratarse de un asesinato...

Nada más leer la noticia, el profesor dio mentalmente gracias a la ciencia. De no haber sido por la autopsia, aún se encontraría encerrado en una celda. Un ictus cerebral... Había oído hablar alguna de vez sobre dicho mal, aunque no tenía muy claro en qué consistía. Ataque cerebrovascular... Sin duda algo relacionado con la azotea de la gente, sobre

todo de la gente mayor. Una forma bastante frecuente de morir entre los ancianos. Entonces, ¿por qué la policía había considerado el asunto como un asesinato, antes ya de conocer el resultado de la autopsia? La respuesta estaba bien clara. Porque su imagen había sido captada, en actitud sospechosa, más o menos hacia la misma hora en que había tenido lugar la defunción. Además, el cadáver presentaba una herida en la frente, que perfectamente podía haber sido producida por el tubo de plomo hallado junto a él. Todo cuadraba, todo encajaba... Y sin embargo...

Quedaba claro que, en el momento de su liberación, el subinspector Camarasa estaba al corriente del resultado de la autopsia. ¿Por qué no le había informado de ello? Después de leer el artículo, el profesor, con mayor motivo si cabe, consideraba que merecía una disculpa por parte de los agentes que habían ordenado su detención y lo habían interrogado. Pero también estaba seguro de que nunca la iba a recibir. A los que se consideran con poder para avasallar a los demás, les resulta muy difícil pedir excusas cuando se equivocan.

La noticia también mencionaba a un sospechoso. Sin duda se refería a él. ¿Cómo había conocido tan pronto el periodista el hecho de su detención? La única forma posible era mediante alguna filtración, producida a través de la misma comisaría donde había pasado la noche. «Así funcionan las cosas en este país», pensó irritado.

Comió en casa de sus progenitores, y por la tarde tomó un tren que lo dejó en Binéfar. Durante el camino, varios negros que viajaban en el mismo vagón se fijaron en la coneja —que el profesor llevaba metida en una bolsa de lona— para devorarla con sus ojos. Incluso un chino de pelo canoso, mostrando una blanca fila de dientes, le preguntó señalando al animal:

—¿Pa comé?

—No, no es para comer, señor. ¿Acaso se come usted a sus perros? —inquirió el profesor, percatándose al momento de lo absurdo de su pregunta. El carácter omnívoro de los chinos era proverbial.

—Sí, pelo bueno pa comé.

Adrián decidió no continuar la conversación con aquel faltado de erres y siguió con su libro. De vez en cuando, echaba un vistazo a la bolsa y acariciaba a Merlina, cada vez más atemorizada ante aquella banda de salvajes. Por fortuna, el viaje apenas duraba cuarenta minutos, y la coneja pronto se encontró a salvo en el seno de su hogar, disfrutando de su lechuga y de la amable compañía de su amo. Por fin podía sentirse de nuevo felizmente ausente del mundo que la rodeaba.

El profesor, a su vez, ordenó las cosas que había llevado en su bolsa y a continuación se lanzó sobre su ordenador. Tras

teclear las palabras «ictus cerebral» en el buscador Google, encontró casi 71.000 entradas, muchas de las cuales hacían referencia a personas fallecidas a causa de dicha enfermedad. Dado su carácter hipocondríaco, nada más leer las tres primeras explicaciones comenzó a notar los síntomas del mal, por lo que tuvo que pasar a las páginas de descarga de libros y películas. Sin embargo, con la información obtenida tenía más que suficiente. En resumidas cuentas, el ictus cerebral era un mal bastante extendido entre los ancianos, caracterizado por la interrupción del flujo sanguíneo al cerebro y el consecuente aporte de oxígeno que este órgano necesita para funcionar. De no ser tratada a tiempo, la persona afectada por este mal podía fallecer en cuestión de minutos. Más o menos lo que debió de sucederle al señor Miralles. Adrián intentó consolarse recordando que cuando él descubrió el cuerpo, este había pasado ya a mejor vida y nada podía hacerse por su salvación terrenal... O al menos así se lo había parecido a él. De todas formas, ahora ya era demasiado tarde, y no tenía ningún sentido lamentarse.

El asunto había concluido felizmente para él, aunque no tanto para el difunto, que merecía todos sus respetos. La cuestión que se planteaba ahora era la de qué hacer con los documentos recogidos en la granja. Unos documentos que sin duda poseían cierto valor histórico y que, en buena ley, pertenecían a los herederos del fallecido.

Adrián decidió que, antes de devolverlos, los fotocopiaría. Su afición por el pasado no podía permitirle desperdiciar una oportunidad como aquella. Según sus escritos, el señor Miralles había sido, en tiempos de Franco, un agitador comunista que incluso había participado desempeñando un papel menor en la película *El verdugo*, del gran Luis García Berlanga. Pero, ¿realmente era cierto todo lo que se decía en aquellas memorias? Muchas cosas sonaban a exageración, a algo inventado. Pero, ¿por qué motivo podría haber escrito su autor algo que no era cierto, si toda aquella documentación no parecía estar destinada a nadie? ¿O sí? En el momento de morir, el señor Miralles las llevaba consigo. ¿Qué pretendía hacer con ellas en una granja? ¿Acaso las guardaba allí, entre el estiércol y el forraje? Todo aquello resultaba muy extraño, y probablemente las únicas personas que podían resolverle tales dudas eran sus descendientes.

Adrián recordó que, según lo escuchado en la radio el día después de su aventura con el radar, el cadáver había sido oficialmente descubierto por su hijo. ¿Serviría de algo hablar con él para satisfacer su curiosidad de historiador? Probablemente no se sentiría demasiado contento de verle, habida cuenta de que el profesor, pudiendo haber avisado a algún médico la noche anterior, lo único que hizo fue salir huyendo llevándose los papeles de su padre.

Sin embargo, merecía la pena intentarlo. Podía presentarse representando el papel de arrepentido, deseoso de devolver

los documentos que había sustraído, y aprovechar la ocasión para excusarse. Luego, en el curso de la conversación, siempre podía salir a colación el pasado del señor Miralles, y quizá el hijo ampliara con alguna cosa más lo que decían aquellos papeles. Incluso, si a este le parecía bien, Adrián estaba dispuesto a redactar una biografía del señor Miralles tomando como base de trabajo sus propias memorias.

No le resultó demasiado complicado dar con la dirección del difunto. El mundo de Internet incluía de todo, desde las páginas blancas de la provincia de Lleida hasta las de Cantón o San Petersburgo. Solo hacía falta saber buscar, y en eso el profesor era todo un experto. No había película o libro que se le resistiera a la hora de obtenerlos gratuitamente, por mucho que el fbi norteamericano o la más castiza ley Sinde intentaran dificultarle la labor cerrando páginas de descarga. Adrián siempre acababa encontrando alguna donde satisfacer su voracidad cinematográfica.

Como era de prever, la última residencia del señor Miralles se encontraba en Almacelles, el pueblo donde también tenía su granja. La información obtenida también incluía un teléfono, y cabía suponer que llamando allí daría con el hijo. Caso de que surgieran dificultades, tampoco tendría ningún problema en viajar hasta el pueblo. Adrián pasaba cada semana junto a él para visitar a sus padres, y cualquier tarde podía dedicarla a la tarea de encontrar a ese hijo. Precisamente lo que más le sobraba era tiempo.

Antes de cenar y de tumbarse en el sofá junto a Merlina para disfrutar de su cotidiana película, decidió que al día siguiente fotocopiaría en el instituto las memorias del difunto, y una vez con el material en su poder, intentaría ponerse en contacto con el heredero del señor Miralles.

La película elegida para aquella noche fue *Falso culpable*, de Alfred Hitchcock; todo un símbolo de lo que Adrián acababa de vivir. Y para la noche siguiente contaba con ver *El verdugo*. Una velada con la que podría reencontrarse con Fermín Miralles Salvatierra en el papel del reo condenado a muerte, conducido hasta el garrote junto al protagonista de la película por el patio de la cárcel de Palma de Mallorca.

2

Madrid, 1970

La soledad de Jesús, que parecía no tener fin, se dilató durante varios años. Hasta que conoció a Fulbert Youlou.

Apareció por la sede del arzobispado —rango obtenido por la diócesis de la capital española el mismo año del estreno de *El verdugo* en el país— una fría mañana de enero para entrevistarse precisamente con monseñor Casimiro Morcillo, por aquel entonces titular de la archidiócesis y

presidente de la Conferencia Episcopal española. Le acompañaban dos fornidos guardaespaldas tan oscuros como el cacao puro. Cuando concluyó el encuentro, Youlou fue presentado a los principales sacerdotes del lugar como el ex presidente de la República del Congo-Brazzaville, obligado a exiliarse en Madrid por culpa de los marxistas de aquel país. Estos, además de destituirle, habían tenido la desfachatez de condenarlo a muerte in absentia.

Youlou, que había sido ordenado sacerdote en 1946, era un auténtico africano, tan negro como el alquitrán, pero elegante como una modelo de alta costura. No en vano, como ocurría en aquella ocasión, usaba sotanas diseñadas por el afamado modisto francés Christian Dior. Alto, fornido, con la cara ovalada como un huevo de pascua, en su rostro se concentraba toda la rabia acumulada a causa de sus desdichas políticas, y que en parte había liberado en su libro *J'accuse la Chine*. Una completísima y verdadera soflama anticomunista publicada en Francia en 1966, donde ponía de vuelta y media al régimen de Mao Tse Tung —luego Ze Dong— y a sus acólitos congoleños.

Youlou tenía fama de haber sabido combinar el catolicismo más ultramontano con las más granadas y ancestrales tradiciones subsaharianas, basadas en el animismo y la poligamia más inverecunda. Según afirmaban sus seguidores, solía orar bañándose vestido con su sotana dentro de un pozo lleno de agua, donde absorbía los poderes de sus antepasados de forma que al salir del agujero sus

ropas continuaban completamente secas. Simbólicamente, el partido que fundó —y que le llevó a la presidencia de su país—, la Unión Democrática de Defensa Africana, usaba como símbolo un cocodrilo, no una cruz o una espiritual paloma. Además, en su vida privada adoptó Youlou la costumbre de cohabitar con mujeres y tener varios hijos, tal y como habían hecho sus antepasados brujos de la tribu lari, a la que él pertenecía. En definitiva, un visionario mesiánico que se creía con derecho a todo y que acabó siendo derrocado por sus más acérrimos enemigos, los socialistas congoleños.

Gracias a la pensión que religiosamente le pagaba el gobierno de Francia, antigua metrópoli del Congo-Brazzaville poco interesada en tener a semejante individuo alojado en su país, Youlou vivía en Madrid a cuerpo de rey, organizando conspiraciones a distancia para poder regresar a su país por la puerta grande, es decir, como presidente restaurado. A principios de 1970, justo cuando visitó el arzobispado y conoció a Jesús Santamaría, andaba metido en un enésimo complot dirigido en el Congo por el teniente youlista Pierre Kinganga. Su objetivo, derrocar al presidente marxista Marien Ngouabi y sustituirlo por el padre Fulbert, más conocido entre los suyos como el Abate.

La asonada de Kinganga, como otras anteriores, resultó un estrepitoso fracaso. El 23 de marzo de 1970, sus leales ocuparon el edificio de Radio Congo, y desde allí anunciaron la victoria de su movimiento. Craso error. Las tropas de

Ngouabi se dirigieron hacia ese lugar y masacraron a los rebeldes, incluido al propio tenientillo, un individuo popularmente conocido como Sirocco.

Sin embargo, todo esto aún estaba por llegar. Desde su exilio dorado de Madrid, en enero de aquel año Youlou tejía los hilos de aquella trama destinada a recuperar el poder por la fuerza. Una actividad que desarrollaba en privado, pues, aunque el gobierno de Franco hiciera la vista gorda, no estaba bien que un sacerdote —por muy mujeriego y anticomunista que fuera—, se dedicara a organizar complots contra gobiernos de países soberanos. En público, el Abate procuraba esconder su rabia mostrándose bondadoso, sonriente y beatífico, con cara de no matar ni a una mosca. Y ese era precisamente su propósito cuando visitó, cierto día de enero, la sede del arzobispado madrileño. Sin embargo, cualquier buen observador, si se dedicaba a ello con atención, podía llegar a captar en su agriado rostro otros sentimientos bastante menos nobles.

Cuando monseñor Morcillo lo hubo presentado en la sala de actos del lugar, todos los aplaudieron con fervor, aplausos que fueron correspondidos con profundas inclinaciones de cabeza por parte de Youlou. En aquella ocasión, su hijo Albert, que solía acompañarlo en casi todos los actos oficiales a los que asistía su padre, tuvo que quedarse en casa para no escandalizar a la remilgada clerecía madrileña.

Después del acto de presentación, se sirvió un vino de honor con embutidos y jamones que hicieron las delicias de los asistentes, en especial la del propio Youlou, quien siempre parecía estar afectado por un hambre calagurritana. Entre bocado y bocado, el Abate contó a quienes quisieron escucharle algunas anécdotas de su país, empleando un castellano de erres arrastradas muy a la francesa, matizado con un deje ecuatoriano que evidenciaba su origen subsahariano.

—De ustedes los españoles he aprendido muchas cosas —afirmó en cierto momento mientras engullía a la vez dos finísimas lonchas de jamón—, aunque la que más me motiva es la siesta preventiva.

—¿Preventiva? —preguntaron dos o tres sacerdotes al unísono.

—Sí, la que se duerme por la tarde en previsión de que por la noche surja algún contratiempo.

—Ya, ya, claro, entendemos. Aunque aquí la llamamos simplemente siesta, sin adjetivo alguno.

Luego, en un dilatado monólogo, se puso a narrar sus desdichas como presidente injustamente destituido, animando a su audiencia con cada palabra que pronunciaba, hasta que sus ojos saltones parecieron a punto de estallar.

—¡China, China es la culpable de todo, la que empujó a mis enemigos comunistas a derrocarlos! Pero se van a enterar esos renacuajos. Dentro de poco van a recibir tal patada en el culo que volarán hasta Pekín.

—No se altere, padre —le aconsejó don Dámaso, que seguía en el arzobispado al pie del cañón, siempre con la tijera a punto aunque cada vez más defraudado por los efectos de la ley Fraga—. Aquí todos estamos con usted, y le deseamos muchos éxitos.

Jesús, en cambio, no parecía sentirse demasiado interesado en aquel fantoche. Sin embargo, cuando la reunión estaba a punto de disolverse por falta de comida, decidió aproximarse a él picado por cierta curiosidad.

—¿En su país todavía se mantienen las creencias animistas? —le preguntó sin mediar presentaciones.

—Perdone, ¿usted es?

—Sí, claro. Jesús Santamaría, destinado en las tareas de censura eclesiástica aquí, en el arzobispado.

—Vaya, un censor. Pues ya sabe, estaca y más estaca, que aquí en España saben mucho de eso. Hasta a mí me han prohibido decir según qué cosas. ¿Cuál era su pregunta?

—Bueno, en realidad estoy interesado por el mundo de ultratumba, y me gustaría saber qué creen en su país al respecto.

—¿Es usted antropólogo?

—No, antropólogo no, solo un poco visionario —atajó don Dámaso, ya algo achispado.

—No, no soy antropólogo —respondió Jesús—, pero he estudiado Teología comparada y siempre me han interesado las concepciones animistas de los pueblos africanos.

La mentira le salió así, sin pensarla.

—Pues venga a verme cualquier tarde de esas, don... ¿Jesús ha dicho? —le invitó el padre Fulbert sin hacer caso a las tonterías de don Dámaso.

—Sí, Jesús. Muy agradecido, ¿le parece bien mañana?

—Sí, mañana a las cinco, después de la siesta preventiva. Vivo en la calle Serrano, número cuarenta. Le estaré esperando.

Dicho esto, el Abate dio media vuelta y salió de la sala seguido por sus dos guardaespaldas. La forma de caminar de aquellos africanos era tan marcial que hasta el mejor regimiento de la Legión hubiese sentido complejo de inferioridad.

De nuevo una noche en vela. Una noche en blanco a la que siguió otra mañana sin brillo. Veinte años sin apenas dormir eran muchos años, y al final, tanto el cuerpo como el espíritu habían acabado acusándolo. Desde la muerte de Benito Franco, Jesús había envejecido tan prematuramente que parecía un viejo de sesenta años. Y aunque había probado todo tipo de remedios, desde los médicos —los somníferos— hasta los espirituales —intensas oraciones que le dejaban mentalmente agotado—, la herida de su alma continuaba sangrando.

La tarde anterior, don Damián le había recriminado su interés por el abate Youlou, al que calificó de antropófago con sotana. Jesús recibió la reprimenda en silencio. Sin embargo, era tal su desazón, que estaba perfectamente dispuesto a vaciar su alma a aquel desconocido africano al que todos en el arzobispado atribuían fama de brujo. «Nunca se sabe, quizá él disponga de alguna medicina para mis males», pensaba ingenuamente ilusionado.

Cuando el taxi le dejó frente al domicilio de Youlou, una casa con jardín que, por sus características y ubicación, debía de costar un dineral, Jesús había comenzado a preguntarse qué se le había perdido en aquel lugar. Sin embargo, llamó al interfono y la verja se abrió al instante. Anduvo varios metros de camino flanqueado de parterres y por fin llegó a la casa, un pequeño edificio de arquitectura severa, muy propia de los años veinte, junto a cuya puerta le aguardaban otros dos

guardaespaldas negros distintos a los que había conocido el día anterior.

—Vengo a ver al abate Youlou, soy el padre Jesús Santamaría.

—De acuerdo —asintió el más macizo en un castellano casi perfecto—, pero antes de pasar tendré que cachearle.

—¿Cómo dice?

—Que debemos registrarle. El abate Youlou tiene muchos enemigos, y no podemos fiarnos de nadie.

—Ya, claro, entiendo.

Las manazas del africano se deslizaron por toda la sotana presionando insistentemente en las zonas más peligrosas, hasta que este se convenció de que el recién llegado no llevaba ningún arma.

—Lo siento, padre, pero órdenes son órdenes. Puede usted pasar.

Youlou le aguardaba en un amplio salón decorado a la africana, con máscaras rituales, lanzas, pieles y pequeñas figurillas oscuras repartidas por todas las mesas y estanterías que lo amueblaban. Sentado en un sofá de piel, había cambiado la sotana de diseño por un impecable terno marrón oscuro, combinado con una corbata de vivo color

encarnado. En cuanto vio aparecer a Jesús, se levantó impetuosamente y le saludó envolviendo su mano con las suyas propias.

—Es un placer tenerle en mi casa, padre Salvatierra. Siéntese, nos tomaremos un café. ¿Le parece bien?

—Sí, claro. Con este tiempo, apetece.

La infusión ya estaba preparada, con su correspondiente vajilla, en una mesita lateral, y el padre Youlou la sirvió muy ceremoniosamente.

—¿Alguna copa? —invitó a continuación.

—Bueno, quizá un poco de coñac.

—Ah, carajillo, una costumbre muy española.

—No, no, aparte, por favor.

Sentados, cada uno en su propio sillón, paladearon el humeante brebaje, que a Jesús se le antojó exquisito.

—¿Qué le parece? —preguntó el ex jerarca congoleño.

—Muy bueno, sí señor.

—Es de mi país, me lo traen a menudo. Bueno, y ahora vayamos con lo suyo. ¿Qué le interesa exactamente?

—Los fantasmas, las apariciones. El mundo de los difuntos en general.

El africano sonrió, mostrando al hacerlo unos profundos hoyuelos en sus mejillas.

—Tanto usted como yo somos hombres de iglesia, y la doctrina católica es muy precisa al respecto. Los fantasmas no existen, solo las ánimas que están a la espera del Gran Juicio.

—Sí, ya... Pero voy a serle, sincero. Si me interesa esa cuestión es porque he sentido muchas veces la presencia de espíritus..., bueno, concretamente de uno de ellos. El de un amigo que falleció hace ya veinte años, con el que se cometió una tremenda injusticia.

—Vaya, ¿y no lo ha comentado con sus superiores?

—No, no...

—Claro, y como yo soy africano, es decir, medio salvaje, conmigo sí puede hacerlo.

—No, no, no es eso. Tengo entendido que usted es más abierto de miras. La verdad es que esa extraña presencia lleva mucho tiempo sin dejarme vivir en paz. Me desasosiega. No sé cómo explicárselo..., pero realmente estoy necesitado de ayuda.

Youlou captó en toda su profundidad la sinceridad de aquella petición de auxilio, y abandonando la idea de que Jesús solo pretendía burlarse de sus ancestrales creencias, pensó en tender su mano a aquel infortunado sacerdote. O al menos, así lo dio a entender.

El español narró con todo lujo de detalles la historia de Benito Franco, su extraña muerte y precipitado entierro en una fosa aislada del cementerio de Melilla. Luego, comenzó a vacilar, aunque la insistencia de Youlou acabó por ahogar todas sus dudas.

—¿Y dice usted que se le ha aparecido en diversas ocasiones, y que incluso ha creído verlo en una película?

—Sí, así es. Parece de locos, pero si no fuera por este suceso, que no ha dejado de perseguirme durante veinte años, yo sería ahora un sacerdote mentalmente equilibrado, sin dudas ni temores.

—Bueno, bueno, todos tenemos dudas. Si no es por un motivo, es por otro, pero su caso resulta extremadamente interesante, y confirma lo que siempre he creído. Que los vivos y los muertos no están separados por una barrera infranqueable, sino que, en ciertas ocasiones, pueden llegar a convivir y relacionarse. En mi país se han dado muchos casos de apariciones, de ahí los rituales del vudú, que en esencia no es más que una religión que pretende contactar con el mundo del más allá, una creencia en lo sobrenatural,

destinada a conocer el destino que nos espera tras la muerte. ¿Acaso el cristianismo no admite la relación con los difuntos?, ¿no rezamos a los santos, que ya están muertos, para que nos ayuden? ¿No hemos oído hablar de apariciones de ánimas del Purgatorio, admitidas por la propia Iglesia? Lo que a usted le ha sucedido no tiene nada de descabellado.

Jesús arrugó el entrecejo. Por fin alguien que comprendía su desazón.

—Entonces, ¿usted cree que puedo contactar con mi amigo difunto y solicitar su perdón?

—Claro que sí. Por lo que usted me ha explicado, es precisamente ese difunto el que quiere contactar con usted para comprender por qué tuvo que morir tan pronto, y por qué hubieron de enterrarlo como si fuera un suicida. Se trata de un espíritu confuso que solo anhela la paz, una paz que solo alcanzará cuando sepa realmente lo que le sucedió.

—¿Usted podría hacer algo al respecto? No sé, aconsejarme, ayudarme de alguna manera... Si supiera cómo ha sido mi vida desde la muerte de mi amigo... Un infierno.

Youlou dudó. Aunque le parecía sincero, no conocía al sacerdote que tenía delante.

—Por favor... —insistió el español.

El Abate miró fijamente a Jesús a los ojos y vio en ellos algunos reflejos de la luz que penetraba por el amplio ventanal que daba al jardín posterior. Aquello fue suficiente para acabar con todas sus reticencias.

—Intentaré hacer algo por usted, pero antes voy a explicarle algo...

Youlou apuró su café, cruzó las manos y miró al suelo. Estaba a punto de pronunciar un sermón que requería de una actitud étnica.

—Mire, padre Salvatierra —arrancó—. En mi país, cuando era joven, practiqué la religión de mis antepasados, que no difiere demasiado de la cristiana. Una religión que allí denominamos palo mayombe, de carácter animista, que pretende establecer esa conexión con los difuntos a la que antes he aludido. Y de la misma forma que me hice ministro de dicha religión, lo que allí llamamos palero, luego me convertí en sacerdote cristiano porque comprobé que ambas funciones eran perfectamente compatibles. Conozco por ello a la perfección el ritual destinado a contactar con los espíritus de los muertos. De hecho, lo he practicado y experimentado en diversas ocasiones, y si usted desea hablar con ese soldado Benito, que tan cerca se encuentra de usted, no creo que haya ningún problema. Pero todo debe comenzar por usted mismo, por que se sienta seguro de lo que quiere hacer. ¿Esta usted dispuesto a someterse al ritual?

—Sí..., claro.

—Bien, pero comprenderá que antes debo estar en disposición, prepararme anímicamente. Además, el ritual requiere de ciertos objetos y elementos imprescindibles, como las cáscaras duras de coco y un pedazo de colmillo de elefante...

Aunque intentó disimularlo, Jesús no pudo evitar emitir una mueca de extrañeza. ¿Cocos?, ¿colmillos de elefante? Unos objetos que solo había visto en las películas de Tarzán, en cuya censura él mismo había colaborado bajo la batuta del padre Damián.

—No se sorprenda, padre Salvatierra. Vamos a necesitar varias cosas que en estos momentos no poseo, aunque no tardaré en disponer de ellas. Ya le he dicho que mantengo muy buenos contactos con mi país de origen, los cuales no solo me abastecen de café y cacao. Hasta dentro de un par de semanas no las tendré. Le avisaré cuando las reciba, y entonces podremos llevar a cabo el ritual. ¿Será usted capaz de aguardar ese tiempo?

—Por supuesto. Si he soportado mi pesadumbre durante veinte años, supongo que no vendrá de dos semanas más.

—Entonces, de acuerdo. En cuanto lo tenga todo preparado, le telefonearé. Y mientras tanto, usted rece, rece

mucho y prepare su alma para la conexión con el más allá. Dios le ayudará, se lo aseguro.

Transcurrieron seis días después de aquel encuentro, y al séptimo estalló el escándalo.

Por la mañana, Jesús recibió un aviso de que el administrador del arzobispado, nada menos que el segundo en la diócesis después de monseñor Morcillo, quería hablar urgentemente con él.

—Siéntese, padre Salvatierra, siéntese —le indicó Apellániz, que así se llamaba el funcionario eclesiástico. Su extraña sonrisa y su actitud perceptiblemente desdeñosa produjeron en el recién llegado una cierta sensación de desconfianza.

—Gracias. Usted dirá.

—Voy a ir directamente al grano. Le he hecho venir porque ha llegado a mis oídos que usted pretende dedicarse a la magia negra.

Vaya, aquello no se lo esperaba. Fue como si hubiera recibido un golpe en la nariz.

—¿Magia negra?, ¿de dónde se ha sacado usted eso?

—No se haga usted el tonto. Sabe perfectamente de qué estoy hablando. ¿Acaso no visitó hace una semana al abate Youlou, el ex presidente del Congo?

—Sí —tuvo que reconocer Jesús—, pero fue una visita de cortesía.

—Cortesía..., ¡ya! Pues él no lo vio así. Según nos ha contado, usted le propuso celebrar un ritual de magia negra para contactar con los muertos.

Jesús empezó a sentir el bombeo del corazón y las palpitaciones en las sienes. Por un instante vio ante sí los ojos del padre Segovia, el párroco de Melilla con quien había roto veinte años atrás. Aquel maldito negro le había tendido una trampa de consecuencias impredecibles.

—En realidad fue él quien me lo propuso —dijo intentando defenderse.

—Ya, ¿y no es también cierto que le contó una historia de apariciones relacionada con su pasado?, ¿con cierto amigo suyo que falleció cuando se encontraba usted en Melilla?

Ante aquella inquisición, Jesús ya no supo qué decir.

—Sepa usted —continuó, en tono cada vez más acosador, el padre Apellániz— que tenemos un informe sobre su persona, en el que se recogen esas extrañas ideas. Procede de diversas fuentes, incluido el padre Segovia, párroco del

Sagrado Corazón de Melilla. Todas coinciden en que usted no está bien de la cabeza. Y aunque hasta ahora hemos preferido no hacer demasiado caso y darle un voto de confianza, con su visita al abate ha llegado usted demasiado lejos. No puede continuar con nosotros realizando las tareas de censura eclesiástica. Porque hasta el padre Damián se ha quejado de usted, especialmente de su falta de rigor...

Incapaz de soportar tanta injuria, Jesús comenzó a llorar como un niño.

—Ustedes..., no me comprenden —dijo entre sollozos.

—Mire, padre Salvatierra. Hemos tenido mucha paciencia con usted. Pero ha llegado el momento de mandarlo a otro destino. Hubiésemos admitido cualquier otra cosa, incluso que hubiera mantenido relaciones carnales con alguna de las mujeres que acuden a su confesionario... Pero pretender ejercer la brujería... Le recuerdo que siglos atrás usted hubiese podido acabar en la hoguera.

Jesús se quedó observando a su superior sin saber qué decir, transido por la grandiosidad de la traición. El abate Youlou, a modo de Judas negro, le había delatado tras seducirlo con sus envolventes palabras sobre extraños rituales, historias de fantasmas y disertaciones sobre el excelente café congoleño. Un cantamañanas de tomo y lomo, eso es lo que era aquel africano aparentemente

amable y educado, pero con un corazón más negro que su piel.

Sin ofrecer siquiera un mínimo asomo de temor, y con el ceño levemente contraído, Jesús se levantó despechado. Podían expulsarlo de la archidiócesis, pero él sabría mantener la dignidad en todo momento.

—Hagan lo que ustedes crean conveniente, pero yo no me considero culpable de nada.

—Déjese de sermones y de hacerse el ofendido. Aquí no queremos verle más y punto. Ya sabremos buscarle un nuevo destino donde pueda usted dar la murga como lo ha hecho aquí, pero a nosotros déjenos en paz.

Un mes después, el padre Salvatierra hacía de nuevo las maletas para dirigirse a Tarragona, sede de la archidiócesis más antigua de España. Su inquieta idiosincrasia y su incapacidad de adaptación parecían empeñadas en prodigar indefinidamente aquellos continuos cambios de destino, orquestados por sus superiores para librarse de un individuo al que consideraban trastornado y poco menos que loco de remate.

Y sería en Tarragona donde, dos años después, Jesús conocería la noticia de la defunción del abate Youlou, muerto a causa de una hepatitis el 5 de mayo de 1972.

Provincia de Tarragona, 1972-1973

La tarde del 19 de diciembre de 1972, Georg Michael Welzel quitó la vida con dos disparos de escopeta a un guardia civil llamado Antonio Torralbo Moral. Lo hizo sin premeditación, abrumado por el temor de que aquel agente fuera a detenerlo por el encontronazo del puerto de Barcelona y las diversas actividades delictivas desarrolladas en los días posteriores. El alemán no estaba dispuesto a volver a ninguna cárcel, y la única cosa que supo hacer para evitarlo fue disparar contra un miembro de las fuerzas de orden público.

Sintiéndose acosado, toda la tarde y parte de la noche la pasó Georg huyendo en dirección sur. Durante su marcha, el angustioso temor a ser detenido le empujó a lanzar todo objeto que pudiera incriminarlo, de forma que se deshizo de la escopeta, del pasaporte que había robado en Italia y de la pistola del guardia civil que acababa de matar. Fue una huida sin apenas contratiempos. Los caminos que corrían paralelos al mar quedaban perfectamente iluminados por una luna que se reflejaba sobre las aguas, permitiendo al alemán caminar con cierta seguridad. Cuando se notó cansado, se detuvo durante tres horas al amparo de las rocas, hasta que

los primeros rayos de sol acariciaron su rostro invitándole a continuar.

Pronto encontró las primeras casas —en realidad pequeños chalés completamente blancos, en su mayoría vacíos— de otra localidad aparentemente turística. En aquellas horas de la mañana apenas circulaba nadie por sus calles, y Georg decidió continuar hasta dar con la estación de ferrocarril. Su intención no era otra que la de desplazarse lo más lejos posible del lugar del crimen, y era evidente que caminando iba a resultar bastante difícil cumplir con ese objetivo.

Junto al pequeño edificio que servía de estación, un cartel anunciaba el nombre de la localidad: La Ametlla de Mar, un nombre que al alemán no le sugirió nada especial. Cualquier tren le valía, siempre que se dirigiera hacia cualquier gran ciudad donde perderse entre sus habitantes. Tarragona, Valencia, Castellón o la misma Barcelona... Todas constituían posibles refugios donde ocultarse durante un tiempo sin levantar sospechas, y con más de dos mil pesetas en el bolsillo tendría más que suficiente para cobrar distancias. Además, allí siempre existiría la posibilidad de encontrar algún barco que lo sacara de España.

Sentado en el banco de la estación, Georg intentaba tranquilizarse. No recordaba dónde, pero había perdido su paquete de tabaco, de forma que la única manera de lograr cierta calma fue fijando sus ojos en el suelo y procurando no

pensar en nada. Hasta que una sombra imprecisa se situó ante él. El alemán levantó el rostro y descubrió dos uniformes de verde que lo apuntaban con sus subfusiles.

—¡Eh, usted! Documentación —exigió uno de ellos.

Todos sus proyectos de huida se desvanecieron en un instante. Allí estaban de nuevo, dos en esta ocasión, dirigiendo hacia él sus armas automáticas. Ninguna posibilidad de fuga. Cualquier intento violento por salir de allí sería irremisiblemente abortado por una ráfaga capaz de partir su cuerpo en dos pedazos.

—No papiere —dijo tímidamente.

—¿Eres extranjero?

—Ja, ja, no hablo español.

—Déjate de ja ja ni de hostias. ¡La documentación!

—No, no tengo.

Los dos agentes se miraron. Acababan de encontrar a la persona más buscada en la zona, la cual, supuestamente, se había llevado por delante a uno de sus compañeros.

—Venga, levántate y andando. Ya le contarás al capitán todas las mentiras que quieras, pero no creas tú que te vas a

librar. Nadie se carga a uno de los nuestros y sale vivo del asunto.

Sin que opusiera ninguna resistencia, le colocaron unas esposas para controlarlo mejor. Luego lo introdujeron en un vehículo todoterreno con los colores e insignias de la Benemérita, y lo trasladaron al cuartelillo de la localidad. Se trataba de un local pequeño que también servía como residencia de los guardias, con emblemas y carteles por todos los rincones. En cuanto hubieron llegado, lo sentaron en un banco situado junto al mostrador de la entrada. En ese momento se presentó el cabo del puesto, un tipo bajito con el cuello del uniforme desabrochado, que ya estaba al corriente de la detención por haber sido informado desde la radio del todoterreno.

—Es él, mi cabo. La descripción coincide —le comentó uno de los agentes recién llegados.

—Seguro. No puede ser otro. Habéis hecho un buen servicio. Ahora mismo aviso al Hospitalet para que vengan a por él.

Media hora más tarde se presentaban los agentes del puesto donde había tenido lugar el crimen. Durante ese tiempo, el cabo de La Ametlla intentó sonsacar alguna información a Georg, pero este, argumentando que no entendía nada de lo que le estaban diciendo, se mantuvo en

silencio. Ante aquella falta de cooperación, el comandante del lugar se puso nervioso y le espetó:

—¡Te has cargado a un compañero! Con que me dejaran diez minutos contigo te ibas a enterar tú, cago en Dios...

Sus camaradas hicieron gestos de aprobación, como incitando a que su superior golpeará al detenido, aunque el incidente no pasó de ahí. Cuando los guardias de Hospitalet se llevaron al alemán en otro todoterreno, la mirada de odio del cabo seguía clavada en la nuca de Georg.

El cautiverio del alemán no había hecho más que comenzar. De nuevo se encontraba preso, aunque en esta ocasión lejos de su país de origen y por un motivo bien distinto del que le había llevado a las cárceles de la Stasi. En Hospitalet le aguardaban dos docenas de guardias civiles que, desde el mismo momento en que se descubrió el crimen, se habían encargado exclusivamente de dar con el culpable. Varios habían llegado desde la misma capital provincial, mientras que otros procedían de los puestos cercanos. Situados fuera del cuartelillo local, nada más verlo descender del vehículo comenzaron a murmurar, hasta que un capitán se adelantó de entre el grupo y se encaró con el detenido.

—Así que eres tú. Vaya mierda de tío... Vamos al hostal.

Volvieron a subirlo al coche, esta vez con el oficial al mando, para recorrer casi un kilómetro hasta alcanzar el hostal donde se alojaba Jeanette Van Hoorn, la camarera holandesa del bar donde se había cometido el crimen. En total fueron tres vehículos repletos de agentes los que participaron en la operación. Durante el trayecto, Georg llegó a temer que iban a ejecutarlo en alguna cuneta, en venganza por la muerte de un compañero.

Hacia las siete horas y cincuenta minutos de la mañana, la camarera holandesa se despertó al oír el sonido de los guardias civiles golpeando la puerta de su habitación.

—Señorita, haga el favor, traemos a un detenido.

La mujer apareció ataviada con una hogareña bata color azul claro. Por sus ojos arrugados podía apreciarse que no había dormido apenas, mientras que su rostro reflejaba toda la tensión y el cansancio acumulados. De hecho, tras haber denunciado la muerte del agente Torralbo, había pasado hasta altas horas de la noche declarando sobre lo sucedido, observando fotos e incluso participando en el reconocimiento de un primer detenido que resultó no tener nada que ver con el crimen. Ahora, de nuevo, iba a encararse con el verdadero autor de los hechos que habían provocado tanto ajeteo.

Georg se encontraba junto al portal, rodeado de guardias. La camarera lo reconoció de inmediato, aunque en un

principio sintió miedo de hablar. Sin embargo, no fue el temor posible a una reacción violenta del asesino lo que provocó su silencio. Más bien al contrario. Sabía que si lo delataba, aquellos hombres eran capaces de descuartizarlo allí mismo.

—¿Es este? —le preguntó bruscamente el capitán, harto ya de tantas contemplaciones.

Reconociendo sus temores, Georg se decidió a intervenir.

—No te preocupes —le instó el alemán en su idioma—, diles que soy yo. Ya ves que me han cogido.

Al final, la camarera acabó asintiendo. Solo quería que la dejaran en paz, aunque para ello aún tuvo que acudir al cuartelillo al objeto de firmar la declaración.

—Seguramente volverán a llamarla para el juicio... Si es que hay juicio —le informó el oficial.

Aquello fue más que suficiente. Georg se mostró completamente pasivo a la hora de aceptar los hechos que se le imputaban, y la declaración de Jeanette bastó para que acabara oficialmente detenido y trasladado a la misma casa-cuartel de Hospitalet, donde se dio inicio a las diligencias mediante un interrogatorio. Sin embargo, y ante la incapacidad del alemán para expresarse fluidamente en español, el capitán que había dirigido la operación de captura decidió cortar por lo sano y enviarlo directamente a

la prisión provincial de Tarragona. Ya se encargarían allí de sacarle toda la información necesaria para procesarlo.

En un principio, el caso acabó recalando en el juzgado de Reus. Allí, un magistrado civil le tomó las primeras declaraciones, haciendo uso para ello de los servicios de un traductor que conocía bien la lengua alemana por trabajar para una revista de viajes.

De esta forma, el expediente de Georg fue adquiriendo cierto grosor. A su descripción física (metro ochenta y cinco de altura, complexión atlética, piel morena y color de pelo castaño), se sumó el detalle del tatuaje (aquella combinación de números y letras que le grabaron en las prisiones de la Stasi), por el que nadie apenas se interesó al considerarlo cosa propia de delincuentes comunes. Durante el tiempo en que permaneció sometido a la jurisdicción civil, y aun reconociendo que había disparado contra un guardia civil en el bar del campin Cala de Oca, el alemán se dedicó a dar una de cal y otra de arena. De hecho, fue la misma confusión que bullía en su mente la que le hizo mezclar datos verdaderos con otros inventados.

En primer lugar, su identidad. Sin saber muy bien por qué, acaso para evitar que lo relacionaran con un país tan comunista como era la República Democrática Alemana, o que sus captores buscaran allí cierta información que pudiera dañar a su familia, Georg afirmó llamarse Heinz Chez. Una combinación bastante familiar para él, ya que el

nombre de su padre —al que apenas conoció— era precisamente Karl-Heinz, mientras que Chez era el segundo apellido de su abuelo materno, un polaco de Silesia que de pequeño siempre le mostró un enorme cariño.

La posibilidad de que lo relacionaran con su verdadera familia, y sobre todo que esta acabara resultando perjudicada, le obsesionaba enormemente, de ahí que afirmara ser huérfano —declaró incluso que sus padres habían fallecido al final de la Segunda Guerra Mundial en el curso de un bombardeo— y haber nacido nada menos que en Pegredz, una localidad del distrito polaco de Stettin bastante alejada de su Cottbus natal. Sin embargo, y como no conocía ninguna lengua eslava, no tuvo más remedio que reconocer su origen germano. Muy difícil hubiese resultado de creer que un nativo polaco hablara solo alemán. A continuación, lo embrolló todo introduciendo la Segunda Guerra Mundial de por medio, la derrota del Tercer Reich frente a los soviéticos y la forzada emigración de los alemanes orientales hacia el oeste. El juez, que no estaba muy puesto en la verdadera historia de la locura hitleriana, y en su juventud no había conocido más que las victorias del Führer gracias a la propaganda franquista, iba asintiendo de vez en cuando, sabedor de que aquel caso pronto iba a pasar a otras manos.

A su vez, la Guardia Civil, muy sensibilizada con una investigación que le afectaba directamente, logró descubrir, gracias a sus rastreos por la zona entre Hospitalet del Infante

y La Ametlla de Mar, el arma del crimen, diecisiete cartuchos, la pistola de la víctima y el pasaporte robado que llevaba Georg cuando entró en España. Entre los objetos requisados al alemán, el juez se interesó por el medallón de Napoleón III, pero ante las dificultades de este para explicar dónde lo había obtenido, acabó por olvidarlo. No era precisamente esa la cuestión que se estaba ventilando.

Las previsiones del magistrado de Reus no se hicieron esperar demasiado. Considerando que se trataba de un delito sometido a la jurisdicción militar, decidió inhibirse del caso y pasar la instrucción del mismo a dicha instancia. De acuerdo con la legislación vigente, el asesinato de un guardia civil, considerado miembro del Ejército, podía ser catalogado de insulto a la fuerza armada con resultado de muerte. Una curiosa forma de definir la eliminación de una vida humana.

El director del centro penitenciario de Tarragona se llamaba Gregorio Mesquida Manresa, un funcionario que ya rondaba los sesenta años y pretendía jubilarse en cuanto cumpliera dicha edad. Aquellas navidades, el ministro de Justicia le había propuesto para la medalla de plata al Mérito Penitenciario por la feliz resolución de un motín carcelario acaecido el 25 de noviembre, lo que le hacía sentirse muy satisfecho de sí mismo.

Sin embargo, en cuanto conoció la noticia de que uno de sus presos iba a pasar a la jurisdicción militar, comenzó a presentir lo peor. En los consejos de guerra, la posibilidad de

que una causa acabara recibiendo una sentencia de muerte era muy superior a la que podía alcanzarse en cualquier tribunal civil, y don Gregorio no quería marcharse a su casa con un amargo sabor de boca. De hecho, incluso le costó informar del cambio a su recluso polaco.

—Chez, te he mandado llamar porque acabo de recibir una notificación del juzgado de Reus —le dijo tímidamente cuando por fin se hubo decidido. Por mucho que dijeran, aquel extraño extranjero no parecía ningún criminal.

Heinz —o Georg, tanto da— asintió dócilmente.

—Chico, te van a juzgar por lo militar. Eso no significa nada, en este país las cosas funcionan así. Has matado a un guardia, y eso es muy grave, así que tendrás que vértelas con los militares.

Los ojos del alemán parecían vacíos, como si aquello no fuera con él.

—... Y tendrás que escoger un abogado defensor. De hecho, desde la capitanía general también me han pasado una lista para que lo elijas ahora mismo.

Nada, ni un gesto.

—Pero, ¿tú entiendes lo que te estoy diciendo?

—Ja, ja, juicio.

El castellano de Heinz dejaba mucho que desear, y don Gregorio no sabía cómo explicarle —en realidad tampoco le apetecía demasiado— lo delicado de su situación. Al final, decidió cortar por lo sano y quitárselo de en medio.

—Bueno, mira. ¿Ves estos nombres? Pues señala uno.

El polaco-alemán tomó el folio que le ofrecían e interrogó a su interlocutor con los ojos.

—Marca uno, cualquiera vale. De hecho, no creo que el elegido te vaya a ser de mucha utilidad.

Viendo que Heinz no lograba entender de qué iba el asunto, don Gregorio acabó decidiendo por él.

—A ver, ¿te parece bien este? Capitán Rafael de Montemayor y Marichalar. Con ese nombre debe de tratarse de alguien importante.

—Ja, ja.

—Pues nada, una cosa menos en la que pensar. Ya puedes volver a tu celda.

Heinz Chez nunca llegaría a conocer al tal Rafael de Montemayor. De hecho, desde que su caso pasó a la jurisdicción militar, dejaron de llamarlo a declarar y su vida en la prisión transcurrió sin apenas sobresaltos. Pese a sus reticencias iniciales, derivadas del escaso conocimiento del

castellano y de la desconfianza propia de alguien que ya había pasado por diversas cárceles comunistas, el convivir con numerosos presos en un espacio tan reducido hizo inevitable que surgieran algunas relaciones personales. Relaciones que, en algún caso, se convirtieron en una incipiente amistad.

Tal y como ocurrió con José Flor, un portugués encerrado por robo en la misma celda que el alemán. De él aprendió Chez numerosas palabras en castellano, aunque con un marcado acento luso.

Gracias a sus contactos carcelarios, que le ayudaron a redactar la instancia, pudo el alemán presentar una solicitud para trabajar en los talleres de la prisión. Lo hizo más para pasar el tiempo sin pensar demasiado en su destino que por los escasos emolumentos que podría obtener con su trabajo. De esta forma, a mediados de abril, cuando ya llevaba casi cuatro meses encerrado y creía que se habían olvidado de él, uno de los celadores le anunció que al día siguiente comenzaría con su nueva tarea.

—Y de lo mío, ¿qué hay? —aprovechó para preguntar.

—Ay, polaquito, polaquito. No tengo ni puta idea. Aquí, en España, las cosas suelen ir muy despacio.

¡Qué diferencia con la eficaz justicia de la Alemania comunista! Allí todo se resolvía en muy poco tiempo,

aunque, en esencia, el resultado fuera más o menos el mismo, es decir, la pérdida de la libertad.

De esta forma, durante seis horas al día Chez se dedicaba a montar sillas plegables y hamacas para playa, que luego eran vendidas en tiendas especializadas. Según parece, más de uno de estos productos acabó siendo adquirido por el dueño del campin Cala de Oca.

Sin embargo, y aunque el alemán se mantenía ajeno a ello, la maquinaria judicial seguía su curso. Puesto que el capitán De Montemayor decidió rechazar la defensa de Chez por no considerar dicha tarea acorde con su ilustre apellido, desde la capitanía general de Cataluña, y sin consultar en esta ocasión con nadie, se nombró como nuevo abogado defensor al capitán Carlos Berrueco Quintanilla, quien tampoco se preocupó demasiado por su cliente.

Por el bando de la acusación, el asunto se llevaba con una mayor eficacia. En primer lugar, el juez instructor, un comandante llamado Ángel de Aizpuru Moris, ex miembro de la División Azul galardonado con la Cruz de Hierro de segunda clase alemana, se encargó de ir acumulando cualquier información que permitiera la condena de Chez. De hecho, y gracias a las gestiones de la brigada criminal de Barcelona, se logró relacionar al alemán con el intento de asesinato de un guardia civil en el puerto de Barcelona la noche del pasado 13 de diciembre. La muerte, pocos días después, de otro agente en un campin de la provincia de

Tarragona, había disparado todas las alarmas, de forma que en cuanto se capturó al sospechoso del crimen todas las autoridades policiales quisieron conocer su identidad. Y gracias a las fotografías realizadas a Chez en el momento de su detención, los testigos del incidente de Barcelona, entre los que se encontraban el dueño y algunos clientes del bar donde había comido el alemán, así como el propio guardia civil herido, no tuvieron demasiada dificultad en reconocerlo como el individuo que había merodeado toda aquella tarde por el puerto buscando un barco de bandera holandesa. Por lo tanto, el encausado iba a ser juzgado no por uno, sino por dos delitos de insulto a la fuerza armada con resultado, en un primer caso, de lesiones, y de muerte en el segundo.

Fue tal la eficacia de las gestiones policiales españolas que incluso se logró establecer la verdadera identidad del detenido. Nadie discutía su origen alemán, aunque la rocambolesca historia que había contado ofrecía diversas lagunas difíciles de creer. De forma que, aprovechando los servicios de la Interpol, se enviaron a la Alemania Federal las huellas dactilares de Chez, obteniendo como resultado diversos informes que identificaban correctamente al detenido de la cárcel tarraconense.

Así, se supo que el alemán no era ningún santo, pues ya había contra él una orden de busca y captura dictada por el tribunal de primera instancia de Oberhausen, que lo acusaba de intento de corrupción, amenazas y grave atentado contra el pudor. En la misma documentación se incluía información

del fiscal general de Bonn destinada al juez militar español instructor de la causa, donde se reconocía la identidad del supuesto Chez, cuyo nombre era en realidad el de Georg Michael Welzel. Un dato que, sin embargo, no trascendió a la prensa por no considerarse de interés y para evitar la posible intromisión de las autoridades de la Alemania Federal en el caso, un país con el que, a diferencia de lo que sucedía con Polonia, España mantenía relaciones diplomáticas. Aceptando la ficción del origen polaco del preso, las cosas resultarían sin duda más sencillas. De hecho, el propio Chez nunca sabría que su verdadero nombre y su lugar de nacimiento eran perfectamente conocidos por el juez que instruyó su caso.

El comandante De Aizpuru recibió también instrucciones de sus superiores para que le buscara al alemán un defensor civil. Aquellos no eran ya los tiempos de la posguerra, cuando los consejos de guerra se ventilaban en un santiamén, y los abogados defensores con rango militar se limitaban a solicitar clemencia o simplemente a callar. A pesar de su régimen dictatorial, España se vanagloriaba de ser un país donde se respetaban los derechos de los encausados, por lo que poner a un simple capitán defendiendo un caso como aquel ya no era de recibo. Sin duda con un civil al frente se obtendría una imagen mucho más amable, aunque la sentencia acabara siendo la misma que con un militar.

El elegido por De Aizpuru era el conocido de un conocido suyo; se llamaba Jordi Salvà Cortés y estaba inscrito en el Colegio de Abogados de Tarragona. Con apenas treinta años, carecía de cualquier experiencia en aquel tipo de causas. Además, sabía que no iba a cobrar minuta alguna del encausado que debía defender. Sin embargo, percibiendo la gravedad del asunto, decidió hacer todo lo que pudiera por el alemán, sabedor de que un caso de sangre como aquel podía otorgarle cierta fama en el mundillo de la abogacía.

Su primera visita a la cárcel la realizó Salvà a finales de abril. Para entonces ya se había hecho una idea de la causa, e incluso disponía de casi todos los informes y documentos acumulados por el juez instructor, aunque todavía no tenía clara cuál iba a ser la pena solicitada en el juicio. Aizpuru le había hablado de treinta años, pero con los militares nunca se podía uno fiar demasiado.

La entrevista con Chez —el abogado nunca fue informado de la verdadera identidad de su defendido, y siempre creyó que se trataba de un huérfano polaco con un origen germánico— tuvo lugar en un locutorio de la prisión. El alemán se mostró muy contento de que por fin alguien se hubiera acordado de él, manifestando en todo momento su satisfacción por la presencia del letrado.

—Gracias, muchas gracias —decía, esbozando a la vez una media sonrisa sumisa.

—No tienes que agradecerme nada, Heinz, estoy aquí como abogado de oficio y mi misión es la de intentar salvarte. Aunque no lo vamos a tener nada fácil. Se te acusa de varios delitos, siendo los más graves los dos de asesinato contra agentes del orden, uno consumado y otro en grado de tentativa.

—¿Dos?

—Sí, el de Barcelona y el del campin de Hospitalet.

—¿De Barcelona?

—Sí, según dicen, pocos días antes de..., disparar contra el guardia civil del campin, hiciste lo mismo contra otro guardia en el puerto de Barcelona.

Heinz, a quien nadie le había preguntado por el asunto del puerto, decidió negar de forma improvisada su relación con aquel hecho.

—No, no... Yo no estuve nunca en Barcelona. No sé nada de otro tiroteo.

—Pues tienen a varios testigos de aquel suceso que te han reconocido por las fotos que te sacaron.

—No, no..., imposible, yo no fui.

El abogado optó por no insistir. Con la muerte de un guardia había más que suficiente para encerrar de por vida a su cliente.

—Bien, dejaremos eso de momento. Ahora hágame de lo que ocurrió en el campin. Porque eso sí que lo reconociste, ¿no?

—Sí —aceptó resignadamente Heinz tras unos segundos de silencio.

—¿Te obligaron a hablar?, ¿te pegaron?

—No.

—En el momento de la detención, ¿te reconoció algún médico?

—No... Bueno, aquí en la cárcel, sí.

—De acuerdo. ¿Conocías al guardia civil?

—No.

—¿Por qué le disparaste?

—Me asusté. Creí que él iba a hacerlo antes y decidí adelantarme.

—¿Estabas nervioso?

—Sí.

—¿Por qué?

—No había dormido en toda la noche, y además, tenía un arma.

—Una escopeta robada, ¿no?

—Sí.

—Bueno, bueno... A ver cómo arreglamos eso.

Salvà meditó durante unos instantes. No parecía sentirse muy satisfecho con lo que acababa de oír, y pronto empezó a notar la sensación de que aquella causa quizá le iba algo grande. «Mal asunto —pensó—, si nada más comenzar ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado el caso, la cosa no va por buen camino...» Tendría que hacer un gran esfuerzo por sobreponerse al desánimo si realmente quería salvar el pellejo del alemán.

Heinz le observaba; en sus ojos parecían percibirse también las dudas de su abogado.

—Por favor..., haga algo..., ayúdeme.

Salvà notó un nudo en la garganta. El mismo que podría llegar a ahogar a su defendido si no lograba librarlo del garrote.

—Lo haré, te lo prometo —le aseguró.

—¿Tiene tabaco?

—Sí, quédate el paquete. Y ahora voy a tener que marcharme, pero en una semana volveré a visitarte. Para entonces creo que tendré una estrategia para salvarte.

El abogado no tenía ni idea de cuál iba a ser la estrategia a seguir, pero el compromiso adquirido le obligaba a encontrar una. Por su cabeza habían cruzado ya varias posibilidades, todas ellas, después de un somero análisis, rechazadas por absurdas.

«Dios mío, yo no soy la persona adecuada...», no hacía más que repetirse Salvà cuando abandonó la prisión. Sin embargo, también estaba firmemente convencido de que a los militares poco les importaba quién fuera el abogado defensor, siempre y cuando se tratara de un civil. Su papel no era más que pura fachada de cara a la opinión pública, pues la sentencia parecía estar decidida de antemano. Y no le hubiese extrañado lo más mínimo que incluso se guardara ya redactada en algún cajón de capitanía general.

«Lucharé por él... Se lo he prometido, y así lo haré.»

Enajenación mental transitoria. Esa sería la estrategia, la única suficientemente razonable y justificada que había sido capaz de encontrar. Salvà alegraría que, en el momento de disparar al guardia civil en el campin, Heinz se sentía tan

atemorizado que perdió la noción de la realidad. La muerte se produjo, pues, en un momento de enajenación mental transitoria. Un atenuante muy socorrido en los juicios. En cuanto al asunto del puerto de Barcelona, si el polaco insistía en que él no tenía nada que ver, tendría que desmontar como fuera las declaraciones de los testigos que lo inculpaban.

Con ese argumento, Salvà remitió al juez instructor la solicitud de que su defendido fuera sometido a un análisis psiquiátrico, a fin de determinar si en el momento de los hechos se había visto sometido a un miedo insuperable que le empujó a disparar. De Aizpuru aceptó la petición, y como consecuencia de ello, dos psiquiatras, uno civil y otro militar, se presentaron dos días después en la prisión de Tarragona para evaluar al encausado.

El capitán Manuel Ruiz, jefe de los servicios de neurocirugía del hospital militar del Generalísimo de Barcelona, fue quien llevó la voz cantante. El médico civil, doctor Fernando Araujo, se limitó a aceptar pasivamente todo lo dispuesto por el oficial militar y a tomar nota de las respuestas de Chez.

—Vamos a ver, señor Chez. A petición de su abogado, nos vemos obligados a hacerle unas cuantas preguntas.

El encuentro tuvo lugar en el mismo locutorio de la prisión. La visión del uniforme militar en un principio sobresaltó a Chez, aunque al entender que se trataba de un médico

desplazado hasta allí por encargo de su abogado, pensó que lo más prudente sería colaborar con él. En definitiva, ya había pasado por todo aquello en la Alemania oriental, y quizá en España todo acabara resultando muy similar.

—Sí, sí, yo respondo —aceptó.

—Bien, vayamos al grano. Según ha reconocido usted en el curso de la instrucción del caso, el día 19 del pasado mes de diciembre disparó usted contra un agente de la Guardia Civil causándole la muerte, ¿no es así?

—Ja, ja, sí, disparé, pero porque estaba...

—No se preocupe —interrumpió bruscamente el capitán—, ya determinaremos nosotros cómo estaba usted en ese momento. Simplemente límitese a responder a nuestras preguntas con claridad y concisión.

—Sí, sí, ja, ja, perdone.

—En el momento de disparar al guardia, ¿considera usted que su entendimiento y voluntad se encontraban distorsionados o sometidos a deficiencias, alteraciones o enfermedades mentales?

El alemán observó embobado a su interlocutor, quien, con su sonrisa, apenas dejaba entrever el sentido de su pregunta.

—Responda, por favor —insistió el capitán.

—No..., no sé.

—¿Sí o no?, ¿se encontraba usted bien?

—Sí, bien, me encuentro bien.

—Entonces, ¿no padecía usted ningún trastorno?

—No.

El psiquiatra civil iba apuntando metódicamente cada una de las declaraciones del encausado, sin intervenir en nada más. Parecía perfectamente aleccionado sobre su cometido en aquel asunto.

—Entonces, ¿era usted consciente de lo que hacía cuando disparó?

—Sí, sí, ja, ja.

—En ese caso, considero que no es necesario continuar. ¿Está de acuerdo, doctor Araujo?

—Sí —respondió escuetamente el aludido, rompiendo así su mutismo.

—Pues entonces hemos terminado. Adiós y muchas gracias.

Los dos psiquiatras se levantaron de la mesa y salieron con sus papeles, dejando al alemán sumido en la confusión. De

hecho, cuando le dieron la espalda, todavía estaba intentando comprender qué habían ido a hacer ambos médicos a la prisión.

El escrito remitido a Salvà era tan escueto que ni siquiera podía catalogarse de informe. Incluía solamente dos puntos, donde se determinaba lo siguiente:

1- Que reconocido el súbdito polaco que dice llamarse Heinz Chez, no se encuentran perturbadas sus facultades mentales, no existiendo por tanto enfermedad o trastorno psíquico.

2- De la exploración psiquiátrica practicada no se desprende que el miedo insuperable pudiera actuar en los hechos que se le imputan al procesado.

Firmaban el documento los doctores Araujo y Ruiz.

Salvà acudió de inmediato a la prisión, buscando conocer cómo se había procedido al análisis. Encontró a Chez bastante animado, y nada más verlo le explicó que unos médicos le habían pasado consulta y que le habían encontrado bastante bien.

—Pues siento decirte que eso no es nada bueno —le informó el abogado rechazando así su optimismo.

—¿No? —se extrañó el polaco.

—No, ni de coña. Pero, ¿a ti dónde te pasaron la consulta?

—Aquí.

—¿En el locutorio?, ¿con la mampara de por medio?

—Sí.

—Joder, menuda gentuza.

Salvà regresó a su despacho muy indignado, y lo primero que hizo fue remitir una nota de protesta al juez instructor. Dos días después, una tarde de finales de mayo, recibió la respuesta —una mera justificación de la labor de los psiquiatras—, acompañada del escrito de conclusiones preparado por el fiscal del caso, en el que se especificaban las penas que este pretendía pedir.

«... se solicitará al tribunal la pena capital por el delito de insulto a Fuerza Armada con resultado de muerte», leyó en voz alta el abogado.

En el mismo documento se incluía la lista de testigos a los que el fiscal pretendía interrogar durante la vista del juicio, entre los que se incluían personas de las que Salvà no había oído hablar nunca. Por lo que pudo entender, su defendido sería juzgado tanto por dos asesinatos —uno de ellos en grado de tentativa— como por robo, coacción —en la persona de la camarera del campin—, falsificación de pasaporte y otros delitos de menor envergadura cuyas penas

aplicables, comparadas con la de ejecución, apenas le preocupaban.

«Lo quieren matar —comprendió por fin—, se lo quieren cargar...»

Aquel verano, Salvà apenas pudo gozar de unas verdaderas vacaciones. El proceso contra Chez avanzaba a marchas forzadas, lo que únicamente le permitió pasar algún fin de semana junto a su familia en las playas vecinas a Tarragona. El lunes 3 de septiembre, con un rostro perfectamente bronceado tras dos días de relativo descanso, en los que no dejó ni un momento de pensar en cómo salvar a su cliente, visitó por tercera vez la prisión donde este se encontraba. Se aproximaba la hora de la verdad, y sus escasas posibilidades se iban desvaneciendo como pompas de jabón.

Chez continuaba inmune a lo que se estaba cociendo a su alrededor. Probablemente ello se debía a que no era muy consciente de que lo que estaba en juego era su propia vida. Y Salvà había acudido allí, entre otras cosas, para hacerle ver la cruda realidad y concienciarle de que en el juicio tendría que mostrarse extremadamente convincente. Habiéndose reconocido ya como autor de los disparos que habían causado la muerte del agente, él, y solo él, tenía la clave de su salvación. Únicamente mediante una actuación magistral que lograra llegar a los graníticos corazones de sus jueces podría obtener la salvación de su propia vida.

—Heinz, no quiero engañarte. El fiscal va a pedir la pena de muerte, así que imagino comprenderás lo grave de la situación...

Los ojos del alemán mostraron cierto sobresalto, aunque más por la sorpresa de la noticia, que le cogió algo abstraído, que no por lo que esta representaba.

—¿Cómo se ejecuta en España? —preguntó mostrando cierto tono de curiosidad. Cuando estaba en la Alemania oriental había oído hablar de que también allí existía la pena de muerte, que se aplicaba mediante un disparo en la nuca del reo, y creía que en España debía de llevarse a cabo de una forma similar.

—Pues..., no sé, si te juzgan en un consejo de guerra imagino que será mediante fusilamiento.

—¿En un paredón?

—Supongo... Pero a ti no te van a matar, quiero que te convenzas de ello. Aunque para evitarlo tendrás que hablar muy claro y contarles lo que voy a decirte. Y si no te ves capaz de hacerlo en español, no te preocupes, pediré que puedas hacerlo en alemán y que esté presente un traductor.

—Sí, ja, bien, dime...

—Escucha con atención, y si hay algo que no entiendas, pregúntamelo. Tenemos poco tiempo, tu juicio comenzará el

jueves día 6. No debes salirte ni un ápice del camino que voy a marcarte. ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

—Pues bien. Vamos allá. Tienes que hacerles creer que, en el momento de disparar, estabas tan asustado que no sabías lo que hacías. Asustado, muy asustado, ¿lo entiendes? Muerto de miedo.

—Sí, asustado, mucho miedo.

—Eso. Has oído hablar de la Guardia Civil y de cómo las gasta en un país carente de libertades... Bueno, eso ya lo diré yo. Tú simplemente límitate a decir que, en cuanto viste entrar al agente, te entró el pánico porque creías que iba a detenerte. Acababas de entrar ilegalmente en un chalé de Cambrils, donde habías robado algunos objetos, y consideraste que iba a por ti. Le viste mover la mano en dirección a su cartuchera e imaginaste lo peor. Sin darte cuenta, le disparaste. Lo hiciste de forma inconsciente. Luego te arrepentiste, y la prueba es que no le hiciste ningún daño a la camarera, la única testigo de lo ocurrido, y la única persona que podía identificarte. La dejaste marchar y fue por ella por lo que te reconocieron. Muéstrate compungido...

—¿Compungido?

—Sí, apenado, dolorido. Incluso debes pedir perdón al tribunal y a los parientes de la víctima. ¿Sabrás hacerlo?

—Sí, ja, pediré perdón. En alemán y en español. Y me mostraré muy compungido..., y declararé que aquel día tenía mucho miedo.

—Bien, veo que me has entendido.

—No te preocupes, sabré hacerlo de puta madre... — concluyó Heinz empleando el mismo vocabulario que se manejaba en la prisión.

«Más te vale», pensó Salvà guardando sus papeles.

Capítulo 6

1

10-12 de febrero de 2012

El viernes 10 de febrero de 2012 Adrián se presentó en su centro de trabajo como si nada hubiera sucedido. Apenas habían transcurrido cinco minutos desde su llegada que ya tenía al jefe de estudios merodeando a su alrededor en busca del documento que justificara su ausencia del día anterior.

—¿Me has traído el papel del médico? —le preguntó Mariano sin demasiada sutileza. Nada de las fórmulas habituales de cortesía como «¿qué tal te encuentras?» o «me alegro de que ya estés mejor». En el instituto, los

profesores estaban firmemente convencidos de que, en el imaginario del jefe de estudios todos, sin excepción, deberían trabajar encadenados a sus mesas de aula ocho horas al día durante seis días a la semana. Y con únicamente quince días de vacaciones en verano. Una situación de práctica esclavitud que, desde una perspectiva objetiva, convertía en un acto de bondad cualquier medida de recorte y ampliación de la jornada laboral docente dispuesta por el gobierno del Partido Popular.

—Pues no, lo lamento, me encontraba tan mal que ni pude acudir a la consulta —se justificó Adrián.

El jefe de estudios ensayó una mueca de rechazo. En su mente no cabía la posibilidad de que ninguna ausencia justificada careciera de su correspondiente documento. De hecho, en cierta ocasión había llegado a pedir un certificado acreditativo del sacerdote oficiante de la ceremonia, para dar por buena la ausencia de un profesor que había asistido al entierro de su madre.

—Ah, no, no, ya sabes que necesito del papel del médico —insistió.

—Y yo te estoy diciendo que no lo tengo.

—Puedes ir hoy a pedirlo.

—Pero es que hoy ya estoy bien.

—Y yo necesito el papel.

«Menudo pelmazo», pensó Adrián.

—De acuerdo, iré esta tarde —accedió al fin el profesor para quitarse a Mariano de encima—. Y no me moveré de la consulta hasta que no me den el justificante.

Satisfecho con la respuesta, Mariano pasó a dar la murga a otro profesor que, el día anterior, había llegado con retraso al instituto a causa de una oveja. Esta había aparecido de improviso en la carretera obligándole a girar bruscamente el volante de su coche, con el consecuente patinazo y el inevitable choque contra una señalización.

«¿Y qué pretendes, que te traiga un papel firmado por la oveja?», le oyó protestar Adrián mientras se dirigía a su correspondiente clase.

A pesar de estos pequeños contratiempos, la mañana resultó fructífera. Aprovechando que sus alumnas del Programa de Cualificación Profesional Inicial, rama de Peluquería, se mantenían entretenidas buscando en el aula de ordenadores las distintas lenguas habladas en África —que, por suerte, eran muchas y de muy variopintas denominaciones—, el profesor se dedicó a fotocopiar gratuitamente los documentos del señor Miralles en la conserjería del centro, argumentando que se trataba de un dossier destinado a un grupo de alumnos de bachillerato,

supuestamente encargados de elaborar un trabajo sobre los últimos años del franquismo. A pesar de su interés por poseer aquellos papeles, no estaban los tiempos para gastos extraordinarios, por pequeños que estos fueran.

A continuación, y tras amansar de nuevo a las futuras peluqueras con un mapa mudo de África, que estas debían cumplimentar colocando las distintas áreas lingüísticas de dicho continente, Adrián se dispuso a telefonear al hijo del señor Miralles desde la secretaría del centro.

—Pero, profe, ¿esto de qué nos va a servir? Yo lo que quiero es hacer permanentes y teñir pelos, no saber las putas lenguas africanas de la madre que las parió —le preguntó una de las alumnas, frenando así su marcha.

—Por favor, señorita, cuide ese vocabulario o tendré que amonestarla. Y en cuanto a la utilidad del mapa, un buen empleo de los colores adecuados puede ayudarle a desarrollar combinaciones de gran calidad estética, que luego resultarán muy útiles a la hora de teñir cabellos.

—Profe, no entiendo lo que dices, coño.

—Mire, digo que haga lo que le mando y no proteste, por favor. Son cosas del temario y de la programación didáctica.

—¡Pues vaya puta programación, la madre que la parió!

Adrián abandonó el aula suspirando ruidosamente, el único recurso de que disponía para enfrentarse al lenguaje de aquellas delicadas damiselas y expresar un fingido disgusto. Sabía que, en su ausencia, estas harían de todo excepto el trabajo que les había mandado, aunque tampoco le importaba demasiado. De la misma manera que ellas tenían sus prioridades, él también tenía las suyas, y mientras todos pudieran satisfacerlas, todo iría bien, por mucho que Mariano se empeñara en afirmar lo contrario.

Al primer intento no lo consiguió. Sin embargo, a última hora de la mañana, cuando se disponía a abandonar el centro tras concluir su jornada laboral, volvió a intentarlo. En esta ocasión le respondieron.

—¿Domicilio del señor Miralles?

—¿Por quién pregunta? —inquirió una voz femenina de edad indeterminada desde el otro lado del auricular.

—Por el señor Miralles hijo. Estoy al corriente de que el señor Fermín Miralles ha fallecido recientemente, y me gustaría hablar con su hijo.

Transcurrieron algunos segundos de silencio, hasta que la mujer se decidió a continuar.

—¿De parte de quién?

—Mire, usted no me conoce. Mi nombre es Adrián Moler, y soy la persona que descubrió el cadáver del señor Miralles. No sé si la policía les ha hablado de mí.

—Pues..., sí. Pero no estoy segura de que mi marido quiera hablar con usted.

—Le comprendo perfectamente, pero me gustaría excusarme personalmente y pedirle perdón. Además, tengo algo que le pertenece.

—No me diga que aparte de entrar ilegalmente en la granja se llevó algo...

—Sí, bueno, se trata únicamente de unos papeles. Es que soy profesor de Historia en el instituto de Binéfar y me pudo la curiosidad. Pero quiero devolverlo todo, si su marido fuera tan amable de atenderme.

—Bueno..., no sé, le pasaré con él.

Transcurrieron varios segundos, durante los cuales el profesor pudo escuchar lejanos sonidos de movimientos y voces, hasta que de nuevo volvieron a coger el auricular.

—Diga —exclamó alguien con energía.

—¿Señor Miralles?

—Sí, ¿qué quiere?

—Ante todo, darle mi más sincero pésame por la muerte de su padre.

—Sí, sí, ya, diga, diga —el hombre parecía tener prisa o no encontrarse muy a gusto con aquella conversación—. Mi mujer ya me ha dicho quién es usted.

—En ese caso, simplemente quería pedirle que me recibiera para charlar de algo relacionado con su padre. Al descubrir su cuerpo en la granja, cogí unos papeles y...

—Podía usted haber avisado a la policía. Quizá si lo hubiéramos cogido a tiempo se habría salvado. No sé si es usted consciente.

—Sí, ahora que sé de qué murió, sí, y, de verdad, lo lamento muchísimo. Pero en aquel momento me asusté.

—¿Y qué hacía usted en la granja?

—¿No se lo ha explicado la policía?

—Algo me han contado de un radar.

—En el fondo una chiquillada. Por culpa de una multa por exceso de velocidad me dio por romper ese radar. Y en ese momento apareció un coche de los mossos d'esquadra y me escondí en la granja. Una chiquillada, ya ve usted...

Como su interlocutor no quiso comentar nada al respecto, Adrián continuó con su historia.

—Pues eso... Encontré el cuerpo de su padre, me entró el pánico y salí corriendo de allí. En ningún momento imaginé que pudiera tratarse de un ictus cerebral, más bien creí que algún ladrón lo había... matado.

—Por lo que dice mi mujer, el ladrón fue usted.

—Bueno, sí, me llevé unos papeles. Aunque me gustaría devolvérselos. Son unos documentos que al parecer fueron escritos por su padre.

—¿Los ha leído?

—Sí, soy profesor de Historia, ya se lo he dicho a su mujer. Fue por pura curiosidad profesional. Pero, insisto, me gustaría devolvérselos en mano y comentarlos con usted.

—Desde luego, es usted un caradura.

—Comprendo su enfado, pero intentemos ser razonables. Yo solo pretendo restituirle lo que es suyo.

—Envíemelos por correo.

—¿Y no podría usted recibirme personalmente? Resulta que son unos documentos muy interesantes, que parecen ser el esbozo de una autobiografía escrita por su padre.

—¿Por mi padre? Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque mi padre nunca me habló de ello, y ni cartas escribía.

—¿Podemos vernos y tratarlo personalmente, por favor?

—Está bien —accedió por fin el hijo del señor Miralles, acaso picado por la curiosidad—, venga esta tarde a Almacelles sobre las cinco, ¿sabe la dirección?

—¿Es la misma que aparece en el listín telefónico?, ¿la misma de su padre?

—Sí, vivía con nosotros.

—De acuerdo, a las cinco. Y muchísimas gracias.

Adrián abandonó el centro muy satisfecho de su gestión. De camino a casa se cruzó con varias madres de alumnos que le saludaron displicentemente. Una de ellas, cuya mayor proeza vital era, aparte de los tres críos gordezuelos que correteaban a su alrededor, haber traído al mundo a la más estúpida de sus alumnas peluqueras, le preguntó:

—Hola, profe, ¿qué tal se ha portado hoy mi Sarita?

—Como siempre, es decir, sin salirse de lo que nos tiene acostumbrados.

—Es que mi Sarita es mucha Sarita.

—Y que lo diga usted, señora. Orgullosa podría sentirse de su progenie, la cual, por lo que observo, sigue sus mismos pasos.

—Eso, eso —concluyó la señora sin comprender una palabra de lo que le acababan de decir.

A las cinco de la tarde, puntual como en una parada militar, Adrián se presentó en el domicilio del señor Miralles, ubicado en una casa adosada de las afueras de Almacelles, justo al lado de la piscina municipal. Le atendió un individuo aparentemente de su misma edad que, aunque casi completamente cano, conservaba todo su pelo. Empleando un acento netamente catalán que delataba su origen, se presentó como Julián, hijo de Fermín Miralles, a quien el profesor volvió a manifestar sus condolencias.

—¿Cuándo será el entierro? —se interesó a continuación—. Me gustaría asistir.

—Si todo va bien, este domingo. La policía aún no nos ha entregado el cadáver. Y ahora, pase. Si le apetece, tomaremos café. Mi mujer no está, pero lo ha dejado todo preparado. Y mis dos hijos están por ahí, con sus amigos. Ya son mayorcitos. Así que estamos solos.

Adrián constató que buena parte de la agresividad manifestada por el hijo del difunto Miralles durante la

conversación telefónica de la mañana había desaparecido. Notó además cierta tristeza en sus ojos, sin duda fruto de la pérdida que acababa de padecer. Se acomodaron en sendos sofás ubicados en una sala pequeña, frente a los que se encuadraba una mesita con una jarra térmica de café, dos tazas y un azucarero, todo ello de color blanco. Tras los asientos, un amplio ventanal ofrecía vistas al jardín trasero de la casa.

—¿Quiere alguna copa? —le ofreció Julián mientras servía la humeante infusión.

—No, gracias. En cuanto terminemos quiero volver a Binéfar, y ya se sabe que hoy día no se puede jugar con el alcohol si se tiene intención de conducir.

—Por las multas, claro. ¿Sabe lo que le digo? A mí también me entraron ganas, en más de una ocasión, de destrozar el radar de la carretera.

Aquella frase cómplice rompió definitivamente el hielo que en algún momento pudiera haberles separado.

—Es que ya era la tercera vez que me pasaba —dijo Adrián—. En una recta con total visibilidad es una tontería obligarte a circular a menos de 90 kilómetros.

—Tiene usted toda la razón.

—Pero eso no es motivo para comportarme como me comporté, y reitero por ello mi petición de perdón por no haber hecho nada por su padre.

—No se preocupe. Parece ser que cuando usted apareció por la granja ya llevaba varias horas muerto. Tenía problemas cerebrales, ¿sabe usted?

—Bueno, no lo conocía, pero imagino que a su edad...

—En parte la culpa quizá fue mía. No debí dejarlo solo en la granja. Pero él siempre se empeñaba... A su edad... Le gustaba levantarse pronto y ocuparse personalmente de los animales. Ese día lo llevé a la granja y me dijo que quería quedarse a dormir allí. Disponía de una pequeña habitación con televisor y todo. Al día siguiente tenía que ir a buscarlo y fue cuando lo encontré... muerto.

Adrián sorbió de su taza, dejando pasar un tiempo de silencio. No quería insistir en sus condolencias para no ofrecer la impresión de que todo era pura retórica formal. Había que pasar al tema de los documentos cuanto antes, no fueran ambos a caer en una dinámica de lamentos y pésames reiterativos que poco tenían que ver con el motivo de aquel encuentro.

—En fin, ahora ya nada puede hacerse..., veamos esos papeles que dice usted que encontró —dijo Julián

cambiando el sentido de la conversación. Parecía haber leído los pensamientos de su interlocutor.

—Sí, claro, los traigo aquí, en mi carpeta.

El profesor extrajo cuidadosamente los documentos, convenientemente ordenados y clasificados, y se los pasó a su anfitrión. Este los cogió y comenzó a ojearlos sin poner demasiado interés. Parecía mediar mucha distancia entre lo allí escrito y los propios pensamientos de Julián.

—¿Lo ha leído todo? —inquirió.

—Todo, incluidos los recortes periodísticos.

—Para serle sincero, no los había visto nunca. ¿Y dice usted que estaban junto al cuerpo de mi padre?

—Sí.

—¿Y usted cree que esos folios mecanografiados pudo escribirlos él?

—La verdad, no sé... Suenan a autobiografía, están redactados en primera persona y cuentan la historia de un hombre que podría tener perfectamente su misma edad. La de su padre, quiero decir.

—Pues yo jamás vi a mi padre escribir a máquina. Últimamente había aprendido algo de ordenadores, pero

solo para ver o escuchar zarzuelas. Era un apasionado del género chico. En cuanto a escribir, solo lo hacía con bolígrafo, y únicamente para apuntar direcciones o teléfonos. Ni siquiera recuerdo haberle visto redactar una carta. De pequeño sí, me ayudaba a leer y a redactar trabajos del colegio, pero de ahí a ponerse a contar su vida... Imposible, nos habría dicho algo, o lo hubiésemos descubierto nosotros. Ya le he dicho que vivía en esta misma casa, pero nunca usó máquina de escribir. Y en su escondite de la granja tampoco había nada que se le pareciera. De hecho, ayer estuve revisándolo y no encontré nada relacionado con esos folios.

—Pues, en ese caso, aquí hay algo que falla.

—¿Y qué cuentan esos papeles, si puede saberse?

—En esencia, es la vida de un señor, al parecer catalán, que ya de joven se convirtió en un agitador comunista nada menos que aquí, en la España de Franco. Entre las cosas curiosas que cuenta me ha llamado la atención, como aficionado al cine que soy, la de haber participado con un papel secundario en la película *El verdugo*, de Berlanga, lo que motivó que fuera buscado por un sacerdote cuando se encontraba en Madrid ejerciendo tareas de propaganda política. Aunque no deja muy claro el motivo, parece ser que dicho cura era un censor de los de antes, de esos que cortaban las películas. Luego también afirma haber conocido a un supuesto agente de la Stasi, la policía comunista de la

Alemania oriental, cuando este se encontraba en Barcelona acaso llevando a cabo una misión secreta. Aquí me parece que quien escribió esto exageró un poco. Un comunista alemán en la Barcelona de comienzos de los 70..., no sé, no lo veo nada claro.

—Le aseguro que mi padre nunca me habló de nada de eso. Y en cuanto a que fuera comunista, no... Más bien era tirando a apolítico. Catalanista moderado, pero nada más. Era un hombre de la montaña, no muy hablador ni fantasioso, sino más bien pragmático y con los pies en el suelo. Nació en un pueblecito llamado La Pobla de Segur, y siempre estuvo vinculado a la ganadería. Primero trabajó como pastor; luego puso algunas granjas como la que usted ya conoce. Yo he seguido la tradición familiar e incluso llegué a criar avestruces cuando su carne se puso de moda. Mi hermano pequeño, en cambio, estudió una carrera y ahora es dentista en Lleida... ¿Se cuenta algo de eso en los papeles?

—Nada, no menciona a ningún hijo.

—¿Y qué puede decirme de estos recortes de periódico?, ¿tienen algo que ver con esa supuesta autobiografía?

—Bueno, aquí tenemos uno del *ABC* que hace referencia a la película *El verdugo*. Está fechado el 9 de septiembre de 1963 y cuenta la presentación de la película en el festival de Venecia. Luego tenemos este otro de *El Caso* sobre las últimas ejecuciones mediante el garrote vil en España. Por la

edad que usted aparenta, seguro que las recuerda. Fueron las de un anarquista catalán de nombre Salvador Puig Antich, a quien, por cierto, también le dedicaron una película relativamente reciente. Y la de un polaco del que nadie sabía nada. Eso pasó en marzo del 74.

—Sí, sí, me acuerdo perfectamente. Fue poco después de que se cargaran a Carrero Blanco.

—Más o menos por la misma época, sí. Y por último tenemos este recorte del periódico francés *Libération* donde aparece un artículo anónimo que habla de la ejecución del tal Chez. Lleva fecha de 29 de marzo de 1974, y en él su autor cuenta cómo lo conoció en el puerto de Barcelona. En un principio llegué a suponer que lo había escrito su propio padre, y que el tal Chez bien pudiera ser el mismo individuo que ante él se reconoció agente de la Stasi meses atrás y en esa misma ciudad, pero teniendo en cuenta lo que usted me ha dicho, ya no sé qué pensar. Mire usted lo que se dice aquí:

Adrián carraspeó y comenzó a leer el papel en voz alta:

—«Heinz Chez fue asesinado porque era anarquista, tanto en sus actividades como en su intelecto. Te guardaré siempre en mi corazón, querido Heiz, camarada polaco, quien, entre un vaso de whisky y una cerveza pasó una noche y parte de la madrugada conmigo en un bar del puerto de Barcelona...» Curioso, ¿no?

—Curioso y extraño, la verdad. Todo esto es completamente nuevo para mí.

—¿Y no pudiera ser que estos papeles pertenecieran a algún amigo de su padre? —aventuró Adrián.

—Quizá, aunque lo dudo. Mi padre no tenía amigos tan aventureros...

—Pues en eso caso, ya empiezo a no entender nada.

—Ni yo...

Pasaron cerca de media hora especulando sobre la posible autoría de aquellos escritos, hasta haber agotado todas las posibilidades razonables. Adrián, cada vez más confundido y decepcionado, comprendió que había llegado el momento de marcharse.

—Bueno, señor Miralles, no quiero molestarle más. La verdad es que no hemos aclarado gran cosa, pero el caso es que estos papeles estaban junto al cuerpo de su padre.

—Ahora voy a fantasear un poco. ¿Podría ser que esos mismos papeles no tuvieran nada que ver con mi padre, sino que pertenecieran a alguien que hubiera pasado por la granja y se hubiera encontrado con el cadáver antes de que llegara usted? ¿Y que, asustado, los hubiera perdido en el momento de salir corriendo?

—No sé, me da la impresión de que nos va a resultar muy difícil saber toda la verdad —sentenció el profesor levantándose de su butaca—. Muchas gracias por atenderme, aquí le dejo los documentos. Al fin y al cabo, estaban en la granja de su padre, y por tanto le pertenecen.

—Puede llevárselos otra vez, si quiere. De hecho, usted quizás les saque más provecho.

—No se preocupe, ya los he fotocopiado.

—De acuerdo, en ese caso los guardaré, por si alguna vez logramos dar con su verdadero dueño.

La iglesia parroquial de Almacelles es un edificio sencillo, de corte neoclásico, combinando la piedra de su desnuda fachada con el ladrillo de su campanario. Su construcción se remonta al siglo XVIII, y Adrián, agnóstico por definición, la conocía más por sus componentes histórico-artísticos que por su función religiosa. Sin embargo, aquel domingo por la tarde decidió asistir a la ceremonia que, en ese mismo marco, iba a celebrarse con motivo del sepelio del difunto señor Fermín Miralles.

El templo se encontraba con medio aforo. El profesor paseó sus ojos por los muros del edificio, prácticamente vacíos de imágenes a causa del expolio sufrido durante la guerra civil. Había que matar el tiempo de alguna forma, pues, aunque se había sentido moralmente obligado a acudir

a la misa en memoria del hombre cuyo cadáver él mismo había descubierto, no tenía por qué atender a las curiosas explicaciones del oficiante sobre el más allá, la resurrección de los muertos y los tres días que pasó Lázaro en su tumba antes de regresar al mundo de los vivos.

Los asistentes parecían mostrar algo más de atención por el asunto, aunque Adrián estaba firmemente convencido de que, en el fondo, a nadie le preocupaba demasiado conocer cómo se desarrollaría el Juicio Final pregonado en el Apocalipsis. Una vez concluida su inspección arquitectónica, se dedicó a observar los rostros de los parroquianos. Los había de todas las edades, marcados por profundos surcos o completamente lisos. Incluso descubrió a algún retoño lloriqueante en brazos de su madre, empeñada en que callara a base de zarandeos.

Hasta que se encontró con aquel anciano solitario. Una imagen distorsionada en medio del gentío. Sentado en la esquina de uno de los bancos más próximos a la puerta de salida, parecía envuelto en un halo de misterio. O al menos así lo percibió Adrián, quien, desde que Julián Miralles negara cualquier relación de su difunto padre con los documentos de la granja, no había hecho más que elucubrar rocambolescas explicaciones repletas de intrigas y secretos.

Cuando ambas miradas se cruzaron, el enigmático personaje sonrió al profesor como si lo conociera de siempre.

«¿Qué me está pasando? —se dijo Adrián—, ¿qué tiene de extraño un anciano en el entierro de otro anciano? Además, no es el único viejete...»

Aunque sí era el único que se encontraba solo, ajeno al resto de los asistentes.

«Yo también estoy solo...», se dijo el profesor intentando relajarse. Para ello pensó que quizá resultaría adecuado concentrarse en la ceremonia, que cada vez le recordaba más las misas a las que, de pequeño, se vio obligado a asistir en su colegio, un centro educativo dependiente del obispado de Lleida y dirigido por sacerdotes. Los mismos gestos y las mismas palabras, solo que ahora recitadas en catalán. Llegado el momento de la comunión general, se sentó y volvió a dirigir su mirada al rincón donde había descubierto al anciano.

Pero este ya no se encontraba allí. Intentó situarlo entre los comulgantes, que habían formado una larga fila en el centro de la iglesia, aunque sin éxito. Parecía haberse esfumado entre la multitud.

Aprovechando la confusión del ritual, se dirigió hacia el lugar donde unos minutos antes había descubierto al individuo objeto de su nueva obsesión. Una vez allí, se acercó a la persona más próxima, una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo, y le preguntó:

—¿Conoce usted al señor que hace un momento se encontraba ahí?

—¿Cómo dice?

El profesor repitió la pregunta, esta vez más lentamente.

—¿Ahí? —señaló la mujer.

—Sí, ahí.

—Ahí no había nadie.

El hombre que acompañaba a la señora asintió también con la cabeza. A continuación, ambos volvieron sus ojos hacia el altar, en cierto modo recriminando la actitud poco respetuosa del profesor.

Una sensación de turbación invadió el pensamiento de Adrián. Salió precipitadamente a la calle, donde solo pudo ver a unos cuantos viandantes y a varios jóvenes que, detenidos junto a la escalinata del templo, organizaban su tarde de domingo. Ningún anciano solitario, nadie que pudiera ser el autor de ¿aquellos misteriosos documentos?...

La idea de que aquel anciano pudiera tener algo que ver con los escritos hallados en la granja, aunque muy alejada de lo que el simple raciocinio pudiera aceptar, había calado en el pensamiento del profesor como si de un inesperado ejército invasor se tratara. Ninguna prueba, dato o indicio

permitían aceptar dicha premisa, y sin embargo Adrián, cada vez más alejado de la realidad, la había dado por válida sin aplicar el más mínimo criterio de coherencia.

Ya de noche, y refugiado en su hogar, el profesor se encaró con Merlina en busca de una segunda opinión.

—¿Tú crees que ya me estoy volviendo loco?, ¿que veo visiones? Porque, y de eso puedes estar bien segura, en la iglesia nadie vio al anciano que me sonrió...

La coneja, con una hoja de lechuga a medio comer colgando de su boca, le observó compasiva. Comprendiendo que su dueño precisaba de algún gesto de cariño, dejó a un lado su comida y comenzó a lamerle los dedos con la delicadeza propia de quien está por encima de las banalidades humanas.

—¡Cuánta razón tienes, Merlina! Los seres humanos somos unos idiotas integrales.

2

Tarragona, 1973-1974

En el arzobispado de Tarragona, Jesús Santamaría apenas ejercía más tareas que las puramente administrativas. Advertidos de su condición de sacerdote díscolo, enajenado

y carente de la más mínima capacidad de raciocinio, los rectores de la sede episcopal se habían visto obligados a relegarlo a un rincón del palacio episcopal, donde se dedicaba a redactar informes sin apenas valor, pulir escritos elaborados por otros y fumar como un carretero, uno de los vicios que a causa de sus trastornos más había desarrollado en los últimos años.

De vez en cuando le permitían contactar con aquellos penados de la prisión provincial que precisaran del auxilio espiritual, los cuales, a decir verdad, tampoco es que fueran demasiados. Una forma más de tenerlo ocupado al servicio de los marginados sociales por los que tanto cariño mostraba.

Así, dos tardes por semana se presentaba Jesús en la cárcel para escuchar confesiones y atender todo tipo de peticiones de consuelo. Los domingos celebraba misas en la capilla del lugar, a las que asistía una cuarta parte de la población reclusa, más por pasar el rato que por cualquier otro motivo. Mientras el oficiante realizaba sus rituales de magia, los presos se dedicaban a charlar y discutir entre ellos sobre sus preocupaciones más inmediatas, que no eran precisamente las religiosas.

Así fue como conoció al polaco Heinz Chez, un extraño individuo acusado de haber matado a un guardia civil y que se encontraba en espera de juicio.

El director de la prisión creía en la labor redentora de la oración, por lo que había habilitado una pequeña habitación donde el padre Jesús atendía a los reos que pidieran verle y les instaba a rezar mucho. Dos funcionarios se encargaban de conducirlos hasta él, y mientras los presos se dedicaban a observar discretamente por la ventana que daba a la calle — pues para la gran mayoría ese y no otro constituía el motivo de su interés por las cuestiones del alma—, el sacerdote intentaba hacerles comprender las bondades de la palabra de Dios.

El caso de Chez constituyó una de las pocas excepciones a la norma común. El polaco realmente deseaba hablar con el sacerdote, quizá porque creyera que un hombre de iglesia podría ayudarle a resolver sus problemas penales. Convencido de que España constituía un país donde el clero gozaba de enormes poderes aún en materia de justicia, el saber que su causa era susceptible de recibir una sentencia extremadamente dura le impulsó a pedir un encuentro con Jesús.

Durante la primera entrevista, el polaco se dedicó a desgranar su desdichada vida como huérfano desde muy pequeño, acompañando a feriantes por media Europa y careciendo de la más mínima educación. A pesar de todo, afirmó sentirse muy atraído por el cristianismo en cualquiera de sus variantes, ya que lo consideraba una religión que premiaba el arrepentimiento y propiciaba el perdón de los pecados.

—Yo me siento muy arrepentido de lo que hice, padre, pero no fue culpa mía, se lo juro...

—No jures en vano, a Dios no le gusta... Explícame qué sucedió.

—Me asusté. Creí que el guardia iba a disparar contra mí..., fue un impulso inevitable, y ahora me siento muy compungido, apenado, dolorido... ¿Usted puede ayudarme a convencer de ello a mis jueces?

—Lo intentaré, Heinz, lo intentaré... Pero no te prometo nada. El Ejército constituye una institución muy suya, y no le gusta que nadie atente contra sus miembros del modo que sea. Precisamente yo llevo padeciendo desde hace más de veinte años una de sus injusticias, cometida contra un amigo de juventud. Desde entonces, nunca he simpatizado con los militares, y eso que, por mi tarea, he tenido que convivir con ellos en muchas ocasiones. Son autoritarios, no admiten que nadie les discuta nada, y al constituirse en exclusivos defensores de la patria, se creen únicos poseedores de la verdad.

Chez no comprendió aquella última reflexión. Sin embargo, un sexto sentido le decía que con aquel sacerdote poco en claro iba a sacar. A pesar de ello, siguió insistiendo con su letanía.

—Pero, ¿me ayudará?

—Sí, aunque no sé cómo.

Aquella primera visita concluyó con el cierre de una puerta destartalada tras la marcha del padre Salvatierra, y la sensación, cada vez más asentada en Heinz, de que aquel sacerdote no parecía el más adecuado para consolar a los presos.

La segunda vez las cosas fueron a peor. Habían pasado veinte días desde el primer encuentro, y el polaco estaba a punto de asistir a su propio consejo de guerra. Cara a cara, y observándole fijamente, Chez anunció al sacerdote que el fiscal había pedido para él la pena de muerte.

—Eso no debe inquietarte, Heinz. Estoy en condiciones de asegurarte que hay otra vida después de esta, y que si tú mueres arrepentido y sin dejar ninguna deuda pendiente, Dios te acogerá en su seno.

—Pero yo no quiero morir..., me van a fusilar...

—Te entiendo perfectamente, pero, insisto, no tienes que temer nada. Es más, yo mismo me preocuparé personalmente de que te entierren en sagrado, y así podrás gozar inmediatamente de la bondad celestial, no como mi amigo el soldado Benito Franco... Pese a ser un buen cristiano, al considerarlo falsamente un suicida, acabaron alejándolo de Dios al sepultarlo en tierra sin consagrar. De

ahí que siga penando de un lado a otro sin encontrar el definitivo consuelo...

Ahí ya Chez se perdió del todo, aunque aún alcanzó a comprender que a aquel cura le importaba bien poco cualquier pena que pudieran imponerle, aunque fuera la de muerte.

Jesús vivía sumido en un mundo interior tan restrictivo que cada vez le resultaba más complicado comprender la realidad cotidiana de una forma racional. Los presos, cuando les daba por hacerlo, le contaban historias a las que el sacerdote no encontraba ningún sentido y por regla general nunca acababa de comprender. Su mundo oscilaba entre su conciencia y lo que él consideraba el limbo de las almas perdidas, donde suponía que debía encontrarse su amigo Benito Franco, y en él no tenía cabida nadie más, ni siquiera los penados que le solicitaban apoyo o cualquier tipo de consuelo.

Una de las tardes en que visitó el centro penitenciario, se encontró con que nadie había solicitado sus servicios, ni siquiera aquel polaco tan extraño empeñado en que intercediera por él ante su inmediato consejo de guerra.

—¿Dónde está Chez? —le preguntó entonces al director de la prisión.

—En su celda —respondió el señor Mesquida—. Últimamente lo he visto un poco decaído. Tenga en cuenta que mañana lo juzgan, y que han pedido para él la pena de muerte.

—Vaya, qué contrariedad.

En un momento de lucidez, el sacerdote se interesó por la posibilidad de asistir al consejo de guerra, al objeto de apoyar moralmente al polaco con su presencia.

—Imagino que no habrá ningún problema. La vista es pública, y se celebrará en el gobierno militar. ¿Realmente quiere usted estar presente?

—Si es posible, sí. Ese hombre había puesto su confianza en mí, y yo no he sabido corresponderle. Me gustaría estar a su lado.

—Mañana sin falta hablaré con alguno de los mandos. Usted preséntese allí a las nueve de la mañana, muy puntual. Ya sabe cómo son los militares...

—Allí estaré sin falta.

Sin embargo, por la noche Jesús regresó a su mundo, olvidando por completo a Chez y a todo lo que le rodeaba. En ese ir y venir constante, el sacerdote siempre perdía algo de la escasa lucidez que le restaba.

Al día siguiente, Jesús se despertó temprano, y tras dedicar algunos minutos a su aseo personal, se vistió con su ajada sotana y se dispuso a desayunar. De inmediato recordó que había prometido acudir al gobierno militar para asistir al consejo de guerra de Chez.

No había demasiada distancia entre el arzobispado y el gobierno civil, ambos edificios situados en el entorno del casco histórico de la ciudad, por lo que decidió ir andando. Además, tampoco disponía de coche propio, y aunque la administración episcopal poseía algún vehículo para uso de su propio personal, Jesús nunca lo utilizaba.

Abandonó el edificio sin dar cuenta a nadie de lo que aquel día iba a hacer. De hecho, los responsables del arzobispado lo consideraban ya como un caso perdido, que les había llegado de Madrid como si de una bomba de efecto retardado se tratara. De ahí que no se preocuparan demasiado por sus actuaciones, no fuera a darse el caso de que, presionándolo en exceso, acabara por estallar. Un poco de burocracia por la mañana y sus visitas carcelarias de tarde bastaban para mantenerlo calmado, pero si en alguna ocasión se saltaba esa rutina, nadie le pedía explicaciones mientras no provocara ningún escándalo. Todos en el arzobispado sabían y comentaban sobre la forma de pensar del padre Salvatierra y su trayectoria desde que abandonó Melilla, allá por 1950. Su expediente estaba repleto de informes secretos, redactados por distintos eclesiásticos que lo habían conocido allí por donde Jesús había pasado, y

ninguno de ellos decía nada bueno de él. Desde sus creencias en duendes y fantasmas, hasta su interés por practicar la magia negra, todo, absolutamente todo, estaba convenientemente archivado en el despacho del padre Vicens, administrador episcopal del arzobispado de Tarragona.

El gobierno militar se encontraba en pleno bullicio. Frente a él, en la vía llamada Rambla Vella, aparecían aparcadas dos furgonetas y un Land Rover de la policía armada, pintados de fúnebre gris y con su siniestra águila negra en la portezuela, más varios vehículos oscuros con matrícula militar que copaban todos los espacios reservados. El padre Salvatierra se adentró en el edificio, y nada más caminar unos pasos, tuvo que detenerse ante el cuerpo de guardia, donde un miembro de la policía militar le exigió su documento nacional de identidad y el motivo de su presencia allí. El hecho de que el visitante llevara sotana no parecía haberle impresionado demasiado.

—Estoy aquí por lo del consejo de guerra. Soy el asesor espiritual del encausado —informó Salvatierra—. Vengo recomendado por el director de la prisión..., el señor Mesquida, ¿sabe usted?

—Ya, pero antes tendrá que entregarme su carné —exigió el soldado.

El sacerdote obedeció, y tras dejar su documento, recibió a cambio una acreditación que debía colgar en su sotana mediante un imperdible. A continuación, otro de los militares le acompañó hasta el recinto donde iba a celebrarse la vista, nada más y nada menos que el mismísimo salón de actos de la institución.

Prácticamente todos los presentes eran militares. El padre Salvatierra creyó recordar de sus tiempos de Melilla que, cuando se celebraba un consejo de guerra, todos los oficiales de la guarnición donde se celebraba la vista libres de servicio estaban obligados a asistir a él. Pasados más de veinte años, quizá aquella norma hubiera sido ya derogada, aunque la presencia de tanto uniforme le hizo suponer lo contrario.

El escenario se organizó en menos de diez minutos. El tribunal, el encausado, la defensa, el fiscal, los testigos... Y el traductor. El hombre que, a instancias del juez instructor, debía trasladar al alemán cualquier palabra o frase que este fuera incapaz de comprender y a la inversa, a fin de que quedaran convenientemente salvaguardadas todas las garantías procesales. En un caso donde se ventilaba la vida de una persona, los militares habían querido ofrecer una imagen de seriedad y buen hacer. Bastante les criticaban ya fuera del país como para ir alimentando a la prensa internacional con más carnaza procesal.

Por encima de sables, uniformes y medallas fue la presencia de aquel traductor lo que más llamó la atención

del sacerdote. Porque de nuevo estaba allí. El mismo personaje que había interpretado el papel de reo en la película *El verdugo...*, es decir, un Benito Franco cada vez más avejentado. Su misma mirada, sus mismos ojos, que se iban apagando con los años.

Jesús no pudo soportar aquella imagen, y antes de organizar un pequeño escándalo intentando hablar con uno de los protagonistas del consejo de guerra, decidió abandonar la sala. Toda la atención de los presentes se centraba en el encausado, por lo que nadie se fijó en él.

Una vez en la calle, y todavía con la credencial militar prendida en su sotana, entró en el bar que se encontraba frente al recinto donde se estaba celebrando la vista y pidió un carajillo de coñac. Luego extrajo su paquete de Ducados y se dispuso a fumar para tranquilizarse. Desde aquel lugar podían controlarse todas las entradas y salidas del edificio, y cuando hubo sosegado un poco sus inestables nervios, se reafirmó en su deseo de hablar con el traductor, tal y como diez años antes ya había intentado hacerlo infructuosamente en Madrid. Necesitaba aclarar de una vez por todas quién era aquel individuo, y que relación tenía con el difunto Benito Franco.

Tuvo que esperar casi seis horas para encontrarse de nuevo con él. Durante ese tiempo, fumó, rezó, se vio obligado a consumir varios cafés con leche ante la inquisidora mirada

del dueño del bar. Incluso acabó leyendo, aunque someramente, la prensa deportiva.

Primero salieron varios civiles, que Jesús supuso testigos, y poco más tarde, sin ninguna compañía, lo hizo el traductor. El sacerdote salió precipitadamente del bar y se dispuso a seguirlo hasta un aparcamiento público. Siendo la hora de comer, apenas había nadie por la calle, de forma que pudo observarlo sin dificultad a pesar de la distancia. Sin duda era el mismo individuo, el reo de *El verdugo*, el catalán de quien le habían hablado en Madrid, con unos andares algo avejentados pero perfectamente identificables con los de Benito.

—¡Eh, usted, deténgase, por favor! —le gritó Jesús.

En un principio, el aludido no hizo caso a la petición. Probablemente ni siquiera llegó a oírla.

—¡Por favoooooor, pareeee! —insistió aquel.

Esta vez tuvo más éxito. El traductor giró su cuerpo hacia quien le llamaba con tanta vehemencia, y al ver correr hacia él al sacerdote, sonrió. La misma sonrisa de Benito Franco.

—Eres... tú...

El eclesiástico no llegó a decir más. Un agudo dolor en el costado derecho de su tórax le obligó a inclinarse como un guerrero herido. Se llevó la mano al pecho intentando decir

algo, pero sus palabras apenas fueron más que leves susurros. El desenlace fue fulminante, pues en menos de dos minutos el sacerdote había fallecido.

Durante ese breve tiempo, el traductor se agachó para intentar ayudar a su perseguidor. Lo tomó entre sus brazos y miró a su alrededor, quizá con la intención de detener algún coche. Comprendiendo que su vida se escapaba con gran rapidez, Jesús realizó un último esfuerzo...

—¿...es...ito, es... tú?

—Sí, sí, soy yo, pero no te me mueras, aún tienes mucho que hacer en esta vida.

—...ón...me.

—¿Quieres que te perdone?

—...í.

—No sé de qué, pero claro que te perdono.

El sacerdote ya no dijo más. Por fin iba descansar tranquilo eternamente.

Tarragona, 1973-1974

Jueves, 6 de septiembre de 1973. En aquellas tierras mediterráneas, el sol calentaba todavía lo suficiente como para permitir que los turistas gozaran de sus benéficos rayos. En Salou, Cambrils, Altafulla o la misma Hospitalet del Infante, muchos visitantes alemanes disfrutaban de la calidez de sus doradas arenas acariciadas por la espuma marina, creando confusión con sus limitadas prendas de baño entre los españoles más ultramontanos.

Sin embargo, en la vecina capital provincial, otro alemán que llevaba más de ocho meses encerrado en la prisión local estaba a punto de conocer cuál iba a ser su destino para lo que le quedaba de vida.

Días antes, la prensa ya había puesto en antecedentes a todo aquel que quisiera conocer el motivo del juicio, aunque incluyendo datos que nada o poco tenían que ver con la realidad del suceso. Así, en *La Vanguardia Española* del 31 de agosto había aparecido el siguiente artículo:

Tarragona: Consejo de guerra contra un polaco.

En Cala de Oca mató a un guardia civil el pasado mes de diciembre. Tarragona, 30. (Servicio especial, escipio.)

Atendiéndonos a la orden del día aparecida en Capitanía General de la IV Región Militar en Barcelona, el día 10 de agosto de 1973, y en cumplimiento a lo dispuesto en la orden número 128 del día 7 de agosto, el día 6 de septiembre, a partir de las nueve horas, se celebrará en el salón de actos del Gobierno Militar de Tarragona un consejo de guerra ordinario, para ver y fallar el siguiente procesamiento: «Causas ordinarias números 128 del 4 del 72 y 129 del 4 del 72 contra Heinz Chez por supuesto delito de insulto a fuerza armada, instruida por el Juzgado Militar eventual de Tarragona».

El presidente del tribunal en primer lugar debía ser el teniente coronel de Infantería don Joaquín Aguinaga Lucas, del Regimiento de infantería Badajoz 26, que ha sido sustituido posteriormente por el teniente coronel de Infantería don José Serrano Martínez, del mismo regimiento, con destino en la plaza de Tarragona. El fiscal será el jurídico militar de la región o persona a quien delegue en su momento, corriendo a cargo de la defensa el letrado del ilustre Colegio de Abogados de Tarragona don Jorge Salva Cortés.

Para poder comprender el hecho de que dentro de unos días en esta ciudad se celebre un consejo de guerra contra un súbdito polaco, de 33 años de edad, deberemos retroceder, aunque sea someramente y con rapidez, a los sucesos ocurridos en el pasado mes de diciembre de 1972, entre los días 19 al 20. Heinz Chez,

parece ser, había penetrado en territorio español clandestinamente por la frontera de Port Bou, después de haber recorrido diversos países europeos como Italia, Finlandia, Francia, Austria, etc. Llegó a la provincia de Tarragona y pasó algunos días por el término municipal de Vandellós, donde, al ser visto por una camarera y deducir que sus intenciones no eran buenas, le atendió con cierto temor. Instantes después, entró un Guardia Civil de servicio, y sin mediarse ninguna conversación, el acusado disparó por dos veces sobre el infortunado miembro de la Benemérita, resultando muerto al instante. Acto seguido se apoderó de la pistola que el fallecido guardia tenía consigo, y después de inútiles proposiciones a la camarera para que le ayudara a esconder el cadáver, huyó rápidamente, no lográndose encontrar su paradero hasta el día siguiente en una estación de ferrocarril próxima, hallándose la pistola que había sustraído, algunos utensilios personales y monedas por valor aproximado de unas 3.000 pesetas. Lo que se presumía que quería ser un atraco en un bar situado en los alrededores de una demarcación conocida como Cala de Oca, resultó ser algo mucho más grave al producirse la muerte de un joven Guardia Civil de 26 años llamado Antonio Torralbo Moral.

Se ignora, por falta de datos concretos, la pena que pedirá el fiscal y lo que el abogado designado solicitará. Todo está pendiente, pues, de la apertura del consejo de

guerra que, según tenemos entendido, será público. Parece ser además que algunos órganos informativos extranjeros están interesados en él.

El director de la institución ya había dispuesto todo para que a las ocho de la mañana el reo de nombre Heinz Chez estuviera preparado para su traslado. Convenientemente aseado, adecuadamente vestido con unas prendas proporcionadas por la propia administración penitenciaria y suficientemente desayunado, a esa hora hizo entrega del encausado a un sargento de la policía armada, quien, al frente de una comitiva compuesta por un Land Rover y dos furgones, se encargó de trasladar al alemán al gobierno militar. Apenas mediaban quinientos metros entre ese edificio y la prisión, de forma que aún se tardó más tiempo en tramitar los aspectos puramente burocráticos y técnicos —firma de documentos, ubicación del preso en uno de los furgones, presentación ante la sede del gobierno militar...— que en recorrer esa distancia.

La sala donde iba a celebrarse el consejo de guerra era el mismo salón de actos del gobierno militar, lugar solemne y bien iluminado, decorado sobriamente con maderas nobles muy al estilo castrense. La tarde anterior, varios soldados se habían encargado de fregarla y limpiarla hasta dejarla como un cáliz de eucaristía. En la presidencia del lugar tomaron asiento los cinco jueces que debían dictar sentencia al acusado, todos con sus uniformes de gala perfectamente planchados, sables e insignias que al moverse emitían los

sonidos característicos de una sala de armas. En el centro, el teniente coronel de infantería José Serrano Martínez, flanqueado por tres vocales —los capitanes Jaime de Muller y Morenés, Luis Segura Iborra y Ricardo Ruiz Bavía—, más un vocal ponente, el comandante Francisco Muro Jiménez. Resulta curioso resaltar que el tal De Muller, por más señas aristócrata con el título de barón, sustituía al capitán Berrueco, el segundo de los defensores militares asignados a Chez y posteriormente nombrado vocal de la vista, lo que hubiese significado una aberración jurídica bastante evidente. Además, De Muller era también consuegro del capitán Rafael de Montemayor, el primer abogado defensor del polaco, con lo cual puede afirmarse que la cosa quedaba casi en familia.

Junto al tribunal, los otros protagonistas asistentes eran el juez instructor comandante De Aizpuru, el fiscal militar, el defensor civil —es decir, Jordi Salvà—, un cabo que ejercía de secretario, un traductor de alemán solicitado por la defensa y el propio procesado. El público, a su vez, estaba compuesto en su mayoría de militares uniformados, entre los que se distinguía la negrísima sotana de un sacerdote. Un individuo que al final acabaría abandonando la sala nada más iniciarse la vista.

Quince minutos después, y con la voz de «¡audiencia pública!» lanzada por el cabo-secretario, comenzó el juicio. Varios testigos que aguardaban en el pasillo, incluida la camarera holandesa Jeanette van Hoorn, pasaron por el

estrado para relatar tanto el incidente del puerto de Barcelona, que concluyó con un agente herido, como la muerte del guardia civil Antonio Torralbo en el campin Cala de Oca.

Uno de los declarantes, el miembro de la Benemérita Juan Martínez Díaz, acusó a Chez de haberle disparado sin mediar palabra mientras hacía guardia en el puerto de Barcelona. El alemán iba escuchando de labios del traductor cada uno de los testimonios, y cuando le tocó el turno a aquel agente se levantó como impulsado por un resorte para negar su relato.

—Yo no dispararle, no estuve en Barcelona —se defendió Chez, fiel a la versión consensuada con su abogado. El presidente del tribunal se vio obligado a intervenir conminándole a que se sentara.

Lamentablemente para el procesado, algunos de los clientes del bar Emilio que aquel nefasto día de diciembre habían coincidido con él ofrecieron otra versión. De hecho, con sus deposiciones prácticamente quedó demostrada la presencia de Chez en la capital catalana. La puntilla a este asunto la pusieron el guardia civil José Luis Berlanga Pérez y la joven Magdalena Valencia, secretaria de la empresa de astilleros Viudes, las dos personas que habían intentado ayudar al alemán cuando este buscaba un navío holandés en el que poder salir de España.

Jeanette van Hoorn, joven holandesa de veintidós años, suscitó algunos comentarios jocosos entre el público. Los que no la tildaron de «puta» lo hicieron de «zorra extranjera» merecedora de «un buen favor». A instancias del fiscal, reconoció de nuevo a Chez como el hombre que disparó contra la víctima. Jordi Salvà intentó sacar punta a su declaración haciéndola reconocer que el guardia civil fallecido solía acudir a menudo al bar del campin para coquetear con ella. Una vez concluido su relato de los hechos, le permitieron sentarse entre los asistentes, que se dedicaron a sonreírle y a lanzarle indirectas. Una situación bastante desagradable que ella tuvo que sortear con paciencia e inclinando la cabeza.

El abogado defensor hizo lo que pudo, aunque un sexto sentido le indicaba que todo estaba ya decidido de antemano. Los miembros del tribunal apenas hicieron caso de sus palabras e indicaciones, limitándose a jugar con los cordones de sus sables o a intercambiar sonrisas y comentarios. Salvà no quiso sacar a colación el escueto informe psiquiátrico que sobre Chez había sido elaborado de prisa y corriendo en la cárcel de Tarragona. Sin embargo, en su declaración final sí fue aprovechado por el fiscal, quien declaró que, según dicho informe, el polaco-alemán no había sido afectado por ningún miedo insuperable a la hora de disparar contra el agente Torralbo. De esta forma, lo que se había previsto como un argumento de la defensa acabó volviéndose en su contra.

A instancias de su abogado, quien no se fiaba demasiado de lo que su cliente pudiera llegar a decir bajo presión, este no subió a declarar. Una decisión difícil que sin duda acabaría perjudicándole.

—... y por todo ello, y con el debido respeto a este tribunal, solicitamos la pena de muerte —concluyó el ministerio público.

Cuando el traductor comunicó aquello a Chez, este inclinó la cabeza y la cubrió con sus manos. Jeanette van Hoorn, a su vez, no pudo evitar que se le escaparan algunas lágrimas. Tuvo entonces que abandonar la sala bajo las miradas cada vez más despectivas de los militares asistentes.

Llegó entonces el turno del defensor, quien, ajustándose la toga y adoptando un aire humilde para no irritar a los susceptibles militares, se dedicó a insistir en que el procesado nada tenía que ver con lo de Barcelona, y que los testigos que lo habían reconocido podían equivocarse a causa de la niebla y la oscuridad reinantes en el momento del supuesto ataque. Incluso se permitió insinuar que el agente herido bien podía haberse disparado fortuitamente, y que la historia de la agresión era un invento destinado a ocultar su ineptitud. En cuanto al incidente del campin, argumentó que todo había sido fruto de un momento de enajenación transitoria, de una ofuscación derivada de un cúmulo de circunstancias muy particulares que habían concluido en una lamentable desgracia.

—... Es casi seguro, por lo aquí declarado, que el guardia Torralbo penetró en el campin como lo hacía habitualmente, es decir, encelado o envalentonado por la presencia femenina, actuando por desgracia de forma muy expeditiva. Ante esta situación rápida e imprevisible —tal vez a muchos de los presentes nos hubiese ocurrido lo mismo—, le dio la sensación al procesado de que había sido objeto de una redada y, aunque pudiera estar equivocado con esta apreciación, creyó que el mencionado guardia estaba a punto de disparar contra él. La obcecación y el miedo se multiplicaron de tal forma que condujeron a mi defendido a un fatal determinismo en su actuación, anulándole dicha obcecación y miedo y surgiendo de su subconsciente la imperiosa defensa de la libertad, innata a todo ser humano. Cualquier facultad de discernir desapareció entonces de su mente...

Hizo una pausa y observó directamente al tribunal, cuyos miembros seguían con sus juegos y distracciones como si el asunto no fuera con ellos. Luego, el abogado dirigió su mirada al público para comprobar que Jeanette van Hoorn había abandonado la sala. Comprendió que era el momento de hablar de ella.

—En cuanto al testimonio de la camarera... Habría mucho que matizar aquí... Una camarera acostumbrada a manejar a los hombres a su antojo...

Sonrisas entre los asistentes, alguno de los cuales llegó a asentir con un gesto.

—... Una camarera que llamó al acusado y lo retuvo. No estaríamos ante este consejo de guerra si la señorita Jeanette no hubiera invitado al procesado a entrar en el bar cuando precisamente se encontraba cerrado al público.

Era aquella una estrategia burda, mezquina y extremadamente machista, aunque cualquier argumento era bueno si con él se pretendía convencer al tribunal de que Chez no merecía la muerte.

La faena dialéctica fue rematada apelando a las peculiares circunstancias del polaco, su condición de huérfano de posguerra, su paso por distintos orfanatos y su desordenada existencia.

—... Resulta indudable que a un hombre con estos antecedentes se le agudiza y sensibiliza en extremo el deseo de libertad, y es indudable que un hombre como este ya camina marcado por el sello indeleble del miedo hacia los ejecutantes o representantes del orden establecido.

Sus últimas palabras, como era de rigor, estuvieron destinadas a inspirar sentimientos de perdón y piedad hacia el acusado, y a solicitar un castigo acorde a las circunstancias descritas. Aun sin que mediaran tales atenuantes, la muerte constituía para Salvà una pena excesiva e injusta.

Hacia las tres de la tarde, todo había concluido. El presidente del tribunal anunció a los presentes que sus miembros se retiraban a deliberar, y todos abandonaron la sala. La sentencia sería hecha pública cuando dicho tribunal lo considera oportuno, y tampoco había prisas ni presiones al respecto.

Los jueces tenían hambre. Habían pasado toda la mañana sin probar bocado y ahora, una vez solos y libres de cualquier observador indiscreto, iban a poder por fin satisfacer sus más primitivas necesidades. Los mandos del lugar les habían habilitado una cómoda y discreta salita donde podrían compartir viandas en alegre y viril camaradería castrense. Llevaban muchas horas esperando aquel momento.

—Hace una paella, ¿no? —preguntó el teniente coronel Serrano—. Ya la hemos pedido y no tardará.

—Por supuesto —aceptaron gustosamente los demás militares.

El cabo-secretario había recibido la orden de encargarse de la comida al hostel Bea, próximo al gobierno militar. Para aligerar la espera, los jueces se enfrascaron en una insulsa charla sobre la situación general del país y del Ejército, amenizada con algunos licores dispuestos en una mesita lateral. Una medida redentora que el presidente había previsto también antes ya de comenzar el juicio.

Cuando llegó la enorme paella, que hubo de ser acarreada por dos soldados, todos se lanzaron a llenar sus platos con arroz y los diversos mariscos empleados para elaborarla. A medida que comían y vaciaban botellas de vino, los militares se volvieron más locuaces, se les aflojó la lengua y más de uno se dedicó a comentar las incidencias de la vista.

—Para mí que la culpa es de la holandesa esa, como muy bien ha dicho el defensor. La tía debió de insinuarse al polaco, y cuando llegó el guardia civil, que también debía estar verriondo como un toro en celo, pues eso, que se liaron a tiros.

—Pues bien que lo va a pagar, el desgraciado. Le van a dejar un cuello como un grifo.

—Pero, ¿no lo van a fusilar?

—Creo que no, le van a dar garrote.

—Pues es una putada. Donde esté un buen fusilamiento, con su tiro de gracia incluido, que se quite lo demás. Ni silla eléctrica ni leches. Cuatro tiros y asunto concluido. Como en la guerra...

—Pero si tú no has estado en ninguna guerra, capitancillo.

—Porque desde lo de Ifni, aquí ya no ha habido ningún jaleo, pero cuando muera el Caudillo, que ya no está para muchos trotes, en España puede armarse una de bien gorda.

—Y que lo digas, menos mal que tenemos a Carrero, porque con el príncipe, no sé yo si podemos contar...

—Si no recuerdo mal, en el último consejo de guerra con pena de muerte hubo fusilamiento, ¿no es así?

—El recluta aquel de Paterna, ¿no?

—Sí, lo fusilaron porque se trataba de un soldado.

—Lo mismo tendrían que haber hecho con los vascos de Burgos. Ahí el Caudillo se arrugó un poco. Ni papa ni leches..., leña al mono.

—Este igual también se salva..., si es un pobre desgraciado. Un chorizo muerto de hambre que no tenía donde caerse muerto.

Entre trago y trago, las opiniones iban variando. Algunos tenían muy claro que Chez iba a acabar con el corbatín en el cuello; otros presumían un indulto del Caudillo, mientras que al que quedaba de los cinco le daba igual, y según fuera cambiando la tendencia se limitaba a sumarse a la que entonces era mayoritaria.

El ágape se remató con dulces, carajillos y cigarros puros que amablemente repartió el presidente. El ambiente era tan distendido que todos los allí presentes habían desabrochado sus guerreras y guardado sus corbatas, y más de uno andaba ya en mangas de camisa. Pese a que el otoño

estaba a la vuelta de la esquina, el calor era todavía sofocante, y las prendas de uniforme de los presentes mostraban enormes manchas de sudor.

—Joder, qué calor —exclamó uno de los capitanes.

—Tienes razón —aceptó el teniente coronel—, tendríamos que ir acabando para poder irnos a casa. Avisa al cabo...

El oficial salió a la sala y dio una voz. Inmediatamente apareció el cabo que ejercía de secretario del tribunal, un jovencito menudo y paciente, quien saludó con efusividad a los presentes.

—... sus órdenes, mi teniente coronel.

—A ver, chaval, ponte a la máquina —le indicó el comandante Muro, quien, como vocal ponente y técnico jurídico del tribunal, era el encargado de aquel trámite—, que voy a dictarte la sentencia.

El recluta se sentó junto a una mesita de mecanografía situada en una esquina de la sala y colocó tres folios con su correspondiente papel carbón entre cada uno de ellos. El comandante, a su vez, extrajo una nota de su bolsillo y comenzó a leer.

—A ver qué pone aquí... Venga, escribe... En la plaza de Tarragona, a seis de septiembre de mil novecientos setenta y tres. Reunido el Consejo de Guerra designado para ver y

fallar las Causas Ordinarias número ciento veintiocho guion cuatro..., esto en números romanos, ¿de acuerdo, chico?

—Sí, mi comandante —asintió el escribiente.

—Cuatro guion setenta y dos y ciento veintinueve guion cuatro..., en romanos, guion setenta y dos acumuladas, instruidas por el supuesto delito de Insulto a Fuerza Armada y otros por el Juzgado Militar Eventual de la Plaza de Tarragona contra el procesado súbdito polaco Heinz Chez, de treinta y tres años de edad, soltero, natural de Sttetin-Qutpedredz..., joder, qué nombrecito...

—¿Me lo deletrea, mi comandante? —sugirió el cabo.

—Toma, míralo tú mismo en el papel. No hace falta que te dicte más, así lo tienes todo bien clarito.

El secretario tomó la hoja y fue copiando la sentencia, seis hojas pésimamente redactadas, con numerosos errores ortográficos que decidió mantener en un acto de silenciosa protesta por lo que consideraba una falta de respeto hacia el desgraciado polaco. Mientras, los militares siguieron bebiendo y fumando hasta que concluyó la tarea. Una vez finalizado aquel trámite, tanto el soldado como el comandante firmaron todos los folios de la sentencia, y los presentes se despidieron con un brindis.

—Señores, hasta la próxima —saludó el teniente coronel con su copa alzada—. Y tú, comandante, ya te encargarás de

hacer llegar los papeles al encausado y a su abogado para que los firmen.

Satisfechos por la comida y la tarea realizada durante aquella jornada, los militares retornaron a su hogar con la satisfacción del deber cumplido.

Al día siguiente, viernes, los comandantes Muro y De Aizpuru se presentaron en la prisión junto al cabo-secretario para entregar una copia de la sentencia contra Chez. Asistió al trámite formal el abogado Salvà, avisado al efecto para que se personara en el lugar. El director Mesquida dispuso que fuera su propio despacho el lugar donde se efectuara la lectura de la resolución del tribunal, una resolución que en cierto modo tanto el defensor como el encausado esperaban ya. Notificada la sentencia, Chez fue devuelto a su celda, mientras que Salvà se quedó a platicar un momento con los militares.

—Piense que vamos a recurrir ante el Consejo Supremo de Justicia Militar —advirtió el defensor—. Ahora mismo me pondré en contacto con los Colegios de Abogados de Tarragona y Barcelona para que me apoyen en el trámite.

—Usted no se preocupe, Salvà, y deje el asunto en nuestras manos —le indicó Muro a su vez—. Se nombrará un defensor militar para que haga el papeleo ante ese consejo, y a su cliente le caerán treinta años, se lo aseguro.

Aunque no se fiaba demasiado de aquellos salvapatrias, el letrado asintió. Ya se encargaría él personalmente, mediante discretas intervenciones, de preocuparse por Chez. De esta forma se despidieron con aparentes deseos de que todo transcurriera según lo estipulado, e incluso en el momento de separarse entrecruzaron sus manos en señal de buena voluntad. Mesquida, a su vez, dispuso inmediatamente el aislamiento nocturno del reo y una mayor vigilancia sobre su persona. De día podría convivir con el resto de los reclusos, pero de noche, y al objeto de evitar que nadie le ayudara a suicidarse, tendría que dormir solo. Una situación más bien absurda.

En las semanas posteriores al consejo de guerra, una serie de sucesos alteraron el normal desarrollo de los hechos. Sabiéndolo condenado a la pena máxima, los compañeros del polaco se volcaron en él para animarlo, invitándolo continuamente a cerveza, vino y tabaco que obtenían en el economato de la prisión. Procuraban no dejarlo nunca solo, de forma que únicamente de noche, y en contra de lo previsto por el director Mesquida, sentía Chez las ansias suicidas propias de un condenado a la pena capital. La soledad no le reportaba ningún beneficio; antes al contrario, le hacía revivir los tiempos de su encarcelamiento alemán, cuando intentó acabar con su vida en más de una ocasión. Mesquida le había asegurado que en España la pena de muerte solo se aplicaba de forma muy esporádica y en casos realmente graves. Además, no recordaba la ejecución de

ningún extranjero, lo que permitía albergar ciertas esperanzas.

Sin embargo, las cosas no tardaron en torcerse. El 26 de septiembre, veinte días después de la condena de Chez, un anarquista catalán llamado Salvador Puig Antich supuestamente asesinaba en Barcelona a un sub-inspector de policía en el curso de un operativo organizado para detenerlo. En octubre de aquel mismo año, un guardia civil de nombre Antonio Franco Martín asesinó en Huelva a su capitán, delito que automáticamente comportaba la pena de muerte. Durante los respectivos consejos de guerra a los que ambos fueron sometidos, los fiscales lograron que se dictaran penas de muerte contra los dos encausados. Mal asunto. Demasiadas condenas en muy poco lapsus de tiempo, y todas relacionadas con la muerte de agentes de orden público.

A ello se añadió la chapuza cometida en Madrid por el coronel de infantería Jesús Montero Romero, designado como abogado defensor de Chez para tramitar el recurso contra la pena de muerte impuesta a este ante el Consejo Supremo de Justicia Militar. El elegido, que debía de considerarse un vate de la vieja escuela capaz de ablandar los graníticos corazones militares mediante los más rancios ripios, no sintió ningún empacho en utilizar versos del decimonónico Gaspar Núñez de Arce para exponer la desazón en que estaba sumido el polaco tras su crimen: Conciencia nunca dormida,/ mudo y pertinaz testigo,/ que

no deja sin castigo,/ ningún crimen en la vida,/ la ley calla, el mundo olvida,/ mas ¿quién sacude tu yugo?/ Al Sumo Hacedor le plugo, que a solas con el pecado,/ fueses para el malvado,/ delator, juez y verdugo.

Y por si eso fuera poco, el coronel Montero, sin la menor duda ebrio de licor por los carajillos ingeridos, en lugar de justificar mediante argumentos jurídicos la necesidad de que la sentencia fuera revocada, se dedicó a contar una fábula en la que Chez se convertía en un nuevo Raskolnikov atormentado por sus crímenes, atribulado por la pena y punto menos que en un loco en caída libre hacia el abismo. Y aquello fue el acabose. ¡Cuánto debieron de reírse los miembros del Consejo Supremo ante aquella demostración de estupidez!

Sin embargo, lo peor llegó el 20 de diciembre. Ese día, de mañanita, el presidente de gobierno español almirante Carrero Blanco volaba por los aires impulsado por una bomba que los terroristas de eta habían dispuesto al paso de su coche. El Ejército y los altos representantes del país se pusieron furiosos y decidieron pagarlo con quienes tenían más a mano, es decir, con todos los presos políticos y no políticos disponibles. Puig Antich fue sentenciado a la pena de muerte el 8 de enero de 1974, y al día siguiente los siete integrantes del Consejo Supremo de Justicia Militar ratificaban la condena impuesta a Heinz Chez, de quien, por cierto, estaban al corriente de su verdadera identidad. Además, el capitán general de la cuarta región militar, a la

que pertenecía Tarragona, determinó que la pena sería ejecutada mediante garrote vil.

El polaco-alemán se mantuvo al margen de aquel trapicheo. Nadie le informaba, ni él tampoco se preocupaba demasiado por su futuro. Una suerte de fatalismo se había apoderado de su ánimo, y ya solo se conformaba con ver pasar los días evitando cualquier sobresalto. Sus compañeros seguían animándolo e invitándole a fumar, de forma que su castellano se iba ampliando con expresiones como «tú tira p'alante, hay que tirar siempre p'adelante», o «hagas lo que hagas, esos cabrones acabarán haciendo lo que les salga de los cojones».

Ya solo restaba el enterado gubernamental.

1 de marzo de 1974, viernes, el día de la semana en que el gobierno español acostumbra a reunirse para tomar decisiones. Franco, un anciano octogenario, preside el consejo de ministros en su palacio de El Pardo. Diecinueve ministros, el presidente de gobierno Carlos Arias Navarro y el dictador consideran y aprueban una subida de precios de la gasolina y de la electricidad. A continuación, surge el trámite engorroso de las tres penas de muerte: Puig Antich, el guardia civil Franco Martín y un polaco llamado Chez. Francisco Ruiz-Jarabo Baquero, ministro de Justicia y jurista hasta la médula, muy serio y mayestático, saca el tema y expone objetivamente la situación.

—Caben tres indultos, aunque tras el asesinato del anterior presidente de gobierno eso sería considerado una muestra de debilidad. Mantener la pena de muerte del anarquista catalán daría lugar a tergiversaciones, ya que la prensa extranjera vendría a decir que en este país solo se ejecuta por crímenes políticos. Lo más razonable sería mantener dos penas de muerte, la de Puig Antich y la de cualquiera de los otros dos, y conmutar la tercera. Así daríamos a entender que somos firmes y a la vez piadosos a la hora de impartir justicia. Y entre un polaco y un guardia civil, ¿a quién elegimos para salvar el pellejo? La respuesta no admite demasiadas discusiones. Sin duda debemos indultar al guardia, que actuó movido por un ímpetu irrefrenable. Tuvo un pronto y se cargó a su capitán. Sin embargo, el polaco..., el polaco es una mala bestia. Robó una escopeta y con ella mató a un guardia civil, y para colmo es un extranjero.

—Sí, sí, claro —admiten algunos de los presentes.

Al final, los ministros acaban fijando sus ojos en el dictador. Y como este se mantiene callado, todo el mundo entiende que acepta la propuesta de su titular de Justicia. De esta forma, el gobierno se da por enterado de que en breve van a ser ejecutadas dos personas en España.

Esa misma tarde, el director de la prisión de Tarragona señor Mesquida, quien ya temía lo peor, recibió la visita de un motorista procedente del gobierno militar donde se le

instaba a que comunicara a Chez la decisión del consejo de ministros y organizara su inmediata ejecución. Lejos de allí, en la castiza Sevilla, un individuo pequeño llamado José Moreno Moreno, pluriempleado aunque decantándose por la venta de libros, se ponía en marcha hacia Tarragona escoltado por cuatro miembros de la Policía Armada. Viajaron en un Seat 1430 tipo ranchera, cruzando España entera con la única misión de llevar ante Chez a la persona que debía ejecutarlo, y que no era otra que el propio Moreno. Este, a quien muchos conocían bajo el inevitable alias de Pepe, compartía sus diversos oficios —vendedor de libros, celador de manicomio, sereno por las noches, portero en un bloque de pisos, remachador de aviones en la empresa Construcciones Aeronáuticas S.A...— con el de ejecutor de la justicia en la audiencia de Sevilla, y como el protagonista de la película *El verdugo* de Berlanga, era la primera vez que se veía en aquel trance. De hecho, al notificársele la obligación de personarse en la sede de los juzgados sevillanos, se negó a acudir a la cita y hubo de ser un funcionario judicial quien, bajo amenaza de fuertes sanciones, le convenciera de la necesidad de cumplir con su cometido. Moreno, avergonzado ante lo que se le venía encima, mintió entonces a su familia aduciendo que debía salir de viaje para culminar ciertos negocios. Una vez en la audiencia, se le hizo entrega de dos artilugios metálicos recién desempolvados de un almacén para que los estudiara durante el camino. En un primer momento pensó que se trataba de dos enormes esposas, aunque al observarlos con más detenimiento,

comprendió que eran los garrotes propios de su segundo o tercer oficio.

—Menudos trastos. ¿Ya sabrá usted apañarse con ellos? — le preguntó socarronamente uno de los agentes que le custodiaban.

Moreno, cada vez más acongojado, no respondió, limitándose a seguir manipulando los torniquetes para ver si les cogía el tranquilo. «En mala hora se me ocurrió pedir la plaza», pensaba sumido en la amargura.

En el momento en que recibió la noticia de su inmediata ejecución, Chez se encontraba solo en su celda. Como juez instructor del caso que era, fue de nuevo el comandante De Aizpuru el encargado de comunicarle el enterado del gobierno. Lo hizo con desgana y con la garganta completamente seca. Una vez concluida la lectura, preguntó al condenado si se avenía a firmar el documento condenatorio. El alemán se limitó a negar con un gesto.

A continuación, Mesquida, le fue desgranando los momentos estelares de lo que se presumía iba a ser una noche muy larga.

—Estamos intentando dar con tu abogado. Debe de haber salido a pasar el fin de semana fuera, pero no te preocupes, daremos con él. En cuanto a la cena..., te prepararemos lo que nos pidas, siempre que esté en nuestras manos, claro. Y

si quieres un sacerdote, llamaremos a uno. El otro, con el que tan bien te llevabas, se nos murió, ya sabes, pero algún otro encontraremos. La..., el acto está previsto para mañana a las nueve. Pero tú no pierdas la esperanza, el indulto puede llegar en cualquier momento. Me consta que ya hay gente moviéndose para lograrlo..., el tuyo y el del anarquista de Barcelona. Además, tenemos un teléfono directamente conectado con El Pardo.

—¿El Pardo? —cuestionó el alemán.

—Sí, donde vive Franco.

Chez asintió con un gesto, preguntándose cómo había podido llegar a encontrarse en semejante situación, y si todo aquello no era en realidad más que un sueño orquestado por la propia Stasi, empeñada en sumirlo en una completa locura.

A su vez, el director Mesquida engulló una buena dosis de saliva, pensando que no estaba bien mentir a un condenado a muerte. En la prisión de Tarragona jamás habían tenido ningún teléfono en contacto directo con Su Excelencia el Generalísimo.

—Entonces, ¿llamamos a algún cura por si acaso?

—De momento no, gracias.

Día 1 de marzo, 21:40 horas. El titular de Información y Turismo, don Pío Cabanillas Gallas, como portavoz que es del gobierno, se dispone en la sede de su ministerio a dar cuenta en rueda de prensa de las decisiones del consejo de ministros. Este atildado personaje se siente incómodo, de ahí que haya retrasado su comparecencia más de lo acostumbrado a fin de que los periódicos europeos no puedan sacar la noticia en la edición de la mañana siguiente. Porque a nadie con algo de sentido común le resulta agradable tener que anunciar dos penas de muerte. De hecho, en el fondo de su pensamiento rechaza la idea por incivilizada y más propia de épocas pretéritas. Con Franco al borde de la tumba no se puede ir todavía dando garrote a la gente como en tiempos de Fernando VII. «Nos van a tachar de bárbaros, y con razón», piensa mientras se ajusta la corbata. Para despistar un poco a los contribuyentes, incluso ha determinado cambiar la programación televisiva de aquella noche por la excepcional retransmisión de un combate de boxeo entre el mítico pugilista vasco José Manuel Ibar Urtain y el puertorriqueño José King Román. Una salvajada ocultando otra.

Los periodistas se arremolinan expectantes en la sala. El precio de la gasolina o de la luz apenas les interesa, porque donde esté el morbo de una buena ejecución, que se quite todo lo demás. Y cuando escuchan por fin la fatídica determinación gubernamental de seguir adelante con las dos penas de muerte, se escuchan diversos murmullos de

desaprobación. El ministro, en cierto modo compungido, se retira discretamente a descansar. Ha sido un día largo, acaso demasiado largo, y la noche se prevé también movidita. Pero él ya ha cumplido con su cometido, y que los demás se las compongan como puedan. En el fondo de su corazón, una pequeña llama de desazón le quema recordándole que ni él ni ninguno de los demás ministros ha tenido ante el viejo Caudillo la valentía de rechazar las condenas.

En torno a esa misma hora, la gente vinculada al caso va llegando a la prisión de Tarragona. Aparte del comandante Muro —representante de la autoridad militar, que velará por el feliz cumplimiento de la sentencia— y del cabo-secretario de la causa, se presenta también el intérprete que en su momento participó en el consejo de guerra por si son requeridos sus servicios. El capitán Carlos Berrueco, segundo defensor militar del condenado, acude algo más tarde acompañado de De Aizpuru, el juez instructor del caso, quien había regresado a su casa para cenar tras hacer la lectura de la sentencia. Ambos visten de gala, con corbata negra y camisa color salmón. También llevan las insignias correspondientes a sus méritos. Un médico militar y varios funcionarios acabarán completando el grupo, reunido en el despacho del director de la prisión. Mientras el reo, solo, recién cenado —al final se ha decantado por una modesta ración de pan con jamón que ni siquiera ha podido terminar—, aguarda su final en una habitación amueblada con una mesa y dos sillas, los demás fuman sin mediar

palabra. Nadie se atreve a comentar nada, por miedo a soltar alguna inconveniencia. Chez, a su vez, aún no tiene claro lo que realmente va a suceder. Le han hablado de indulto, de un instrumento llamado garrote, pero sigue sin entender gran cosa sobre tales particulares. Lo que parece bien claro es que, si nadie lo remedia, en sus ojos dejarán de aparecer nuevos amaneceres. Aunque él aún conserva cierta esperanza en eso que todos llaman indulto.

Día 1 de marzo, hacia las 22 horas. El comandante Muro siente un pálpito. Falta algo, y aún no sabe qué puede ser. ¡El ataúd, claro! ¿Dónde van a meter el cadáver cuando se lo lleven al cementerio?

—Paquito —le ordena al cabo-secretario—, vete a la funeraria y encarga una caja. Y que sea barata...

Día 1 de marzo, hacia las 23 horas. Uno de los principales protagonistas de la velada, el verdugo José Moreno Moreno, es también uno de los que más tardan en hacer acto de presencia. En su caso, la tardanza está plenamente justificada, pues ha tenido que atravesar una buena parte del país deprisa y corriendo, perdiendo el aliento en cada recodo del camino y sin apenas tiempo ni para comer. Tanto él como los cuatro policías custodios solo llevan en el cuerpo un simple bocadillo, adquirido en un bar de carretera a la altura de Medinaceli. Cuando los agentes dejan a Moreno en la prisión, deciden correrse una juerga a costa de las dietas que, en justa compensación a su esfuerzo, percibirán a su

debido tiempo. Al día siguiente deberán regresar de nuevo a Sevilla con el verdugo, pero al menos no estarán obligados a asistir a la ejecución.

—Pues a mí no me importaría, no —dice uno de ellos—. Una garrotá no se ve todos los días.

—No seas bruto, Venancio —le recrimina otro—. Mejor una buena cena, que nos la hemos meresío. ¿A quién se le ocurre avisarnos con tan poco tiempo? Casi ni he podido despedirme de la parienta.

El verdugo se presenta ante el director y los demás implicados en el caso vestido con una bata azul, como si temiera que algo pudiera salpicarle sobre su traje de calle. Bajo el brazo, y envuelto en tela de saco, lleva el garrote que ha decidido utilizar en la faena que le aguarda. Después de probar los dos utensilios durante el camino, se ha decidido por el que parece más engrasado. El torniquete del que ha desechado no se deslizaba con suficiente soltura, lo que implicaría un mayor esfuerzo muscular y, sin duda, numerosos problemas añadidos.

—¿Dónde va a ser? —pregunta tímidamente al director Mesquida.

—Acompañeme —le indica el aludido.

Caminan hasta llegar al locutorio de mujeres, un lugar alejado de las celdas donde está previsto que tenga lugar la ejecución.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—Pero aquí no hay ninguna silla. Ni ninguna viga —se lamenta Moreno.

—¿Silla, viga?, ¿pero es que acaso pretende usted ahorcarlo?

—No, hombre, no. Pero bien habrá que sentarlo e instalar los hierros en un poste..., vamos, digo yo —le informa el verdugo con tono de saber mucho sobre el tema.

Mesquida hace como que comprende.

—De acuerdo, haré que traigan una. En cuanto al poste, no le prometo nada.

¡Pobre Moreno! Si ya siente cómo le tiemblan las piernas nada más de pensar en lo que le aguarda..., lo que va a sufrir cuando se encuentre ante el reo. ¡Y sin un poste donde agarrarlo! «Tendría que haberme negado, y si me sancionan, que me sancionen...»

Día 1 de marzo, hacia las 23:40 horas. El cabo-secretario Francisco Pintado reaparece en escena e informa al comandante Muro de que el ataúd llegará en breve.

—¿Te ha costado mucho?

—Nada, mi comandante, por cuatro duros nos envían una caja de pino.

—¿En el precio está incluida la cruz?

—Por supuesto, mi comandante..., cromada y todo. También he avisado al cementerio, y para mañana ya tendrán preparada la fosa.

—Muy bien, chaval —alaba el militar.

Día 1 de marzo, hacia las 23:55 horas. El director Mesquida ha entrado a ver al condenado por si necesitaba algo y este, harto ya de su triste soledad, se decide a solicitar la compañía de un sacerdote.

—¿Católico o protestante?

—Católico.

—¿Estás seguro?

—Sí, bueno..., no sé.

—No te preocupes. Avisaremos a dos, uno de cada iglesia.

Día 2 de marzo, hacia las 00:40 horas. Llega a la prisión el padre jesuita Juan de la Cruz Badell, un eclesiástico septuagenario convertido en especialista en últimas noches de condenados. De hecho, Mesquida lo tenía como el primero en su lista de candidatos debido a su experiencia, pues Badell había asistido ya en 1959 a Pilar Prades, la famosa envenenadora de Valencia agarrotada en ese año. Y siete años después, en la misma capital del Turia, acompañó en sus últimos momentos a un quinquí de nombre Antonio Rafael Gil, condenado por asesinar a un taxista.

Veinte minutos después aparece un pastor evangelista, y como el alemán no parece muy dispuesto a pasar sus últimas horas rezando y lamentándose, acabarán solicitando un tablero para jugar al parchís, un entretenimiento en el que Chez se ha especializado durante su estancia en la prisión tarraconense.

—Y con esta ficha te mato esta tuya y cuento veinte.

—Padre, me las está matando usted todas —se queja el condenado.

Día 2 de marzo, hacia las 3:15 horas.

El abogado Salvà, a quien por fin han encontrado, llega acompañado del decano del Colegio de Abogados de Tarragona. El defensor cree que no se han preocupado

demasiado en dar con él, sospechando que su presencia les molesta al recordarles lo vergonzoso del asunto. De hecho, en realidad se encontraba en su propio domicilio, esperando noticias. De Aizpuri se limita a informarle de que han estado toda la noche llamando a su despacho.

—¿A mi despacho?, ¿y qué iba a hacer yo en mi despacho? Tenían el teléfono de mi casa...

—No hemos caído hasta ahora —se disculpa el juez instructor sin demasiada convicción.

Salvà, cada vez más irritado, exige de inmediato hablar con su cliente, y el director Mesquida les acompaña hasta él. Los presentes le observan de refilón, con miradas que dicen mucho sobre lo que opinan de aquellos leguleyos, quienes, en aquellas dramáticas horas, les pueden aguar la fiesta divulgando lo que allí se va a ventilar.

Los dos abogados encuentran a Chez bastante animado, pues ha ganado varias partidas de parchís y le han convidado a coñac, tabaco y pastas. Le acompañan ahora los dos eclesiásticos y un funcionario, formando el cuarteto necesario para completar el juego. La habitación, llena de humo, le recuerda una cámara de gas.

—Hola, Heinz, ¿cómo va ese ánimo? —le pregunta Salvà.

—Ya ve usted, don Jorge, tengo buena compañía. Y de momento voy ganando.

—Muy bien, yo solo quiero decirte que tengas fe. Todo el mundo está insistiendo para que os indulten. A ti, y al de Barcelona. Los abogados, los políticos extranjeros, todos... Aún faltan muchas horas para que llegue el momento, y para entonces..., para entonces ya sabremos algo. Ten fe, hacemos lo que podemos. ¿Quieres que me quede contigo?

—Hagan ustedes lo que les apetezca, pero como ve, ya somos cuatro.

Salvà asiente, y junto con el decano salen en busca de sillas. La entereza de ánimo de su defendido ha permitido que su decaída moral se sobreponga. Quizá sí, quizá al final acabe llegando el indulto y todos puedan volver a sus hogares razonablemente satisfechos. En el fondo, ninguno de los presentes, incluido el comandante Muro, quiere que Chez muera. No es lo mismo firmar una sentencia que verla cumplir por mano de un individuo que no ofrece demasiadas garantías de profesionalidad.

De vez en cuando, el alemán recuerda por qué están todos allí, y pregunta por el indulto. Todos insisten en que antes o después, llegará, aunque nadie salvo el más interesado lo crea.

«Que me tenga que pasar a mí esto, precisamente ahora que estoy a punto de jubilarme», se lamenta en silencio Mesquida.

Día 2 de marzo, hacia las 5 horas. Salvà abandona un momento a su cliente y se dirige al despacho del director. En medio de la nube de humo que inunda el lugar, descubre a los militares implicados en el caso, charlando y bebiendo distendidamente. En cuanto lo ven entrar, se hace el silencio.

—Señor director, ¿ha comprobado usted que los teléfonos funcionan? —le pregunta a Mesquida.

—Claro, hombre, claro, estese usted tranquilo.

—¿Asistirá usted a la ejecución? —tercia sibilinamente el comandante De Aizpuru dirigiéndose al abogado.

—No creo que sea mi obligación.

—No, por supuesto, no es su obligación, pero sí su derecho.

—No me hable de derechos, después de la locura que estamos viviendo.

—Entonces, ¿asistirá?

—Por supuesto que no.

El militar hace un gesto de conformidad. En el fondo, la decisión del letrado le hace sentirse aliviado.

—Parece que el reo se está portando como un hombre —comenta entonces el comandante Muro.

—Ya, como un hombre... Si le hubieran puesto treinta años, tal y como me prometieron, no tendría ahora que comportarse como un hombre —le recrimina Salvà—. Mejor sigan callados fumando. Cada vez que hablan, noto el apestoso aliento de su boca.

—Oiga usted, a mí no me... —grita indignado Muro. Sus mejillas, rojas por la ira y el alcohol, parecen a punto de estallar.

—Déjalo —interviene De Aizpuru—. No nos dejemos llevar por los nervios. Y usted, mida sus palabras o vuelva con su defendido.

Salvà abandona de nuevo el despacho y se detiene en el pasillo. Realmente no sabe cuál es su lugar allí.

En ese mismo momento, se encuentra con el decano, que fuma solo junto a la puerta del locutorio.

Parece como si esa noche todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo en reconocer las supuestas bondades del tabaco.

—Enric, com et trobes? —pregunta Salvà a su colega.

—Fotut. Això es una putada.

—Aquests fills de sa mare no tenen consciència. Només els preocupa acabar el més aviat possible i tonar a casa seva a dormir¹.

Día 2 de marzo, hacia las 8 horas. En el despacho de Mesquida, todos los presentes comienzan a ponerse algo nerviosos. El momento se acerca y ya nadie confía en el indulto. El teléfono ha estado toda la noche en silencio.

—Habría que ir preparándolo todo, ¿no? —anuncia el comandante Muro apagando su enésimo cigarro.

—Voy a ver al verdugo —se ofrece Mesquida—. Ha pasado toda la noche en el locutorio con un funcionario, creo que haciendo prácticas.

—¿Con el funcionario? —pregunta De Aizpuru.

—No, con los hierros. Me parece que no está muy puesto en su oficio.

—¿Y quién podría estarlo?

El director abandona de nuevo su despacho y llega hasta donde se encuentra el ejecutor. Aunque ya tiene su silla con brazos y todo, este se ha pasado toda la noche lamentándose por no poder disponer de un poste, y el funcionario que lo

1 Estos hijos de su madre no tienen conciencia. Sólo les preocupa terminar lo antes posible y volver a su casa a dormir

acompaña, harto de oírlo, ha terminado por retirarse a un rincón a fumar.

—Esto no va a salir bien, señor director. Sin el poste no vamos a poder hacer nada.

—No se preocupe. Dispondré que dos funcionarios le ayuden a sujetar al reo.

El fumador del rincón, al escuchar aquello, saca otro cigarrillo de su paquete.

Mesquida se dirige a continuación a ver a Chez. Al cruzarse con los dos abogados, les muestra su reloj en un gesto lleno de significado. El alemán, al verlo entrar, le interroga con la mirada.

—Nada —le responde el director—. Habría que ir pensando en prepararse.

—¿Quieres confesarte ahora? —le propone el padre Badell.

—Sí —accede por fin Chez. Parece que la Stasi ha conseguido por fin quebrar su resistencia. Cuando todos tienen su ojos puestos en él, pronuncia varias frases en alemán, aunque al no estar presente el intérprete, que sigue fumando en el despacho del director, nadie comprende su significado.

Una vez solos, Chez le cuenta al jesuita algunas mentiras sobre su infancia como huérfano. Más o menos lo mismo que cuando fue detenido por la Guardia Civil. Aun en esos momentos, piensa que cuanto menos sepan de él, mejor le irá a su familia. Por fin comprende que sus hijos le importan más de lo que había llegado a suponer, y va recordando a cada uno de ellos con los ojos llorosos. Sus rostros, sus vocecitas de cuando eran niños, que apenas había podido escuchar por culpa de la Stasi... Su mujer, a quien durante un tiempo amó. Su madre..., y también su padre, al que apenas conoció. Heinz Chez, Georg Michael Welzel, polaco, alemán..., un ser humano lleno de sentimientos.

—¿Te arrepientes de algo? —le insta el jesuita.

—Sí, claro, quiero pedir perdón por todo lo que he hecho.

—No te preocupes, Dios te ha perdonado ya.

—Pero dígales a los demás que también me perdonen.

—Lo haré. ¿Quieres llevar esta cruz?

—Sí, padre.

Badell le entrega un crucifijo de plata colgado en una oscura cuerda de cuero, regalo de su madre el día en que cantó su primera misa, y el alemán la toma entre sus manos para besarla.

—¿Quieres comulgar? También he traído la sagrada forma.

—Bueno, sí.

El eclesiástico saca del bolsillo una pequeña cajita metálica que guarda en su interior la oblea sagrada. La abre, coge la forma circular, susurra una breve jaculatoria y se la ofrece al reo.

—Ya estás en paz con Dios —anuncia triunfante.

Día 2 de marzo, hacia las 9 horas. Por fin, se presentan los asistentes y testigos de la ejecución. De Aizpuru, Muro, Mesquida, el cabo Pintado, el médico militar y seis funcionarios de prisiones. Al final han dejado marchar al intérprete por no ser necesarios ya sus servicios. En el pasillo se unen a los dos abogados y al pastor evangelista, que aguardan a que el reo acabe de confesar. Por discreción y respeto, no se atreven a molestar a Chez en el momento de aliviar su espíritu, pero ante la tardanza en salir, Muro ordena que se siga el procedimiento. El director de la prisión abre la puerta que les separa del alemán, y todos pueden verle besando el crucifijo del padre Badell.

—Lo siento..., Heinz..., ha llegado..., la hora —tartamudea Mesquida.

El alemán asiente con un gesto.

—¿Quiere decir algo antes?, ¿alguna última voluntad?

—Bueno, no.

—¿A quién quieres que enviemos tus pertenencias?

—Dénselas a mi compañero el portugués.

Salvà se sitúa ante Chez y le da un fuerte abrazo.

—He hecho todo lo que he podido... Lo siento.

—No se preocupe..., y gracias.

A un gesto de Mesquida, dos funcionarios se aproximan al condenado, y mientras uno le coloca las esposas, el otro cubre su cabeza con una capucha que en realidad no es otra cosa que la funda de un cojín. Ni siquiera ese detalle habían previsto. El alemán lanza un gemido de protesta. Quiere morir a cara descubierta, pero al final acaban anudándole la tela sin ningún miramiento. Nadie se siente capaz de mirarle a los ojos en el momento de la ejecución.

El cortejo, encabezado por Muro, se pone en marcha, aunque a mitad de camino se descuelgan los dos eclesiásticos y ambos abogados. Ni están obligados, ni por supuesto desean asistir a aquel acto de barbarie. De hecho, el padre Badell, que se siente satisfecho por haber logrado la salvación de un alma, tiene intención nada más llegar a su refugio conventual para escribir sus impresiones. Ya lo hizo en las dos ocasiones anteriores, cuando también consiguió absolver espiritualmente a los criminales a los que asistió, y

va a hacerlo de nuevo a fin de avivar conciencias con aquel nuevo ejemplo de entereza cristiana. Incluso ya tiene elegido el título de su escrito, El buen ladrón del siglo XX, que suena bastante bien.

La comitiva llega a su destino. Mesquida, extremadamente nervioso, abre la puerta del locutorio, donde el verdugo Moreno aguarda sentado, fumando, en la única silla de que dispone. Al distinguir al reo entre sus acompañantes, suspira aliviado. No va a tener que contemplar el rostro de aquel desdichado

—Colóquenmelo aquí, por favor —solicita señalando la silla.

A una indicación de Muro, primera autoridad oficial del acto, dos funcionarios sientan a Chez, le quitan las esposas y agarran fuertemente sus brazos y sus pies en los correspondientes apoyos de la silla. Para ello tienen que emplear simples cinturones de pantalón que les han prestado otros colegas.

Moreno empieza su actuación. Con las manos temblorosas, intenta colocar la argolla en el cuello del condenado, que empieza a revolverse al intuir, más que ver, lo que está sucediendo. De hecho, Chez siempre había creído que lo estrangularían con una soga.

—No sé yo si esto va a funcionar... —se queja de nuevo el verdugo al comprobar que el artilugio no se ajusta bien al cuello.

—Venga ya, hombre, haga algo —le apremia Muro—. No tenemos todo el día.

Moreno, que ya había previsto ciertas eventualidades, improvisa un remiendo con un saco que ya había separado al efecto. Lo ata a la argolla y vuelve a colocar esta en el cuello de Chez. Parece que en esta ocasión el metal, combinado con la tela, se ha adaptado mejor.

—Bueno, a ver si ahora...

Tras la capucha, la respiración del condenado se hace cada vez más angustiosa, moviendo espasmódicamente la parte de la tela correspondiente a la boca.

—Pero necesitaría que alguien me ayudara. Es que sin el poste..., ya les he advertido de que sin el poste íbamos a tener problemas.

—Me está usted resultando un tocacojones —le recrimina Muro—. ¡Actúe ya de una vez, coño!

A pesar de su enfado, el comandante comprende sin embargo que aquello está convirtiéndose en una chapuza, por lo que señala a dos funcionarios con el dedo para que colaboren con el verdugo. Al final, serán los seis oficiales de

la prisión los que, de una forma u otra, participan en la escabechina. Cuatro, sujetando al condenado de pies y brazos, y los otros dos procurando que su cabeza no se mueva. El sufrimiento se está convirtiendo en insoportable para Chez, y al intentar instintivamente evitarlo, se mueve como un poseso levantando la silla del suelo. Circunstancia que dificulta aún más la tarea del ejecutor, pues debe llevarla a cabo a pulso intentando mantener alzado el artilugio.

Moreno comienza a accionar el torniquete. Al no existir poste alguno que sujete el aparato y que, al potenciar la fuerza del verdugo, permita la fractura inmediata de las cervicales del reo, el tornillo cilíndrico se clava directamente en la nuca de Chez. Este grito de desesperación, lentamente estrangulado y a la vez atravesado por una superficie prácticamente roma, lo que incrementa su sufrimiento e incluso hace correr su sangre. Se agita violentamente, y las gorras de los funcionarios ruedan por el suelo a causa de las sacudidas. José María Pastor, el capitán médico que debe certificar la defunción, siente náuseas y se retira a un rincón por si acaso le da por vomitar. A causa de los bruscos movimientos de Chez, el tornillo acaba saliéndose de su cogote, y hay que comenzar de nuevo, aunque con el cuello chorreando de sangre. El desconcierto es general, afectando incluso a los comandantes. Todos excepto Pastor, Mesquida y el cabo-secretario, acabarán abalanzándose sobre el reo para terminar cuanto antes. La dantesca escena culmina con

uno de los funcionarios, cuyas piernas se niegan a sujetarlo, cayendo al suelo entre sollozos.

Al final, acaban ejecutándolo entre todos. Tras veinte minutos de inenarrables padecimientos, Chez deja de resistir. Sus miembros se relajan y muere. Pero la cosa no ha ido bien, nada bien, y todos lo saben.

—De esto no debe enterarse nadie —indica Muro visiblemente nervioso—. Al que cuente algo a la prensa o a quien sea, tendrá que vérselas ante un tribunal militar...

Las miradas dicen mucho del horror que allí han vivido. Asienten automáticamente al comandante, quien, señalando al funcionario caído, ordena a Mesquida que lo arreste inmediatamente. El director no entiende muy bien el significado del imperativo, y pregunta:

—¿Arrestarlo?, ¿por qué?

—Porque no tiene cojones... —responde colérico el militar—. No ha sabido comportarse como un hombre y casi se caga en los pantalones.

Luego, Muro se abalanza hacia el verdugo, que está intentando quitar los hierros de la masa sanguinolenta en que se ha convertido el cuello del difunto, y lo golpea repetidamente.

—¡Es usted un inepto! ¿A quién se le ha ocurrido mandarme a este pedazo de mierda inútil? —le increpa el militar, totalmente descompuesto.

Moreno, que acabará devolviendo el garrote en el juzgado de Sevilla todavía manchado de sangre, intenta eludir los golpes sin amagar ninguna defensa. Ha decidido que nunca más volverá a verse en semejante trance, aunque para ello tenga que devolver todas las nóminas cobradas.

Recuperada la calma, se procede a las últimas formalidades y trámites burocráticos. Firma del certificado de defunción —que contiene de forma intencionadamente falsa las nueve y cinco como hora de la muerte—, comunicado oficial dirigido a las autoridades militares que han confirmado la sentencia, traslado del cadáver por los empleados de pompas fúnebres avisados al efecto y entierro en una fosa común bajo la más estricta intimidad.

De esta forma, el que pudo haber sido un hombre de la Stasi, abandona este mundo en el más estricto de los anonimatos, lejos de su país natal y de su familia, ajena completamente a lo que acaba de suceder. El pacto de silencio que han sellado los testigos de su ejecución impedirá incluso que se conozca cómo transcurrieron los últimos momentos del condenado.

Epílogo

Al final, la denuncia de algunos padres de ideología ultraconservadora llegó hasta la dirección provincial de Educación de Huesca. Dicha sinecura era regentada, desde la victoria del Partido Popular en las elecciones autonómicas celebradas en Aragón en mayo de 2011, por un tipejo de aspecto atocinado cuyo único mérito era ser primo de la que poco más tarde, con la victoria del mismo partido en las generales de noviembre del mismo año, se convertiría en vicepresidenta de gobierno español bajo la dirección de Mariano Rajoy.

Para su desgracia, Adrián no era santo de la devoción del primo a causa de ciertos enfrentamientos habidos cuando este, dos años atrás, ejercía como simple profesor en el mismo instituto de Binéfar. De ahí que cuando el ahora director provincial recibió la queja de aquellos ofendidísimos padres, vio abierta la puerta de su venganza. De inmediato ordenó a su inspector de centro que se encargara del asunto,

con el único fin de imponer a Adrián la sanción más dura posible.

Así se entiende que casi tres semanas después del entierro del señor Miralles, cuando ya aquel asunto estaba prácticamente olvidado por el profesor, este se encontró de nuevo frente a otro contencioso, esta vez entablado contra él por la propia administración educativa.

—Nos acaba de llegar esta carta dirigida a ti —le anunció la directora a Adrián nada más aparecer este por el instituto.

Marina, que ya conocía el contenido del escrito al haber sido previamente informada por el inspector, le entregó el sobre al profesor y se lo quedó observando con los brazos en jarras, tal como era característico en ella.

—¿Sabes de qué se trata?, ¿algún nuevo recorte de sueldo?

—Ni idea —mintió la directora encogiéndose de hombros.

Adrián abrió el sobre y se puso a leer su contenido.

Por la presente se le cita a Vd. para que a las 13:00 horas del día 14 de marzo,

Comparezca en el IES «Sierra de San Quílez» de Binéfar con el fin de tomarle declaración en relación con la información reservada, que ha solicitado el Director del

Servicio Provincial mediante resolución de 9 de marzo de 2012, motivada por la denuncia contra Vd. presentada por algunos padres del centro.

Se solicita que remita la copia con recibí que se adjunta al Inspector de Educación a través de la Dirección del centro.

—Vaya, esto no tiene muy buena pinta. Al final, los padres se han quejado por mis canciones en clase...

—Te lo advertí, Adrián —le dijo una Marina triunfante.

El asunto se llevó con una celeridad pasmosa. A la información reservada, tomada por un inspector de educación de aire frailuno y ademanes de inquisidor, le siguió la apertura de un expediente disciplinario, con nuevos interrogatorios, careos con los denunciantes y hasta una incursión en la clase de las poligoneras para conocer de primera mano y fuentes solventes la actitud de Adrián en el aula. Sin embargo, en esta ocasión el juez instructor, otro inspector distinto del que había llevado a cabo la información reservada, aunque más Torquemada si cabe, encontró en las muchachas un muro de incompreensión que no pudo derribar y aun ni siquiera perforar. Y en esta ocasión, el vocablo incompreensión debe tomarse literalmente, pues las chicas, por falta de fluidez verbal, no entendieron ni una palabra de lo que les estaban preguntando, y en buena lógica se limitaron a mofarse del atildado juez.

—¿Y tú de qué eres profe, con esa pinta de enterrador que pones? —llegó a preguntarle la alumna que —a veces— atendía al nombre de Sara.

El inspector hubo de abandonar el aula abochornado, levantando queja por escrito ante la directora de lo que había acontecido en aquella clase.

Un mes más tarde, Adrián recibía la resolución a su expediente: suspensión de un mes de empleo y sueldo por insultos graves al gobierno y manipulación ideológica y política de sus alumnos.

El profesor sancionado solicitó que la pena fuera cumplida de inmediato, escogiendo el mes de mayo como el que debería pasar sin cobrar ni trabajar. Un mes sin puentes ni apenas festivos —salvo el Día del Trabajo—, con lo que no perdía apenas jornadas no laborables, y animado por una primavera extremadamente floreada, que Adrián se tomó como unas vacaciones previas a las verdaderas vacaciones de verano. Gracias a su actitud previsora, y a pesar de las disminuciones salariales sufridas disponía de algunos ahorrillos que le permitieron pasar aquellos treinta días sin demasiadas privaciones, incluso dándose el lujo de disfrutar de tres jornadas de relax en el balneario de Alhama de Aragón, durante las que siguió un tratamiento antiestrés que le revivió el ánimo y le dejó como nuevo.

—Tú tranquila, Merlineta, te llevaré con mis padres —le anunció a su mascota antes de partir—. Ya sabes que ellos te tratan muy bien, mejor que yo incluso. Su terraza es más grande, y allí puedes correr a tus anchas. Además, tienen plantas para que las puedas mordisquear.

La coneja, algo triste por la partida de su amo, acurrucó su cabecita contra el suelo para que este se la acariciara, una costumbre que había adquirido cada mañana antes de que Adrián marchara a su puesto de trabajo.

—Qué mimosa te has vuelto. Se nota que te haces mayor..., como yo. Cuanto más viejos nos hacemos, más cariño necesitamos. En fin, solo serán tres días, te lo prometo. Y si alguna enfermera me tira los tejos, le diré que estoy comprometido.

Adrián regresó del balneario con muchas ideas y la mente bastante despejada. Había dedicado mucho tiempo a pensar en los papeles del señor Miralles, llegando incluso a suponer que, lejos de contar hechos verídicos, bien podrían simplemente tratarse del esbozo de alguna novela histórica que, con una base real, hubiese pretendido escribir el difunto o acaso alguno de sus amigos, quizá el mismo anciano que había visto en la iglesia durante su entierro. En ocasiones, la verdad no siempre se nos muestra en un primer plano, sino oculta entre los personajes secundarios. O quizá debiera hablarse no de una única verdad, sino de varias superpuestas como las capas de una cebolla.

Al final, Adrián tomó una decisión bastante peculiar para la que era su forma de ser, tendente a la haraganería y al disfrute pasivo de todo lo que la vida nos ofrece. Sabiendo que una de las cosas que más le gustaba era dormir, se entenderá como algo extraordinario la empresa que abordó tras su regreso del balneario. Quizá fue porque allí había dormido hasta hartarse, la cuestión es que de nuevo en Binéfar, con su coneja otra vez junto a él, alegre y satisfecha por los mimos con que le regaló su amo nada más verla, Adrián se lanzó a escribir la aventura de aquel hombre de la Stasi que, tras abandonar la República Democrática Alemana, había acabado sus días agarrotado de mala manera y con extremada crueldad en la prisión provincial de Tarragona. Y junto a esa historia, correría paralela la de Jesús Santamaría, el sacerdote obsesionado por las fantasmagóricas visiones de su amigo el soldado Benito Franco, asesinado en Melilla y enterrado en tierra sin bendecir.

Algunos datos los extraería de los mismos escritos del señor Miralles. Otros, los buscaría en sus libros de historia o en Internet; y cuando no encontrara respuestas para todas aquellas cuestiones sin resolver que fueran apareciendo, simplemente las inventaría. Todavía le quedaban veinte días de vacaciones, aunque si con ese tiempo no fuera suficiente, siempre podría echar mano del largo verano que se avecinaba.

Sin embargo, tres semanas fueron más que suficientes, ya que la innata vagancia de Adrián le empujó a convertir lo que hubiese podido ser una novela en toda regla en un simple cuento de no más de cincuenta páginas. Un cuento que llevaría por título *El hombre de la Stasi*, y cuyas primeros párrafos sonaban así:

Melilla, martes, 17 de enero de 1950

Al entrar en el estrecho pasillo de los aseos, el soldado Jacinto Carrascosa sintió el mismo hedor de siempre. Esa mezcla de olor a excrementos, orines y desinfectante tan peculiar y característica de esos ámbitos. Sin embargo, había algo más, un matiz nuevo, difícil de apreciar, pero que a un joven avispado como él no debió pasarle desapercibido. Mientras se movía con inquietud por aquel lugar vacío, comenzó a notar cierta opresión en el pecho. Aquel silencio inusual le abrumaba, y cuando alcanzó el final de su recorrido, pudo por fin entender el motivo de su desazón.

De los barrotes de la última ventana colgaba una cadena de váter, de cuyo extremo inferior pendía un desmadejado cadáver que apenas tocaba de puntillas en el suelo. En su boca grotescamente abierta asomaba la lengua, mientras que sus ojos se mostraban hinchados, como a punto de salirse de sus órbitas. El color del rostro,

de un morado muy oscuro, indicaba bien a las claras que ya no se trataba de un ser vivo.

El difunto vestía el uniforme completo excepto la gorra, que no se veía por ninguna parte. Jacinto no tardó en descubrir su identidad, aunque antes de reconocerlo su mente ya había intuido de quién se trataba. Era el soldado Benito López, que, como él, ejercía de auxiliar sanitario en el hospital militar de Melilla.

Sin tocar nada y ni siquiera orinar, que era para lo que había entrado allí, salió corriendo en dirección al despacho de su teniente médico.

—¡Mi teniente, mi teniente, hay un muerto en los retretes! —dijo tomando aire antes de hablar. No en vano había subido las escaleras a la carrera—. Al final se lo han cargao.

El oficial, aunque irritado por aquella brusca irrupción que dejaba de lado cualquier ordenanza militar, se dejó llevar por la excitación de su inferior.

—¿Qué dices, Jacinto?, ¿a qué muerto se han cargado?

—A Benito, se han cargao a Benito —respondió Jacinto ofreciendo una mueca que lo desencajaba aún más.

El teniente se levantó con ímpetu, miró la pistolera negra que colgaba de una percha, y aunque por un

momento pensó en llevarla consigo, al final prefirió dejarla allí y no ofrecer más muestras de alarma.

—Vamos —dijo secamente.

Durante el camino, Jacinto, todavía pálido, no paró de repetir que a Benito se lo habían cargao y que él mismo se lo había buscado. El oficial, que algo sabía del asunto, le ordenó por su propio bien que callara. Un imperativo que sonaba más a amenaza que a consejo.

—¡Cállate de una puta vez, Jacinto! No te conviene ir diciendo tonterías por ahí. Primero hemos de ver lo que ha sucedido.

—Sí, señor, tiene usted razón, pero es que me he puesto muy nervioso. El pobre Benito... —zanjó el soldado dejando la frase a medias.

—¿Y qué demonios hago yo con esto ahora? —le preguntó a Merlina tras haber repasado cada folio de la narración.

La coneja le observó sonriente.

—¿Que lo mande a un certamen?, ¿quieres que lo mande a un certamen literario?

La coneja siguió sonriendo.

—Mujer, no. Si hoy en día, con los recortes impuestos en las instituciones públicas, ya no hay ni premios. Además, ni siquiera se compran libros. La gente, o los consigue en las bibliotecas o se limita a piratearlos y leerlos en pantallas electrónicas... Bueno, como hago yo. La literatura está muerta. Me refiero a la literatura como producto...

En cierto momento, mientras mantenía aquella conversación en la terraza con su mascota, sosteniendo los folios de su recién concluido relato en una de sus manos, el profesor sintió un escalofrío. ¿Y si en ese preciso instante fallecía a causa de un ictus o de un simple ataque al corazón, y descubrían su cadáver con aquellos papeles en la mano? ¿Qué iba a pensar quien los leyera?



ACERCA DEL AUTOR

ELADIO ROMERO GARCÍA (Pont de Suert, Lleida, 1956) es doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. Especialista en la Guerra Civil y la historia criminal en España, es autor de una vasta obra de investigación y divulgación histórica, entre cuyos títulos sobresalen «Lugares de memoria e itinerarios de la Guerra Civil española» (Laertes,

2009), «Aragón, escenario bélico. Una historia de Aragón a través de sus guerras» (Mira, 2010) o «La Mano Negra. Crisis rural en la Andalucía oriental a finales del siglo XIX» (Almuzara, 2017).

También ha abordado el conflicto de los Balcanes («Las guerras de Yugoslavia», Laertes, 2021) y el cine español («José Luis López Vázquez», Applehead, 2022), y es autor de novela negra.

En Larousse Editorial ha publicado, en coautoría con Alberto de Frutos, «30 paisajes de la Guerra Civil» (2020), «En la escena del crimen: Dos siglos de crónica negra en España» (2022) y «30 paisajes de la historia de España» (2023).